BENITO BAUR O.S.B.

EN LA INTIMIDAD CON DIOS

HERDER

BENEDIKT BAUR, O.S.B.
Archiabad

EN LA INTIMIDAD CON DIOS

Pensamientos para las horas de recogimiento

BARCELONA
EDITORIAL HERDER
1964

La presente traducción, hecha sobre la segunda edición italiana de *Nell'intimità con Dio*, publicada en 1952 por Orbis Catholicus, de Roma, y sobre la cuarta alemana de *Still mit Gott: Gedanken für die Studen der Einkehr*, publicada en 1951 por Verlag St. Andreas, Krefeld-Tréveris (Alemania), ha sido totalmente revisada de acuerdo con la quinta edición alemana, publicada en 1957 por esta última editorial

Primera edición 1954
Segunda edición 1956
Tercera edición 1958
Cuarta edición 1960
Quinta edición 1962
Sexta edición 1963
Séptima edición 1964

NIHIL OBSTAT: El censor, SERAFÍN ALEMANY VENDRELL, C.O.

IMPRÍMASE: Barcelona, 26 de abril de 1954
† GREGORIO Arzobispo-obispo de Barcelona

Por mandato de Su Excia. Rvma.
ALEJANDRO PECH, Pbro., canciller-secretario

© *Editorial Herder S. A., Barcelona (España) 1960*

N.º Reg. 3195-60

ES PROPIEDAD Depósito Legal: B. 16817 - 1961 PRINTED IN SPAIN

GRAFESA, Torres Amat, 9 - Barcelona

ÍNDICE

		Págs.
	A modo de introducción	7
	Prólogo a la cuarta edición alemana	9
	Prólogo a la quinta edición alemana	9
I.	*Nuestra vocación*	11
	1. Estamos destinados por Dios a participar de su vida divina y a compartirla con Él	11
	2. Estamos destinados por Dios a convivir su vida divina	18
II.	*Para Dios*	31
	1. El hecho: vivimos para Dios	32
	2. ¿Qué encierra esta «vida para Dios»?	35
III.	*Sed perfectos*	41
	1. Sed perfectos	42
	2. Cuándo somos perfectos	47
IV.	*La purificación del corazón*	54
	1. El porqué de la purificación del corazón	55
	2. El camino de la purificación del corazón	58
V.	*El pecado*	63
	1. Hemos pecado	64
	2. ¿Qué hemos hecho al pecar?	66
VI.	*El pecado venial*	72
	1. Formas del pecado venial	73
	2. Cómo combatir eficazmente el pecado venial	77
VII.	*El enemigo*	84
	1. Qué es el amor propio	85
	2. Cómo se vence el amor propio	92
VIII.	*La práctica de la virtud cristiana*	101
	1. Sentido íntimo de la virtud cristiana	102
	2. Leyes de las virtudes cristianas	106

Págs.

IX. *Las tentaciones* 113
1. Qué es la tentación 114
2. Nuestra conducta en la tentación 118

X. *Las imperfecciones* 123
1. Obramos frecuentemente con imperfección . 124
2. Importancia de las imperfecciones . . . 128

XI. *La humildad* 133
1. Qué es la humildad cristiana 133
2. Por qué debemos ser humildes 138
3. Cómo llegar a la humildad 144

XII. *La oración* 152
1. Por qué debemos orar 152
2. Sentido de la oración cristiana 160

XIII. *La oración* (continuación) 167
1. ¿Qué es orar? 168
2. El hábito de oración 171

XIV. *La santa misa* 179
Idea del sacrificio eucarístico 179

XV. *La santa misa* (continuación) 189
La realización de la idea de sacrificio en nuestra asistencia a la santa misa 189

XVI. *La vida interior* 200
1. Qué es la vida interior 201
2. Cómo conciliar actividad y vida interior . . 206

XVII. *La santa voluntad de Dios* 210
1. La voluntad revelada de Dios 211
2. El beneplácito de Dios 215

XVIII. *Nuestra unión con Cristo* 222
1. En Cristo Jesús 223
2. Consecuencias prácticas de nuestro estar con Cristo 228

XIX. *El amor al prójimo* 236
1. Formas de la caridad 237
2. Importancia de la caridad fraterna 242

XX. *El santo amor de Dios* 250
1. El mandamiento del amor 250
2. Los frutos del amor de Dios en el alma . 253

A modo de introducción

«Dos son las finalidades que puede perseguir un libro y ambas influyen en su estilo. Una consiste en producir en el lector cierta impresión mientras dura la lectura; la otra, en traer a la memoria determinadas verdades, del modo más adecuado para que queden bien grabadas. El presente volumen ha sido escrito con este fin, y, por eso, he preferido proceder con la máxima brevedad compatible con la claridad de exposición, teniendo en cuenta la amplitud del tema y lo mucho que éste se presta a los equívocos.»

Repito aquí estas palabras del P. W. Faber en su preciosa obra *El progreso espiritual,* porque creo que se pueden aplicar al presente trabajo. Y puedo añadir con el mismo P. Faber: «a buena parte de las páginas de este libro se ha aplicado fielmente la máxima *nonum prematur in annum* (debe madurar durante nueve años)». Lo que aquí presento al lector ha ido madurando y agrupándose en el transcurso de muchos años. Los pensamientos que propongo a las almas sedientas de perfección para que los mediten, fueron base de numerosos ejer-

cicios espirituales predicados en diversos sitios; la mayoría de ellos aparecen en los últimos años de la revista «Das Innere Leben» (La vida interior). Cediendo a numerosos ruegos para que publicara todos los artículos refundidos en un solo libro, los he reelaborado a fondo agrupándolos en torno a una idea directriz. Es así como los transmito a las almas que sinceramente se afanan en el perfeccionamiento de su vida interior.

¡Sean, pues, para todas ellas, fuentes de luz y de fervor y guía en la práctica de un fecundo y sereno ascetismo!

Beuron, febrero de 1938.

BENEDIKT BAUR, O. S. B.
Archiabad

Prólogo a la cuarta edición alemana

Al cabo de más de diez años debe ser publicado otra vez *Still mit Gott,* obedeciendo a los requerimientos de muchas personas. En esta cuarta edición se han introducido numerosas modificaciones, especialmente en los capítulos iniciales y en los que tratan de la oración y la santa misa.

Beuron, 17 de septiembre de 1951.

BENEDIKT BAUR, O. S. B.
Archiabad

Prólogo a la quinta edición alemana

Gracias a Dios me he sentido con fuerzas y he tenido estos últimos meses el tiempo necesario para modificar profundamente la obra *Still mit Gott,* aportando complementos importantes. ¡Ojalá sirva de ayuda y de orientación a muchas almas en el cultivo de la vida interior!

Beuron, 15 de agosto de 1957.

BENEDIKT BAUR, O. S. B.
Archiabad

I

NUESTRA VOCACIÓN

«Ved qué amor nos ha mostrado el Padre, que ha querido que nos llamemos hijos de Dios, y lo somos.»
1 Ioh 3, 1

1. Estamos destinados por Dios a participar de su vida divina y a compartirla con Él

¿Qué quiere Dios de nosotros? ¿Cuáles son sus planes sobre mí? ¿Cuál es el verdadero sentido de nuestra vida como hombres y como cristianos? He aquí la cuestión fundamental.

Sólo la revelación sobrenatural, sólo Dios mismo nos puede dar respuesta segura e infalible a esta pregunta; nos la da en cada página del Antiguo y Nuevo Testamento de la sagrada Escritura. Todas ellas tratan del magno tema de la inefable grandeza de nuestra vocación y destino a participar de la infinitamente sublime, rica y beatificante vida de Dios Padre, Hijo y Espíritu. El íntimo sentido de nuestra vida se eleva hasta lo infinito por encima de la esfera propia de nuestra naturaleza humana, con todas sus aspiraciones y facultades. Dios nos ha destinado por la gracia «a huir de los placeres corrompidos del mundo y a ser partícipes de la naturaleza divina» (2 Petr 1, 3-4) y, por lo tanto, de la vida divina, que compartimos verdadera y realmente, si bien en forma misteriosa, limitada, y cuyo desarrollo inicia-

mos ahora aquí en la tierra para poder completarlo después en el cielo.

«Yo he venido», nos asegura el Hijo de Dios hecho hombre, «para que tengan vida y la tengan abundante» (Ioh 10, 10). La vida que Cristo quiere darnos es la vida de Dios; la vida que el Hijo recibió, al encarnarse, en su naturaleza humana y que constantemente difunde sobre los suyos, de modo misterioso, a través de los sacramentos. «De su plenitud todos recibimos» (Ioh 1, 14).

«Dios es amor». Y el amor le impulsa a compartir sus riquezas, sus bienes, en una palabra, toda su vida con el hombre, con el polvo, con la nada.

Éste es el distintivo de todo el que es verdaderamente bueno, noble y generoso: sentir un irresistible impulso a difundirse en otro ser para hacerlo rico, grande y feliz. Tuvo, pues, Dios un sublime proyecto que quiso realizar en mí, al trazarme determinada ruta en la vida y asignarme determinado número de años para recorrerla: todas y cada una de las cosas de mi vida tienden a un solo objetivo: mi elevación al plano de la vida divina, en orden a coposeerla y convivirla.

Al hablar de coposesión y convivencia, no lo hacemos pensando que vayamos a ser iguales a Dios, dejando así nuestra condición de criaturas. Ni tampoco figurándonos que haya de injertarse en nosotros una parte del ser o de la vida de Dios, que de este modo se convertiría en algo propio nuestro. Ni siquiera pensando que podríamos vivir esa vida divina con su misma plenitud infinita, o como la vive el Verbo, engendrado de la sustancia del Padre y consustancial con el mismo. Lo que queremos decir es que Dios, por la fuerza de su caridad, infunde

en nosotros un algo —la gracia santificante— por la que obtenemos una pureza, belleza y santidad limitadas, pero que, en realidad, son propias de la esencia divina y que sólo a ella corresponden esencialmente. Convertida en semejante a Dios un alma así dotada, podemos llamarla, con el lenguaje de los Padres de la Iglesia, «divina» y «deiforme», ya que es reflejo de aquella magnificencia, hermosura, santidad y plenitud que distingue a Dios de todo lo creado y le coloca a un nivel infinitamente elevado sobre cuanto no es Él.

Cuando la vida divina se difunde por nuestra alma, nos pasa algo así como al hierro: el hierro que se pone al fuego, sigue siendo hierro, pero va perdiendo la dureza y color naturales, para ir adquiriendo, en cambio, el brillo, el ardor y la energía que son propios del fuego y no del hierro. En virtud de la gracia santificante adquiere el alma una cualidad nueva, algo que sobrepuja en mucho a su naturaleza, algo gracias a lo cual se transforma en imagen de Dios, en «deiforme» o semejante a Dios, y adquiere la capacidad de convivir la vida de Dios en forma perfecta, aunque limitada. A pesar de que este algo, nuevo y superior, es también creado y del todo diverso de la vida de Dios, basta para elevarnos altísimamente sobre nuestra naturaleza humana, incluso sobre la naturaleza angélica, y hace que podamos entablar relaciones totalmente insospechadas con Dios, con nosotros mismos, con el prójimo, las cosas todas y la vida.

En este sentido y sólo en éste hay que entender la frase «vida divina en nosotros».

Nosotros, los hombres, podemos y debemos ser copartícipes de esta vida divina; nosotros que, por

causa del pecado original, somos «hijos de la ira» (Eph 2, 3), «vasos de ira aptos para la perdición» (Rom 9, 22) y que, sin embargo, la benignidad infinita de Dios los transforma en «vasos de misericordia, haciendo ostentación de las riquezas de su gloria sobre los que han sido destinados por Él a la misma» (Rom 9, 23).

Los hombres participamos de la vida divina en la gloria eterna de los cielos.

Allí será realidad eterna y beatificante lo que nos está prometido: «He aquí el tabernáculo de Dios entre los hombres, y erigirá su tabernáculo entre ellos, y ellos serán su pueblo y el mismo Dios será con ellos, y enjugará las lágrimas de sus ojos, y la muerte no existirá más, ni habrá duelo, ni gritos, ni trabajo, porque todo esto es ya pasado» (Ap 21, 3-4). Como dice el Concilio Vaticano, «Dios, en su bondad infinita, ha destinado al hombre a participar de los dones divinos, que superan toda inteligencia humana» (sesión 3, cap. 2).

Dios ha plasmado sabiamente nuestra naturaleza humana de tal forma que, siempre y en todo lugar, el deseo ardiente de nuestro espíritu y de nuestro corazón tiende al infinito, a lo eterno, y no encuentra su sosiego más que en Él. Nuestro espíritu reclama su saber sin límites, nuestro corazón exige un amado que le pueda saciar para siempre y le haga eternamente feliz: nuestros transitorios goces terrenos aspiran a desembocar en una beatitud sin fin. Lo que de más notable hay en el hombre tiende a amplitudes y profundidades infinitas: en último término a la coposesión de la vida divina.

En la vida eterna que nos aguarda en el cielo, «desaparecerá todo lo que es imperfecto» (1 Cor 13, 10); entonces sí que tendremos «vida, y vida abundante» (Ioh 10, 10), «seremos semejantes a Él» (1 Ioh 3, 2), poseeremos la vida de modo parecido al suyo, no ya como aquí en la tierra, sólo como un momento parcial y fugaz de nuestra existencia, sino para siempre, en su fuerza y plenitud indivisas, igual que Dios la posee simultánea y enteramente por eternidad de eternidades.

Las potencias de nuestro espíritu se verán penetradas, transformadas e iluminadas por una nueva luz, luz que se enciende al contacto con la llama de la divinidad y, una vez encendida, sigue brillando eternamente en toda la plenitud de su fuerza y de su ardor. Por medio de esta luz abrazaremos de una sola ojeada al infinito, sus profundidades insospechadas, sus ilimitadas amplitudes. Lo veremos «tal cual es» (1 Ioh 3, 2): sin velos, claramente, en un acto de visión único y eterno. No como aquí en la tierra, paso a paso, en continuo forcejeo desasosegado, en constante tantear, incierto siempre, siempre afanoso, intranquilo, insatisfecho, sino con plenitud eternamente perfecta. Nuestro espíritu participará entonces de la sublimidad y perfección de la visión divina y concluirá ya para siempre nuestra dolorosa tarea de amor fragmentario. Seremos absorbidos por la llama del amor divino y nos veremos cautivados por él.

Amaremos en un acto eterno de caridad, único ininterrumpido, semejante al de Dios. Al contacto con la llama del amor divino se habrá renovado el nuestro a imitación del suyo: amaremos con fuerza serena y entera todo lo es de Dios, todo lo que Él encierra dentro de sí y todo lo que Él ama amorosamente y ha sido creado por Él.

¿Quién puede comprender lo que Dios quiere hacer de nosotros, los hombres, y lo que hará, a pesar de nuestra absoluta indignidad? Lo único que podemos hacer es asombrarnos y prorrumpir en una continua acción de gracias: esto es, también, lo que haremos eternamente en la otra vida, en los goces del cielo a los que Dios nos tiene destinados.

También aquí en la tierra tenemos el inestimable privilegio de compartir la vida divina; pues «así como el padre tiene la vida en sí mismo, así dio también al Hijo el tener vida en sí mismo» (Ioh 5, 26), la misma vida que tiene el Padre. Procedente del Padre, el torrente de vida divina se derrama sin límites, en plenitud increada e incesantemente en el Hijo, en el Verbo, que es «Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero». Al hacerse hombre encarnándose, el torrente inmenso de vida divina ha irrumpido en el mundo creado, y, en primer lugar, en la naturaleza humana asumida por el Hijo de Dios en el seno de la Virgen. «Lleno de gracia y de verdad, y de su plenitud todos hemos recibido» (Ioh 1, 14-16). El eterno Hijo de Dios, en virtud de la aceptación de la naturaleza humana, se ha convertido para nosotros en una especie de vid, como Él mismo se designa: «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto» (Ioh 15, 5). El sarmiento recibe en sí la vida que de la vid se difunde; del mismo modo recibimos nosotros, los sarmientos, la vida de Cristo, si nos incorporamos a Él. Y no hemos de temer que nuestra vida natural, humana, vaya a extinguirse en esta unión vital con Cristo, antes al contrario, se verá irrigada por su vida y sumergida en su plenitud y feracidad. De este modo nuestra vida sobrenatural será tan sublime, tan pujante y tan fecunda, que descollará inconmensurable sobre todas las grandezas meramente humanas y sobre todos los valores naturales.

El Hijo de Dios se hizo hombre y se inmoló en la cruz precisamente para que pudiéramos participar de la vida divina. «Porque tanto amó Dios al mundo, le dio su unigénito Hijo, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna» (Ioh 3, 16).

Participamos de esta vida divina uniéndonos a Cristo, incorporándonos a Él por la fe y por la recepción del sacramento del santo bautismo. El bautismo es un renacimiento (1 Petr 1, 23), un nacimiento «según Dios, que no según la carne» (Ioh 1, 13; 1 Ioh 3, 9). Los bautizados somos una «nueva criatura» (Gal 3, 10; 2 Cor 5, 47), un «hombre nuevo» (Eph 4, 24; Gal 3, 10), copartícipes de la vida divina que nos ha sido infundida, «hijos de Dios» (1 Ioh 1, 12).

Lo que en el bautismo se inició, va desarrollándose en constante crecimiento hacia la perfección por medio del *sacramento de la santa eucaristía.* En ella viene a nosotros el Señor en persona, como Dios y como hombre. «He venido para que tengan vida, y la tengan abundante.» Todos los días quiere saciarnos de su vida, para introducirnos así cada vez más profundamente en su intimidad e identificarnos con su manera de pensar y querer, con sus juicios y su amor, su oración y su constante oblación, de modo que, poseyendo su vida, podamos llegar a decir, sin temor a engañarnos, «ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí». La santa eucaristía es «el pan de Dios que bajó del cielo y da la vida al

mundo» (Ioh 6, 33). «Él que come mi carne y bebe mi sangre, tendrá la vida eterna y yo le resucitaré el último día» (Ioh 6, 48; 51, 54).

Llenos de santa admiración, meditemos el sublime misterio de haber sido llamados y elegidos para participar de la vida divina; nada más grande podía ni puede dársenos. ¿Qué significa la vida puramente natural y humana, tanto la corporal como la espiritual, frente a esta vida divina? ¿Qué son el talento, el genio, la ciencia, los bienes terrenos, el favor y la estima de los hombres, la salud, la fuerza física o la del espíritu, el prestigio, el poder y cuanto la vida terrena puede brindarnos? ¡Qué pena sería que no conociéramos el don de Dios, que no lo estimáramos en su justo valor!

Sólo Dios puede saber cuántos son los que prefieren trocar el único bien verdadero, la participación de la vida divina, por un bien terreno, pasajero, vano. «¡Señor, perdónalos, que no saben lo que hacen!»

2. Estamos destinados por Dios a convivir su vida divina

Realmente, somos copartícipes de la vida de Dios, aunque de modo limitado, creado. Esta coparticipación de la vida divina nos impulsa y obliga a apropiárnosla, a realizarla en nosotros, imitándola, en convivencia con Dios, ya que sólo participamos, en realidad, de la vida divina cuando la convivimos simutánea e íntimamente con Él. Es decir obtenemos esa participación por la unión de nuestro espíritu con Dios, y un espíritu sólo se une con otro por la ejecución en común de sus actos vitales.

Con esta reflexión se nos descubre un nuevo horizonte y otra excelencia de nuestra vocación: en la participación de la vida divina, se trata nada menos que de asimilar el modo de pensar, saber, querer, amar propio de Dios, y así convivir con Él; se trata de obrar siempre de tal forma que nos unamos continuamente a la obra de Dios, que vive en nuestra alma. Unión, por supuesto, a modo humano y limitado, en absoluta subordinación a Dios y en completa y libremente consentida sumisión a su voluntad.

Convivir la vida de Dios, compartir su modo de pensar y de amar, ejecutar de común acuerdo los planes divinos, ¡qué grandeza! Nuestra vida no se mueve ya dentro del corto plano de los criterios, juicios, aspiraciones y acciones meramente humano-naturales; se convierte en vida «sobrenatural», vida elevada a un nivel infinitamente superior al de toda vida puramente humana y que se va acercando de un modo gradual a la infinitamente rica y potente vida de Dios. Éste, que vive y obra en el alma así agraciada, la llena de su luz, de su pureza, de su aversión a todo lo impuro y lo malvado, de sus pensamientos, de su poder, de su amor y de su felicidad. Y así el alma se hace «deiforme», imagen pura y brillante de Dios, manifestación e irradiación de la vida de Dios, no ya solamente en su misma sustancia, sino en su modo de pensar y de amar, en sus sentimientos, en toda su conducta. Éste es el secreto de nuestros santos; ellos sí que lo entienden bien y han plasmado en sus vidas con la gracia de Dios la vida, los sentimientos y los designios divinos que han experimentado en el santuario íntimo de sus almas.

Éste es el excelso cometido para el que hemos sido llamados: convivir la vida del Dios santo, fuerte e inmortal.

¡Convivir la vida de Dios! Para eso desciende a nuestras almas el Dios infinito, Padre, Hijo y Espíritu Santo, estableciendo en ella su tienda y su morada. ¡Somos habitación de Dios! «Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a Él y en Él haremos morada» (Ioh 14, 23). En efecto, Padre, Hijo y Espíritu Santo habitan en el alma que posee la gracia santificante, y viven en ella la misma vida santa, rica y feliz que en el cielo: el Dios santo y amoroso se entrega al alma, la penetra, la abrasa, la aviva con la plenitud de su luz, de su poder y de su santidad, la atrae al seno de su propia vida juntamente con todo el complejo de sus potencias y sus acciones. No puede menos, el alma, de convivir con gozo y con entera, pero libre, entrega personal y amorosa, la misma vida que Dios vive en su intimidad infinita. Así se ve cada vez más y más dominada y transformada por el torrente de la vida divina. Se va elevando progresivamente sobre el plano meramente natural y humano, dejando atrás su impotencia, su estrechez de miras, su apego a lo vil, a lo efímero, a lo pasajero. Se va despegando de esa difícil atadura del amor desordenado al «Yo», de la afición a las cosas, acomodándose progresivamente a las exigencias de la vida de Dios, y su vida se convierte en deiforme, en vida santa.

Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre, vive ante nosotros esa vida divina en forma visible, intuitiva, asequible, humanizada.

Lo que piensa y quiere, hace y omite, su oración y su sacrificio, sus obras y su doctrina, todo constituye

la manifestación de la vida divina en forma humana entre nosotros y para nosotros, los hombres. Por eso nos dice el Padre: «Oídle» (Mt 17, 5); por eso el Señor nos intima, agrupándonos en torno suyo: «Aprended de mí» (Mt 10, 29). Dios vive ante nosotros su vida divina en la persona de Cristo. El que vive con Cristo la vida divina, tiene que elegir, como Él, la pobreza, la sumisión a la voluntad ajena, el empequeñecimiento, la humillación ante los hombres, la privación, la cruz, la vida retirada de silencio y de oración; en una palabra, justamente lo que el hombre natural rehúye y se esfuerza en alejar de sí por todos los medios. «Aprended de mí.»

Nuestra sublime vocación es «conformarnos con la imagen de su Hijo» (Rom 8, 29), «revestirnos del Señor Jesucristo» (ibid. 13, 14), para que «así como llevamos la imagen del hombre terreno, llevemos también la imagen del hombre celestial» (1 Cor 15, 49).

Cuanto más realicemos en nosotros la imitación de Cristo, tanto más viviremos la vida divina y seremos «deiformes», semejantes a Dios. De aquí que la imitación de Cristo ocupe el centro de la vida y la aspiración cristiana, como ejemplo y módulo de nuestra posibilidad de convivir la vida de Dios en nuestro carácter de criaturas humanas y de alcanzar la perfección.

Para que de hecho vivamos esta vida divina y podamos dar un valor divino a nuestras acciones, fatigas y preocupaciones cotidianas, Cristo, nuestro Señor, nos admite a la comunión de vida consigo y nos transforma en miembros de su cuerpo, sarmientos de la vid que Él es. «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése

da mucho fruto, porque sin mí no podéis hacer nada» (Ioh 15, 5-6). Con este fin de hacernos convivir su vida divina, Cristo nos ha incorporado a sí en el santo bautismo, y refuerza esta incorporación en cada comunión que recibimos, otorgándonos fuerza para superar las maneras de pensar, sentir y obrar puramente naturales y humanas, y manteniéndonos en la convivencia y prolongación de su vida, lo mismo que la vid hace con el sarmiento.

Además, en el santo bautismo nos ha infundido Dios, a la vez que la gracia santificante, todas las virtudes sobrenaturales: las tres virtudes teologales, fe, esperanza y caridad, y las cuatro virtudes cardinales, prudencia, justicia, fortaleza y templanza, y, en perfecta trabazón con ellas, toda la compleja serie de las demás virtudes sobrenaturales, que forman la corte de la gracia santificante, como la virtud de la veneración de Dios, la humildad, castidad, paciencia, obediencia, etc. Estas virtudes sobrenaturales, que son al principio delicadas semillas, echan sus raíces en nuestra alma y se desarrollan hasta convertirse en disposiciones habituales, mediante las cuales podemos apartar de nosotros, con cierta naturalidad y seguridad, todo lo malo, y comprender y soportar la vida cotidiana con sus pequeñeces, los hombres, las obligaciones, los sinsabores y sufrimientos, casi por nuestra cuenta y apoyados en nosotros mismos. Todo esto lo hacemos de un modo que contrasta con los juicios, sentimientos y vivencias del hombre mundano; lo hacemos de un modo semejante al divino: como Él ve, juzga, piensa y valora las cosas y los hombres, sus pensamientos, sus intenciones y sus obras, o sea de un modo «sobrenatural».

Por eso es fundamental la virtud de *la santa fe*. Por la fe nos elevamos infinitamente sobre la capacidad y la luz de la razón natural. La fe ilumina sobrenaturalmente la razón, prestándole las fuerzas necesarias para identificarse con los juicios y criterios de Dios y poder verlo todo, si se admite esta expresión, con los mismos ojos de Dios. Por la fe nuestro espíritu se vincula tan íntima y estrechamente con el Espíritu de Dios, que asimila el modo de pensar, juzgar y saber divinos, su sublimidad, certeza y verdad. El acto de fe excede toda potencia racional natural y humana: es un acto «sobrenatural» de participación en el saber divino, un ver con los ojos de Dios, un juzgar y valorar a tenor de las medidas de Dios. Por esto, es la fe, y sólo ella, la que está en grado de admitir y comprender teóricamente las bienaventuranzas del sermón de la montaña, y, si llega a ser viva, también prácticamente: la bienaventuranza de los pobres de espíritu, de los mansos, de los tristes, de los pacíficos, de los injuriados, desterrados, perseguidos por amor a Cristo. La fe nos suministra una actitud frente a las cosas y a los acontecimientos, un enjuiciamiento y valoración de los mismos, que jamás podría por sí solo obtener el pensamiento puramente natural, y que por eso mismo parece, ante la consideración de los hombres meramente racionalistas, algo totalmente irracional y antinatural, que debe rechazarse.

La segunda virtud fundamental es la virtud sobrenatural de la esperanza, que se nos infunde en el alma, mediante el santo bautismo, juntamente con la semilla de la fe y de la caridad. Ella es la fuerza motriz de la vida cristiana. Ella nos brinda la segura expectativa de la eterna bienaventuranza, que Dios

nos ha prometido y nuestro Redentor nos ha merecido. Ella nos da la firme convicción de que Dios nos dará todos los medios necesarios para nuestra salvación eterna. Puesto que Dios nos ha empeñado su palabra, confiamos en alcanzar con su gracia la gloria que nos ha prometido. Sabemos, sí, las dificultades que asedian a la consecución de la vida eterna. Conocemos también lo desproporcionadas que son las fuerzas humanas para la conquista del reino de Dios. Reconocemos de buen grado que «somos incapaces de pensar algo (sobrenaturalmente bueno) como de nosotros mismos» (2 Cor 3, 5). A pesar de todo, exclamamos con el Apóstol: «todo lo puedo en Aquel que me conforta» (Phil 4, 13).

Aquí radica el secreto del cristiano: cuanto menos confíe en sus propias fuerzas para salvarse, tanto más tendrá a su disposición la ayuda y la gracia de Dios. Y cuanto más cuente con la gracia y la ayuda de Dios, con su fidelidad y omnipotencia, tanto más tendrá conciencia de que Dios colabora con él, y podrá decir con el Apóstol: «me basta su gracia, puesto que de las flaquezas hemos de sacar la virtud. Muy gustosamente, pues, continuaré gloriándome en mis debilidades para que habite en mí la fuerza de Cristo. Por lo cual me complazco en las enfermedades, en los oprobios, en las necesidades, en las persecuciones, en las angustias, por Cristo; pues cuando parezco débil, entonces es cuando soy fuerte» (2 Cor 12, 9-10). En el desvalimiento del cristiano se revelan el poder omnipotente y la acción omnicomprensiva de Dios, a los que el cristiano se adhiere en sus pensamientos, deseos y acciones sobrenaturales, colaborando con Dios en sumisión completa a su voluntad. Alegre, victorioso, rebosando ánimo y confianza en Dios, puede hacer suya la expresión del Apóstol: «lo puedo todo». Y «la esperanza no quedará confundida, pues el amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones por virtud del Espíritu Santo, que nos ha sido dado» (Rom 5, 5).

«Ahora quedan estas tres cosas: la fe, la esperanza, la caridad; pero la más excelente de ellas es la caridad» (1 Cor 13, 13). La *caridad* del cristiano es enteramente nueva, divina, es una participación de la caridad de Dios. Es una caridad completamente saturada del ardor y la pureza de la caridad divina, y, por eso, pertenece a esa especie singular de amor que es propia de Dios.

Dios se ama a sí mismo y ama todo lo creado: a sí mismo, como sumo bien que comprende y resume toda bondad; a los seres, creados precisamente por amor, como reflejo, imagen e irradiación de su propio ser, como seres en los que se reconoce y redescubre, en los que se ama a sí mismo. Nuestra condición de cristianos nos eleva a esta forma divina de amar: amamos a Dios por sí mismo; los seres creados, los hombres y las cosas, los amamos por amor de Dios y en relación con Dios, es decir, como Dios los ama. Con nuestro amor entramos en Dios, y cuanto amamos lo amamos a partir de Dios. Así los cristianos amamos a Dios y cuanto Él ha creado, del mismo modo que Él ama. Nuestra caridad queda incluida, así, en el torrente de amor infinitamente santo con que Dios ama, y orientada hacia Él. Es una caridad realmente sobrenatural, elevada inmensamente sobre todo amor puramente humano, natural, por noble que fuere; cuánto más sobre el amor impuro, sensual e instintivo. La cari-

dad cristiana es el amor del que escrito está: «el amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones por virtud del Espíritu Santo, que nos ha sido dado» (Rom 5, 5).

¿Por qué, pues, hemos de extrañar que la caridad cristiana sea tan vigorosa, pura y heroica, y que todo lo supere? «La caridad es paciente, es benigna; no es envidiosa, no es jactanciosa; no se hincha; no es descortés, no es interesada, no se irrita, no piensa mal; no se alegra de la injusticia, se complace en la verdad; todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera» (1 Cor 13, 4-7). La caridad cristiana es tan sublime y potente precisamente por ser una participación de la divina; penetra y cautiva nuestra voluntad de tal manera, que la asimila a la de Dios, haciéndole compartir sus designios, siempre infinitamente santos y puros. Y ¿puede haber para nosotros algo más santo y más alentador que compartir la voluntad divina y diluir nuestros deseos en los de Dios? ¡Feliz el que haya conseguido este «amor de uniformidad» en todo, en las alegrías y en los sufrimientos, y no atienda ya a sus deseos y caprichos, habiéndose sumergido totalmente en la identidad con la voluntad divina!

Pero nuestra vocación cristiana alcanza todavía más alto. En el bautismo se nos infundieron, además de la gracia santificante y de las virtudes sobrenaturales, los llamados dones del Espíritu Santo: don de sabiduría, de entendimiento, de consejo, de piedad, de ciencia, de fortaleza, de temor de Dios. Aunque esté sometida al influjo de la gracia, nuestra naturaleza sigue siempre sujeta a los efectos del pecado original, es decir, a su propia imperfección, y no es capaz de aspirar por sí misma, de un modo

perfecto, a la meta sobrenatural. Le falta ese estímulo interno, tan peculiar y tan necesario también en cada momento, para elevarse a las cumbres de la santidad cristiana. Pero Dios quiere que escalemos estas cumbres; para esto infunde en nuestra alma los dones del Espíritu Santo, que nos capacitan para seguir sin resistencia la llamada de Dios y dejarnos arrastrar por el soplo del divino Espíritu a las alturas de la existencia cristiana. Nos domina y mueve un poder del todo nuevo: no ya las ponderaciones y reflexiones humanas, sino directamente el mismo Espíritu Santo, que nos impulsa.

Podemos compararnos a una barca en el agua a la que ya no hiciéramos avanzar a golpe de remo, sino dejando que el viento hinchara sus velas. Poseídos y arrastrados por el Espíritu Santo, realizamos obras realmente santas, y en ellas nos elevamos sobre el modo de obrar meramente humano. Nuestra voluntad humana ha adquirido el ritmo y la regularidad del querer y el obrar de Dios; nuestras acciones son más suyas que nuestras. Es entonces cuando experimentamos como nunca cuán cierto es que, más allá de todo querer y obrar nuestro, puramente humano, estamos totalmente absorbidos en el obrar y el querer divinos. «Que el que se gloríe, se gloríe en el Señor» (1 Cor 1, 31), «que es el que infunde en nosotros el querer y el obrar según su beneplácito» (Phil 2, 13).

La cumbre de nuestra vocación, el pensar, querer y obrar siempre a lo divino, en una palabra, el convivir la vida de Dios, obtiene su realización perfecta en la vida del más allá, en el cielo. Entonces «seremos semejantes a Él, porque le veremos tal cual es» (1 Ioh 3, 2). «Ahora veo por un espejo y oscu-

ramente, entonces veremos cara a cara. Al presente conozco sólo en parte, entonces conoceré como soy conocido» (1 Cor 13, 12). ¡Conocer a Dios como es en sí mismo, en toda la plenitud de su ser, de sus perfecciones, de su sabiduría, de su justicia y misericordia, de su pureza y santidad, de su fecundidad infinita, que se despliega eternamente en las tres divinas personas! A esta contemplación de Dios hay que unir el éxtasis de amor nunca experimentado aquí, en la tierra, que llena y arrebata toda el alma, amor que la hace profundamente feliz, amor que no se extinguirá jamás.

Pero ¿cómo es posible esta visión de Dios y el eterno éxtasis de amor? Solamente porque Dios nos permite participar de su naturaleza, y de su modo de conocerse y amarse, y asimilarnos este conocimiento y amor. De este modo adquiriremos conciencia eterna de lo que significa haber nacido de Dios (Ioh 1, 13), ser «partícipes de la naturaleza divina» (2 Petr 1, 4) «hijos de Dios y herederos del cielo» (Rom 8, 16-17). Por este camino alcanzaremos nuestro último fin, que no está en nosotros mismos, sino en Dios, en la santificación de su nombre y el cumplimiento de su voluntad. Todo lo que el hombre es, todo lo que posee, sus dones de naturaleza y de gracia, su santidad y su virtud, su vida, su porvenir, sus bienes, todo lo que no es propiamente Dios, es sólo medio y camino para la obtención del último fin: la glorificación de Dios. Cuanto más perfectamente participemos y convivamos la vida de Dios, tanto más nuestros sentimientos y aspiraciones, nuestros sufrimientos y nuestras obras serán una exaltación de Dios, y tanto más nos quedaremos absortos admirando su plenitud infinita, amándole y gustando

de su propia felicidad, y llenos del torrente de sus delicias cantaremos incesantemente sus alabanzas.

Participando de la vida de Dios, cumpliremos el principal mandamiento, en el fondo el único, que Dios nos dio: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas» (Mc 12, 30). «¡Amarás!» «El amor es la suprema glorificación. Al amar, concentramos todo nuestro ser y querer y lo ponemos al servicio del que amamos». «¡Amarás!» Éste es el gran mandamiento que comprende los demás, el gran deber que encierra todos los deberes. Es nulidad y vanidad cuanto no aspira a glorificar a Dios por el camino del amor. Al llamarnos Dios a la existencia, nos ha creado para que le demos gloria; y para que, conviviendo su vida divina, alcancemos lo que nuestro ser incesantemente reclama: nuestra salvación, nuestra felicidad. Dios ha ligado nuestros intereses a los suyos, nuestra vida a su vida, nuestra felicidad a su felicidad, y hay que tenerlo bien en cuenta: sólo tendremos verdadera felicidad si le glorificamos y servimos, y según la medida del amor con que le sirvamos.

Dios ha dispuesto las cosas así por el bien de nosotros, los hombres. Sólo para que seamos felices, nos da unos mandamientos, nos envía fatigas y pruebas, amarguras y sufrimientos en la vida terrena; nos ha llamado a una meta altísima y ésos son los únicos medios para alcanzarla.

Y nosotros, los hombres, ¿qué hacemos? ¡Pensamos tan poco en lo que más nos importa, nos preocupamos tan poco en saber cuál es el plan de Dios respecto a nosotros! Poco tardamos en olvidar la gratitud debida al hijo de Dios. Si Él no hubiera

venido, si no hubiera tomado sobre sí la cruz, si no hubiera expiado nuestros pecados con su muerte, habríamos sido arrojados para siempre a lo más profundo del infierno, a la eterna oscuridad y muerte.

«Yo he venido para que tengan vida, y la tengan abundante» (Ioh 10, 10).

¡Vivamos más de la fe! ¡Qué ánimos cobraríamos y qué dicha sentiríamos si se impregnara nuestra conciencia de la grandeza de los designios divinos sobre nosotros!

II

PARA DIOS

«Haced cuenta de que estáis muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús.»

Rom 6, 11

Compartir la vida divina: ésta es la cumbre a que se nos encamina.

Pero Dios vive de por sí, tiene fin y objeto en sí mismo; al contrario de nosotros, que lo encontramos en otras cosas, en lo exterior. En Él se contiene la plenitud de toda bondad y de todo lo apetecible, y esta plenitud es tan enorme, que no puede ser completada ni aumentada con ningún otro bien. Los seres que existen fuera de Él son solamente una revelación, un reflejo, una emanación y una descarga de la plenitud de bien que Dios encierra en sí: todos son infinitamente inferiores a Él; en conjunto y en particular, son nada en su comparación. ¿Qué pueden ser, pues, para Dios? El único bien para el que Él puede persistir, el centro de todo vivir y querer divinos, no puede ser otro que su propia infinitud. Dios vive su propia vida; y nosotros, los hombres, la convivimos. También, pues, nosotros vivimos, en fin de cuentas, sólo y únicamente para Dios.

1. El hecho: vivimos para Dios

Convivimos la vida de Dios «en Cristo Jesús», la cabeza a que pertenecemos como sus miembros. De Él nos afirma el Apóstol: «muriendo, murió al pecado una vez para siempre; mas viviendo, vive para Dios» (Rom 6, 10). Su vida humana y su vida en la tierra están totalmente dedicadas a Dios. «No cumplo mi voluntad, sino la del que me envió» (Ioh 5, 30), «no busco mi gloria; hay quien la busca y juzga» (Ioh 8, 50); «mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y acabar su obra» (Ioh 4, 34); «yo hago siempre lo que es de su agrado» (Ioh 8, 29). Cuando san Pablo quiere resumir en una palabra el espíritu y la vida del Verbo encarnado, no encuentra mejor expresión que ésta: «se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Phil 2, 8). Cristo vivió para el Padre todos los años que pasó en la tierra; para la gloria, voluntad, deseos e intenciones del Padre, vive aún noche y día en los silenciosos tabernáculos de nuestras iglesias. Toda su vida es amorosa dedicación al Padre. En el diario sacrificio nos une a nosotros, miembros de su cuerpo místico, a sus oraciones y alabanzas. Es tan grande su amor al Padre, que le determina a multiplicar en nosotros la dedicación a Dios que constituye su vida entera.

Por esta razón nos ha incorporado a sí *en el santo bautismo*. Los hombres recibimos de nuestros padres la vida natural, mas ellos no pueden impedir que contraigamos el pecado original en el preciso momento en que nos dan la vida. Si el Señor no nos elevara a su altura, seguiríamos apegados a los

deseos de la carne. «Pero Dios, que es rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, y estando nosotros muertos por nuestros delitos, nos dio vida (en el santo bautismo) por Cristo» (Phil 2, 4-5). Hemos renunciado al demonio, a la carne y al mundo con sus placeres y vanidades; hemos pronunciado nuestro decidido *abrenuntio* a todo lo que es contrario a Dios, a todo lo que nos aleja y separa de Él. A la pregunta: «¿Crees en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo?», hemos contestado que creemos. «Creo»: es decir, me entrego a Dios, me pongo de su parte. Me consagro a Dios con todo mi ser, con toda mi voluntad, con todos mis sentidos y potencias. Y entonces fuimos bautizados «en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo».

Desde aquel momento ya no nos pertenecemos. No vivimos para nosotros, ni para ninguna criatura, llámese hombre o cosa, ciencia o arte, trabajo o placer, riqueza o salud o belleza. Desde aquel momento pertenecemos a Dios en Cristo Jesús, y vivimos con Cristo para el Padre.

Éste es el significado del santo bautismo.

Fuimos bautizados para *participar en la celebración del sacrificio eucarístico,* centro y vértice de toda la vida cristiana.

En el momento del ofertorio, depositamos en el altar, por mano del sacerdote, con los dones del pan y del vino, nuestro corazón, nuestra personalidad, nuestros deseos e inclinaciones, todo lo que somos, tenemos y podemos, todo lo que nos alegra y nos hace sufrir. «Con espíritu de humildad y corazón contrito seamos acogidos por ti, oh Señor» (ofertorio); queremos llegar a ser una pura ofrenda a Dios, a semejanza de Cristo nuestro Señor, que se

sacrifica por nosotros, ser un mismo espíritu y una misma voluntad con Él.

En el ofertorio, nos despegamos de cuanto no es Dios mismo y de cuanto no está consagrado a glorificarle, renunciamos a todo movimiento de amor propio, a toda afición desordenada a las cosas creadas. Sólo así nos preparamos para ser ofrendados juntamente con Cristo. En la consagración, nos transformamos, con Él, en una «hostia pura, santa, inmaculada», elevados sobre todo lo creado en Cristo y con Cristo, entregados y consagrados a Dios. El día que hemos comenzado con esta participación en el sacrificio eucarístico, está consagrado al Señor: le pertenece por entero y sin reservas. Le pertenecen nuestros pensamientos y todo nuestro amor. Le pertenecen nuestras obras y nuestras fatigas y todos los instantes de la jornada. En efecto, durante la consagración también nosotros hemos sido consagrados a Dios con Cristo y, como Él, vivimos ya únicamente para el Padre. Y, en la comunión, Jesús en persona habita en nuestras almas: «Yo vivo, y también vosotros viviréis» (Ioh 14, 19). Él es el canal que conduce a nuestras almas las caudalosas aguas de su santa vida, toda entregada al Padre. «Así como me envió mi Padre viviente y vivo yo por mi Padre, así también el que me come vivirá para mí» (Ioh 6, 57). Jesús une el alma al amor con que, como Hijo, ama al Padre; la introduce en su corazón, la reviste de su ardiente caridad, para que «en Él, con Él y para Él» ame al Padre y viva para el Padre. Jesús le enseña, y le empuja, a adorarle, a alabarle, a entregarse a Él como Jesús mismo hace.

Vivamos la vida de Cristo, asimilemos sus modos de pensar y de querer. Que también de nosotros

pueda decirse: «bien sabemos que vive para Dios», con el espíritu y la fuerza de Cristo (Rom 6, 10).

Para los religiosos hay que añadir otra consideración. Hemos pronunciado votos de pobreza, castidad y obediencia. ¿Con qué fin? Para desprendernos consciente, libremente, con ayuda de aquellos santos votos, de toda clase de pesada atadura a los bienes materiales, a los amores terrenos y a nuestra libertad personal. Sólo para poder vivir totalmente y sin traba alguna para Dios y su amor.

¡Para Dios en todo y para siempre! Si Dios vive exclusivamente para sí, vivamos nosotros exclusivamente para Él. «Haced cuenta de que estáis muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús» (Rom 6, 11).

2. ¿Qué encierra esta «vida para Dios»?

«Cristo, muriendo, murió al pecado de una vez para siempre». Compartimos nosotros su vida. «Haseos cuenta de que estáis *también vosoros muertos al pecado*» (Rom 6, 10-11).

El primer paso en la «vida para Dios», el decisivo, consiste, pues, en morir al pecado, en romper completamente y sin compromisos, no sólo con el pecado mortal, sino también con el venial, con las imperfecciones e infidelidades conscientes y deliberadas. Si queremos vivir para Dios, debemos librarnos de toda participación en el pecado, debemos estar dispuestos a cualquier sacrificio para precavernos contra un pecado o una infidelidad consciente, debemos sustraernos con voluntad inflexible a toda ocasión de pecado. Abandonemos los anchos caminos que llevan a la perdición (Mt 7, 13). Las opi-

niones y los criterios de los hijos de este mundo no deberán nunca más influir nuestra conducta, ya que sabemos que «todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y orgullo de la vida» (1 Ioh 2, 16), y, por lo tanto, alejamiento de Dios.

«Vivir para Dios» significa también *vivir para lo creado:* para la salvación del alma propia y la de los demás, para la familia, la profesión, el justo bienestar material, el cumplimiento de los deberes, la ciencia, la salud física; vivir para las grandes causas de la sociedad y de la patria. Pero siempre de modo que, aun aspirando a la felicidad terrena, cuidando de la familia y de los prójimos, cumpliendo los deberes del propio estado, no nos detengamos en las cosas creadas, sino que miremos más allá de todo lo que nos rodea o momentáneamente se nos exige, y atendamos directamente a Dios: a Él, y no a nosotros, debemos referirlo todo. No debemos buscar satisfacción o placer personal, ni éxito y honor entre los hombres, ni ventaja, ganancia o provecho. ¡Dios en todo! Sólo así estableceremos relaciones justas con los hombres, con las cosas, el trabajo, las penas y los sufrimientos y guardaremos la debida proximidad y la debida distancia con todas las cosas.

Vivir para Dios implica finalmente una triple actividad: ver, abandonarse y amar a Dios en todo.

Ver a Dios en todo. Necesitamos ante todo ojos iluminados por la fe; ojos que, en todo lo que el día nos presenta, no vean sólo la actividad de la naturaleza, la obra de hombres mejor o peor intencionados, sino la benevolencia, la providencia y la mano de Dios. Él es quien todo lo predispone y dirige, el que da y el que quita; la gran realidad que se oculta detrás de cada suceso y de toda experiencia.

Confiarse a Dios en todo. Si hemos de vivir realmente para Dios, no reconoceremos más que su santa voluntad ni nos dejaremos guiar más que por ella. Su ley y su voluntad serán nuestra norma y nuestra fuerza. Nunca haremos cosa alguna que pueda desagradarle ni que sea contraria a su ley y a su voluntad. Renunciaremos de buen grado a nuestros deseos y a nuestros gustos personales, para hacer solamente lo que a Él le place. Con fe y amor nos someteremos a todos los deseos, decisiones y permisiones de la providencia; a todas las humillaciones y contrariedades de la vida exterior e interior, y asentiremos con nuestro «fiat», amorosa y humildemente, a todo lo duro que el Señor nos imponga. «Según tú gustes, como tú lo quieras y porque tú lo quieres: hágase tu voluntad sobre todas las cosas.»

Amar a Dios en todo. «El temor de Dios es el principio de la sabiduría», de la vida perfecta. Pero la perfección se alcanza solamente en el amor, porque gracias al amor, y sólo a él, nos olvidamos de nosotros mismos y de las cosas que nos circundan, obrando solamente para Dios y sacrificándole toda criatura. El amor hace que Dios signifique y sea todo para nosotros, el sol en cuyo derredor nos movemos. Sólo por el amor somos capaces de dirigir nuestros pensamientos y nuestras intenciones al Señor, de verle en todo y de encontrarle en cualquier parte, de escuchar continuamente su voz y vivir exclusivamente para Él; sólo el amor hace que interpretemos, refiriéndolas a su benevolencia, todas las cosas. El amor hace que nuestros deseos y nues-

tras inclinaciones estén consagradas a Él, que no nos liguemos desordenadamente a ninguna criatura, sino que nos mantengamos en relación con Dios y santifiquemos las inclinaciones y el amor, justificados y necesarios, hacia determinadas personas o actividades. El amor nos impulsa a buscar siempre en primer término a Dios y a su gloria y a elevarnos sobre el amor propio y el respeto humano. Nos fortalece para soportar con calma y resignación, y aun para aceptar con alegría y agradecimiento todo lo penoso y desagradable que nos trae cada día.

El amor tiene una sola respuesta a todo lo que la vida nos quita o nos da: por ti, Dios mío, por tu amor; como tú lo quieres y porque así es como lo quieres.

Dios, su santa voluntad, su agrado: ninguna otra cosa toma el amor en consideración. Por eso reduce enérgicamente a sumisión a todas nuestras inclinaciones, opiniones y tendencias: a nuestro entero modo de obrar. El amor debe reinar como un soberano; es la llama que llega al cielo y que transforma en fuego todo lo que en nosotros pueda encontrar o alcanzar: la oración, el trabajo, las renunciaciones, los sufrimientos, los sacrificios. Así vivimos como quienes, muertos al pecado, viven para Dios en Jesucristo nuestro Señor.

Ésta es, pues, nuestra tarea de todos los días y todos los momentos: vivir para Dios, sólo para Dios. «Yo soy el Señor tu Dios: no tendrás otro dios que a mí» (Ex 20, 2). ¡Ningún ídolo! No puede haber término medio en la vida religiosa: o un alma siente a Dios como a su todo, o se siente ella centro del universo, astro a cuyo alrededor todo se mueve: quien no vive para Dios, necesariamente vive para sí mismo, llegando hasta pretender que los demás e incluso Dios se sometan a sus caprichos.

«¡Vivir para Dios en Jesucristo!» Este Dios infinito se nós entrega con toda la plenitud de su ser y nos llama a su servicio personal: toda otra servidumbre es irrisoria e indigna. ¡De este modo es como honra Dios al hombre!

¡Vivir para Dios! Ésta es nuestra verdadera grandeza y nuestra verdadera dignidad: dignidad que no se mide por las acciones externas, por el linaje o el título, por la excelencia o el cargo, no por la aureola que a uno le rodea por méritos de su carácter, talento, saber, sino únicamente por el fin para el que uno vive. El que aspira a más alta meta, es el más alto. El que vive totalmente para Dios y sólo a Él sirve, es el más digno.

¡Vivir para Dios! Ésta es la única verdadera felicidad del hombre. Con sabiduría y bondad admirables ha enlazado Dios mi pobre vida a la suya; sólo seré feliz si vivo para Él, si me entrego a su voluntad y sirvo sus intereses, su agrado y su gloria. «Nos has hecho, Señor, para ti, y nuestro corazón andará inquieto hasta que descanse en ti», dice san Agustín. Pocos han conocido como este santo en sí mismo la verdad de estas palabras.

¡Vivir para Dios! Lo que en mí no vive para Él y no le sirve sólo a Él; lo que en mi vida no vence al amor propio, al afecto a esta criatura o a esta ocupación, al temor y al respeto humano; lo que en mi vida no supera la preocupación desmedida por el bienestar material, físico o moral: todo esto no es más que vanidad, locura, bancarrota. Sólo lo que se hace por Dios y para Él tiene valor, aunque cueste sacrificios.

¿Para qué vivo? ¿A quién sirvo? ¿A quién pertenecen mis pensamientos, mis secretas aspiraciones, mis afectos, mis preocupaciones, mi trabajo? ¿Son, en realidad, del Señor, o, acaso, son más bien míos, de mi amor propio?

¿Vivo para Dios en todo, incluso en mis aspiraciones a la santidad y en mi piedad, incluso en la educación y en el cuidado de las almas que tengo encomendadas? ¿Vivo verdaderamente para el Señor y no para mí? ¿Vivo enteramente, solamente, para Dios, para su gloria, para cumplir su santa voluntad?

III

SED PERFECTOS

«Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto.»

Mt 5, 48

Hemos de participar en la vida de Dios, si bien en forma creada y limitada. Esto nos enfrenta a una tarea: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto». Los cristianos somos perfectos cuando ordenamos nuestros pensamientos y nuestra voluntad, nuestras acciones y omisiones, nuestros sentimientos y aspiraciones y todas nuestras cosas conforme a la santa voluntad de Dios, sin desviarse un ápice ni a la derecha ni a la izquierda, sin faltar por más ni por menos. Orar perfectamente, cual debe ser la oración; amar a Dios perfectamente sin reticencias, siempre y en todo; ser perfectos en la paciencia ante el dolor y el sufrimiento y las decepciones diarias; amar perfectamente a todos los hombres, a cada uno de ellos en nuestros sentimientos, en nuestras palabras, en nuestra conducta, sin falta ni omisión alguna: todo esto es sencillamente sobrehumano. «¡Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto!»

1. Sed perfectos

Por el santo bautismo, el cristiano lleva en su alma la gracia sobrenatural, la gracia «santificante», que es el germen y raíz de la vida sobrenatural Pues bien, lo mismo que toda raíz sana, posee la gracia santificante un impulso a crecer y desarrollarse, y por ende el bautizado está también sometido a esa ley de aspiración al crecimiento y a la perfección: sustraerse a esta ley implica detenerse en su desarrollo y desmedrar. De igual modo que son muchos los obstáculos que contrarrestan el desenvolvimiento de toda vida natural, un inmenso número de fuerzas y potencias enemigas acechan la vida sobrenatural en su misma existencia. Quien no trabaje seriamente por el constante progreso de su vida sobrenatural, tarde o temprano tendrá que sucumbir al influjo de los obstáculos destructores; porque no avanzar significa, simplemente, retroceder.

De aquí nace el deber fundamental de todo cristiano: aspirar con todo ahínco a la meta de la perfección y procurar ser más perfecto cada instante. Solamente así podrá conservar la vida sobrenatural y asegurar su florecimiento.

«¡Sed perfectos!» Con indecible amor nos ha acogido el Señor, por el santo bautismo, en su propia vida, para que «participáramos de la divina naturaleza» (2 Petr 1, 4). Con el principio de vida sobrenatural que es la gracia santificante, nos ha regalado las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad, como pies con los que caminar hacia Dios y brazos con los que poder abrazarle; y otras muchas

virtudes con las que podemos orientar hacia Dios y sus divinos fines nuestro quehacer cotidiano con las cosas terrenas.

Injertados por el bautismo en la vid que es Cristo, quedamos sin más incorporados a la Iglesia, nos hacemos hijos de ella. Nuestras son, entonces, las sagradas Escrituras, divinamente inspiradas, del Antiguo y Nuevo Testamento; nuestros los santos sacramentos: nuestro Cristo en la sagrada eucaristía, víctima y alimento de nuestro espíritu; nuestros los méritos y las virtudes, las oraciones y reparaciones de Cristo y de sus santos, de todas las almas puras y amantes de Dios en el cielo y en la tierra.

Por el santo bautismo el mismo Dios, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se establecen en nuestra alma para estar cerca de nosotros, atraernos amorosamente al círculo de su vida divina y proseguirla misteriosamente en nosotros. ¿No debemos, no podemos llegar a ser perfectos, como es perfecto nuestro Padre celestial?

Si el bautismo es el sacramento de la regeneración, la confirmación es el sacramento del perfeccionamiento, del vigor cristiano, de la madurez sobrenatural. La confirmación trasplanta al bautizado al estado de mayor de edad, de adulto. Ahora posee el cristiano la plenitud de la gracia y «tiene que extender en su derredor el encanto y perfume de todas las virtudes» (Catecismo Romano). Para eso se recibe en la sagrada confirmación al Espíritu Santo y el cristiano está desde ese momento llamado a comportarse varonilmente, llevando una vida cristiana perfecta. El cometido de avanzar en la perfección, que se nos impuso en el santo bautismo, apremia y urge más desde que se ha recibido la confirmación.

Cuantas veces celebramos con recta intención y la debida disposición de ánimo el sacrificio eucarístico, o lo concelebramos con el sacerdote, nos compenetramos con el sacrificio que Cristo ha realizado en la cruz. Con un rotundo sí de nuestra voluntad, nos unimos a su oblación, nos apropiamos los excelsos sentimientos y los fines del sacrificio con el que el Señor se inmola por nosotros.

Cuando en la santa comunión el Señor se nos da como alimento, su espíritu, su capacidad de sacrificio impregnan y saturan lo más profundo de nuestro ser. Nos sentimos entonces capaces de santificar nuestra vida cotidiana, con sus trabajos y luchas, sacrificios y fatigas. Gracias a la virtud del sacrificio eucarístico y a la participación del santo convite, la jornada del auténtico cristiano viene a ser un ininterrumpido santo sacrificio de adoración, acción de gracias, alabanza y expiación, de amorosa entrega a todo lo que Dios nos da que hacer, sobrellevar y sufrir conforme a su santa voluntad. La participación en la santa misa nos ofrece así diariamente una preciosa ocasión de adentrarnos cada vez más íntimamente en el espíritu de sacrificio del Señor, en su abandono en manos del Padre, en su obediencia hasta la muerte: llega a ser un deber cada día más grave y apremiante el sacar de la santa comunión las fuerzas y los ánimos para edificarnos interiormente en entrañable vinculación de espíritu y voluntad con Cristo, para autoinmolarnos y vivir en amor total, e indivisiblemente unidos a Cristo y a Dios. «¡Sed perfectos!»

«¡Sed perfectos!» En primer lugar, Dios, su gloria, el cumplimiento de su santa voluntad. ¿Quién da más gloria a Dios? ¿Quién se abandona más totalmente y sin reservas a las disposiciones y normas de la providencia? El santo. Una sola alma perfecta glorifica a Dios mucho más que miles de imperfectas, ya que un solo acto de amor, tal como lo realiza un alma perfecta, tiene mayor valor ante Dios que todos los actos de amor de tantas almas que aún no han alcanzado la perfección. El alma perfecta se ocupa constantemente en tales actos de amor. Si queremos honrar a Dios de verdad y con todo fervor, hemos de procurar por todos los medios superar las imperfecciones y vivir para la perfección.

«¡Sed perfectos!» En segundo lugar, *la salvación de nuestra alma.* ¿Cómo nos la aseguraremos mejor? Trabajando sincera y eficazmente por la perfección; cuanta más urgencia nos demos en alcanzarla, con tanta más seguridad nos preservaremos del pecado, de todo pecado, por insignificante que pueda parecernos. Quien lucha para llegar a la perfección, sabe resistir a las ocasiones y halagos del mal, pues tiene ante los ojos un ideal que le subyuga, le apremia, le espolea constantemente, sin dejarle un momento de descanso: no podrá contentarse con medianías.

«¡Sed perfectos!» *Nuestro tiempo* necesita santos. Todos lamentan que la situación del mundo haya venido a ser insostenible e insanable. ¿Qué puede ya salvar al mundo de hoy? No la ciencia, ni el trabajo, ni la industria, ni la técnica. Únicamente la santidad, la santidad de los cristianos, sobre todo la de sacerdotes y religiosos. Tenemos urgente necesidad de cristianos perfectos, de sacerdotes y religiosos, estudiantes y empleados, obreros y patronos. Quien quiera ser útil al mundo, a la Iglesia, a la patria, a la humanidad, deberá comen-

zar por sí mismo, esforzándose en recorrer el camino de la perfección cristiana. ¡Cuán descristianizada está hoy la vida! ¡Cómo ha penetrado el espíritu del mundo en la Iglesia, en las comunidades y parroquias, en las familias, en las inteligencias y corazones de los hombres! Nosotros, hombres de hoy, nos vemos interiormente divididos, como desgarrados, perdida toda íntima y profunda relación con Dios, inconscientes y, por tanto, infelices, amargados, sin verdadera y radical alegría, cansados de vivir y sin ánimos para seguir viviendo.

Junto a todo esto, tantas preocupaciones de los superiores eclesiásticos y del clero, tantos libros buenos: tantas misiones, academias, discursos, sermones; aun las mismas santas confesiones y comuniones, las peregrinaciones, los oficios divinos y las festividades religiosas tan detalladamente organizadas y ejecutadas con tanta pompa. Y siempre de nuevo la misma amarga experiencia: el dispendio es grande y el fruto pequeño y efímero. Y viene siempre de nuevo el enemigo y siembra cizaña, y la cizaña abunda inmensamente más que la buena siembra. En realidad, sólo una cosa puede poder aportarnos remedio: la seria aspiración a ser perfectos, el firme propósito de obrar siempre con viva y enérgica virtud cristiana; en una palabra, la santidad, que, como toda vida auténtica, ha de empezar echando sus raíces en el interior. No es que se desprecie lo externo, pero ha de brotar del fondo del alma. El alma de la perfección es la vida interior, el íntimo despego de las cosas del mundo, la ruptura con todo pecado consciente, con todo egoísmo, la renuncia a todo lo que no es Dios y que, por tanto, nos dificulta la unión con Él, el ansia de

humillación, la penitencia, la expiación, el sentirnos siempre en presencia de Dios, la oración, el recogimiento, el amor de Dios sobre todas las cosas, la prontitud de ánimo para hacer y sufrir cualquier cosa, soportarlo y ofrecerlo todo como Dios lo da y lo dispone, como Él lo permite y ordena. Esto es precisamente lo que los tiempos actuales esperan y exigen de nosotros, los cristianos: una vida de perfección cristiana.

2. Cuándo somos perfectos

Somos perfectos si amamos y en la medida en que amamos. «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente; y al prójimo como a ti mismo» (Mt 22, 37-39). El amor es la expresión más sublime, la cifra y resumen de nuestra capacidad. En el amor resumimos todo nuestro ser, sentir, querer y aspirar, y lo entregamos incondicionalmente al servicio del ser que amamos. El amor es el modo más perfecto de glorificar a Dios. Por el amor es como mejor cumplimos sus mandamientos. Del mandamiento del amor a Dios y al prójimo «dependen toda la ley y los profetas» (Mt 22, 40). Al amor se refieren todos los mandamientos; más todavía, él es la satisfacción de todas las leyes, porque sin él no hay satisfacción; es el alma de todas las virtudes, es toda la virtud. Si falta el amor, falta todo; pero, habiéndolo, todo lo tenemos con él; las virtudes brotan del amor como de su raíz natural, están a su servicio, le allanan el camino de tal modo que el alma amante puede realizar o sacrificar con facilidad, con valentía y con alegre prontitud todo lo que el amor le exige.

Somos, pues, perfectos en la medida en que amamos. ¿A quién? A Dios y al prójimo. Por eso pone el Señor como signo de sus seguidores el amor al prójimo. «En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis caridad unos para con otros» (Ioh 13, 35). De la misma manera el apóstol san Juan dictamina la autenticidad de nuestro amor a Dios por el amor que demostramos al prójimo: «Si alguno dijere: Amo a Dios, pero aborrece a su hermano, miente. Pues el que no ama a su hermano, a quien ve, no es posible que ame a Dios, a quien no ve. Nosotros tenemos de Él este precepto, que quien ama a Dios ame también a su hermano» (1 Ioh 4, 20-21). Es en realidad un único e idéntico amor el que nos lleva a amar en Cristo a Dios y al hermano: sólo el motivo es diverso: amamos a Dios por Él mismo, y al prójimo por amor de Dios y de Cristo.

¡Qué falsa, engañosa y dañina es la idea que tantas almas tienen de la perfección! Piensan que consiste en penitencias y mortificaciones extraordinarias, en los ayunos y sacrificios lo más grandes posible; creen ser perfectas cuando se encuentran libres de luchas y de tentaciones, cuando pueden orar sin dificultad, cuando sienten fervor y consuelo en la oración, cuando pueden rezar como a ellas les gusta.

Muchos religiosos creen ser perfectos cuando observan rigurosamente las reglas prescritas. ¿Y quién va a negar que las mortificaciones, la asiduidad en la oración, la fidelidad a las reglas, sean cosas muy santas, sin las cuales no puede haber perfección cristiana en un convento? Pero no son la perfección. ¿Acaso no hay muchas almas, sumamente mortificadas, dadas a la oración y fieles a sus reglas, que son duras en el juicio, soberbias, presuntuosas y tercas, prontas a la crítica y al reproche, dominadoras, poco caritativas de pensamiento y de palabra, susceptibles, celosas, irritables, caprichosas y sin el menor dominio sobre sí mismas? ¿Son, acaso, perfectas?

Somos perfectos en la medida en que amamos. Pero el amor lo posee todo aquel que está en estado de gracia, es decir, que observa los mandamientos de Dios sin cometer pecado grave. ¿Es, por esto, realmente perfecto? No; la perfección exige más: no sólo excluye los pecados graves, sino cualquier pecado venial deliberado; emprende una denodada lucha contra toda falta que descubre. No tolera actitudes acomodaticias, negligencia, debilidad o falta alguna de carácter, aunque no pueda impedir que el hombre, mientras viva en la tierra, sea frecuente víctima de debilidades involuntarias, de faltas y pequeñeces humanas.

La perfección consiste en el amor, o sea en el perfecto cumplimiento del gran precepto: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente, y al prójimo como a ti mismo». El que ame cualquier otra cosa más que a Dios, el que ame algo contrario a Dios o simplemente algo distinto de Dios en el mismo grado que a Él, no cumple el precepto del amor y no camina por la senda de la perfección. Si quiere andar por el camino de la vida perfecta, ha de cumplir en algún grado el mandamiento del amor, que puede practicarse en mil gradaciones distintas. Dentro del marco de este gran mandato del amor quedan aún al cristiano un sinfín de posibilidades para aspirar a la

perfección: pues también la perfección, como el amor, admite grados innumerables. A primera vista podemos distinguir dos líneas fundamentales de la perfección cristiana: la de la perfección esencial y la de la perfección en sentido propio y estricto.

La perfección esencial, o sea la entendida en su sentido lato, es aquella sin la cual nadie puede alcanzar la meta de la vida cristiana, que es la gloria eterna con Dios. Exige que se cumplan los mandamientos, que se viva en estado de gracia santificante, y además de esto, que se haga todo lo necesario para ese estado de gracia y, por lo mismo, para mantenerse libre de pecados graves. Pero, si un cristiano quisiera hacer o evitar solamente lo que está estrictamente mandado, no cumpliría entonces la exigencia de Cristo: «¡Sed perfectos!» Si alguien, por ejemplo, quisiera amar a sus semejantes sólo cuando hay obligación definida de actuar y pecado grave en la omisión, en poquísimos casos cumpliría las exigencias del amor cristiano. Quien se contenta con lo rigurosamente mandado, se encuentra aún muy lejos de la perfección esencial.

La perfección en sentido propio y estricto, de la que ahora tratamos, sobrepasa las estrecheces de la perfección esencial. El que es perfecto en sentido estricto, evita todo pecado, incluso los pecados veniales conscientes y deliberados y, en cuanto le es posible, se precave también de las llamadas flaquezas o debilidades naturales. Cumple a ciencia y conciencia los mandamientos de Dios, del Evangelio y de la Iglesia y lleva una vida de gracia y virtud. Hace, además, lo que no está mandado estrictamente. Yendo más allá del círculo de las obligaciones estrictas, escoge sacrificios, lo simplemente

aconsejado y recomendado, y lo hace para dar mayor gloria y honra a Dios.

Hay, en efecto, muchas cosas que podemos poseer y de las que podemos disfrutar lícitamente, y muchas que podemos hacer u omitir lícitamente, disponerlas en un sentido o en otro. Las obligaciones mismas, que nos han sido impuestas, pueden cumplirse más o menos perfectamente tanto en el aspecto cuantitativo como en el cualitativo. En el aspecto cuantitativo: oración más frecuente, limosna más cuantiosa; en el cualitativo: mayor fervor, más constancia, mayor pureza de intención al ejecutar las obras.

El perfecto realiza diariamente a ciencia y conciencia todos sus deberes, tanto los estrictamente «obligatorios» como los de mero consejo. Los ejecuta con plena fidelidad, exactitud y puntualidad. Es, además, de suma importancia que el móvil de nuestros pensamientos y voluntades, de nuestras acciones y misiones sea el amor perfecto, es decir, que lo pensemos y queramos todo, lo hagamos y suframos todo con recta intención: porque Dios lo quiere y lo desea de nosotros. Nuestra actividad es verdaderamente perfecta cuando va acompañada por aquel grito que irrumpe de lo más profundo del alma: «Sí, Padre, porque así te plugo» (Mt 11, 26). La fuerza del amor espolea al amante a evitar en lo posible todas las faltas de precipitación, debilidad y flaqueza humanas, si bien es cierto, como hemos ya dicho, que nosotros, hombres endebles, no lograremos superar totalmente todas las faltas y debilidades. Solamente a la Madre de Dios, la Virgen santísima, le fue otorgado el privilegio de verse inmune de toda mancilla y de toda imperfección.

Puesto que la perfección cristiana consiste en su meollo en el amor, o sea en el cumplimiento del «primero y principal mandamiento», todo cristiano está obligado a aspirar a la perfección. Se viola el mandamiento del amor no sólo por el pecado, sino por toda acción u omisión que no vaya dirigida a Dios, por todo lo que no hagamos y suframos por la gloria de Dios. «Ya comáis, ya bebáis, hacedlo todo para gloria de Dios» (1 Cor 10, 31). Lo que es de mero consejo, debe también estar dirigido y orientado a la gloria de Dios. Por eso quien lo hace todo, incluso lo meramente aconsejado y recomendado, se limita al perfecto cumplimiento del deber.

Es consecuencia de todo esto el llamamiento a la vida perfecta, dirigido a todos los cristianos, aunque no estén llamados todos al mismo grado de perfección cristiana; de una manera son llamados los célibes y de otra los casados; uno es el caso de los sacerdotes, otro el de los religiosos. Pero, estando todos llamados a la vida perfecta, a todos es posible, en conformidad con las cualidades y circunstancias personales y según la medida de la gracia de Dios, alcanzar la perfección. Es un grave error y causa de perjuicios todavía más graves pactar con ligereza consigo mismo, diciéndose que no está llamado a la vida perfecta o que la vida de perfección es terreno acotado de unos pocos, reservado para sacerdotes y religiosos. Quien así piensa, se aparta de los designios de Dios, no atenderá a su obligación de aspirar a la perfección. Claro es que nadie se condena por no ser perfecto en la hora de la muerte, con tal de que cumpla en cierto grado el mandamiento del amor de Dios y muera, por consiguiente, en estado de gracia.

Nuestros más serios empeños han de cifrarse, por tanto, en llegar a ser perfectos, no contentándonos con la que hemos llamado perfección esencial, es decir, con alcanzar un grado cualquiera, relativamente bajo, de amor, sino aspirando a la perfección en sentido riguroso y afinado y luchando por ella con la gracia de Dios. Convenzámonos de que nuestro deber más sagrado y nuestro verdadero interés consisten en violentarnos diaria e incesantemente por conseguir la perfección. No aspiraríamos continuamente si, llegado un momento, dijéramos «ya basta». Si pensamos haber alcanzado la cima, entonces cesamos de avanzar, abandonamos nuestro deber y dejamos de cumplir el mandamiento del amor de Dios. «El amor de Cristo nos apremia», debemos exclamar con el Apóstol (2 Cor 5, 14). El amor hace ligero todo lo pasado y lleva con igualdad todo lo desigual. Lleva la carga sin carga y hace dulce y sabroso todo lo amargo. No dice: Esto es imposible. Porque cree poderlo y deberlo todo (cf. *La imitación de Cristo,* libro 3, cap. 5).

¡Dichosos nosotros si vivimos la realidad del «amor de Dios, infundido en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado»! (Rom 5, 5). Somos tanto más perfectos cuanto más amamos.

IV

LA PURIFICACIÓN DEL CORAZÓN

«Bienaventurados los limpios de corazón.»
Mt 5, 8

¡Convivir la vida de Dios, una vida que, apartada de lo puramente terreno, pertenece enteramente a Dios, una vida de perfecto amor de Dios! Ésta es la cima a la que estamos llamados. Mas ¿cuál es el camino que a ella conduce?

Es usual, desde hace muchos siglos, distinguir tres caminos o «vías» en la vida espiritual:

La vía purgativa o de los principiantes, la vía iluminativa o de los proficientes, y la vía unitiva o de los perfectos.

Ya se ve, pues, que las cumbres de la perfección se apoyan sobre dos escalas que debemos subir antes de poder alcanzar el amor perfecto. Lo cual no quiere decir que estos dos grados preliminares sean prácticamente separables entre sí o de la vía unitiva, ni que en ésta no sea ya necesario el trabajo de la purificación del corazón y de la constante vigilancia para preservarse de todo pecado o defecto, ni que sena superfluas las ansias de la vía iluminativa y el constante esfuerzo por la obtención y aumento

de las virtudes. Estas vías de purificación. iluminación y unión se relacionan e interfieren; están estrechamente vinculadas entre sí: iniciados en la vía purgativa, hemos ingresado también en la iluminativa y la unitiva; lo mismo que, por otra parte, la iluminativa, con sus ansias de tener y aumentar las virtudes, permanece siempre condicionada al trabajo de purificar el corazón.

1. El porqué de la purificación del corazón

Tenemos que convivir la vida de Dios *en Cristo Jesús*. Siendo Él «la verdadera vid», quiere y debe continuar su vida en nosotros: éste es el profundo sentido de nuestra vocación y vida cristianas. Lo repite san Pablo más de ciento cincuenta veces en sus cartas: «vivimos en Cristo Jesús», estamos vitalmente unidos a Él como lo está el sarmiento a la vid, como la mano al brazo, y éste al cuerpo y al alma que lo vivifica. Jesús quiere «revivir» en nosotros, quiere repetir en nosotros, lo más fiel y perfectamente posible, la vida que tuvo aquí en la tierra por la gloria del Padre y por la salvación de nuestra alma y las de nuestros hermanos.

Ahora bien, la vida de Cristo es de la más delicada pureza, ya que, siendo Él Hijo de Dios y Dios mismo, sólo puede ser su vida purísima y santísima. Puros son su entendimiento y su voluntad, puras sus intenciones y los móviles de su acción; puro es su corazón, libre de todo movimiento de aversión o de inclinación que no sea perfecto, libre de toda cerrazón en su propio juicio, sus razonamientos o su voluntad. Cristo está exento de toda sombra de sensualidad, de todo movimiento de orgullo, de toda

forma de egoísmo. Vive en nosotros, sus miembros, como quien es divinamente puro, y ansía ardientemente colmarnos de su pureza para vencer todo cuanto en nosotros queda de impuro. Para esto nos proporciona su ejemplo, para esto nos da fuerza: con la fuerza de Cristo podemos «purificarnos de toda mancha de nuestra carne y nuestro espíritu, completando la obra de la santificación en el temor de Dios». (2 Cor 7, 1).

Existe el *pecado original*. De él arranca la perversidad del corazón humano, de la que todos nos resentimos. Ha quedado oscurecida nuestra inteligencia: no conocemos a Dios ni nos conocemos a nosotros mismos; ignoramos tanto el origen como el fin de nuestra vida. No sabemos en qué consiste nuestra verdadera felicidad ni qué hacer para alcanzarla. Somos ciegos e ignoramos que lo somos; más bien creemos que vemos, a pesar de no ver nada. La voluntad, creada recta por Dios, se ha torcido bajo los efectos del pecado original: tenía originariamente nuestro corazón tendencia natural a amar a Dios sobre todas las cosas, mas después del pecado nuestro amor se ha reconcentrado en nosotros mismos. Si amamos, es con egoísmo: buscamos siempre nuestra ventaja y nuestro interés. Con estas miras nos afanamos desde la infancia tras las cosas terrenas, y nos esclavizan, sujetan a sus órdenes las necesidades materiales y el deseo de remediarlas. Del pecado original nació la concupiscencia, el afán desordenado de las posesiones terrenas (concupiscencia de los ojos), de los goces y placeres mundanos y sensuales (concupiscencia de la carne) y del honor, del poder y la distinción social (concupiscencia del espíritu). Esta concupiscencia nos

dificulta querer y, más aún, practicar el bien: vemos el bien, lo estimamos, incluso lo deseamos, pero obramos mal. No somos como debemos ser; ¡viven en nosotros tantos instintos que no deberíamos tolerar! Siendo así, ¿qué recurso nos queda? Purificar del mal nuestro corazón, libertarlo del desorden y de la corrupción.

La cuestión del progreso interior, de la subida a las cumbres de la vida cristiana, de la vida para Dios y con Él, se reduce necesariamente al problema de la purificación del corazón. Haremos posible que la gracia divina se difunda en nosotros, en la medida en que trabajemos en la purificación de nuestro corazón; obtendremos provecho de la sagrada comunión, de la oración y de nuestra vida piadosa, en la medida en que seamos puros de corazón. Si nuestro esfuerzo espiritual no produce cuanto debería, si nuestra participación de los sacramentos y nuestra oración no son del todo fructuosas, hay que buscar ante todo la causa de nuestra insuficiente purificación del corazón, en la que radica todo el progreso espiritual. La purificación del corazón es la condición indispensable de todo progreso.

El trabajo de la purificación del corazón es siempre y en todas partes la tarea fundamental. La vía purgativa es lo primero; el que la abandona, creyendo llegar al grado de la iluminativa y la unitiva por un sendero diverso y más cómodo, se equivoca. El que quiere subir una escalera, debe comenzar por el peldaño inferior, ya que sin comienzo no puede haber progreso ni perfección. Combatir los defectos, enderezar la naturaleza inclinada al mal, arrancar la cizaña del jardín de nuestra alma, eliminar, día tras día, hora tras hora, los obstáculos a nuestro

avance: en esto consiste la purificación del corazón. Este primer paso, además de necesario, es el único que augura victoria. Podrá atemorizarnos la magnitud de la empresa, podrá parecer a alguno más atractiva la máxima moderna: «la naturaleza es buena en sí y es menester únicamente dejarla obrar, dejar que crezcan todos sus gérmenes, incluso la cizaña». Mas para eso reza la palabra del profeta: «¡Oh pueblo mío!, los que te guían y te llaman feliz son los que te descarrían» (Is 3, 12; 9, 16). Un solo camino conduce en verdad a la victoria: la purificación del corazón; no es suficiente para llevar a la perfección, pero es necesario y hay que recorrerlo.

2. El camino de la purificación del corazón

«Crea en mí, ¡oh Dios mío!, un corazón puro» (Ps 50, 12). Esto es principalmente obra de Dios, mas también nuestra: obra de purificación por el mal cometido por nosotros o que vive en nosotros, y obra de preservación del mal, del pecado y de la imperfección.

En primer lugar debemos realizar, naturalmente, la purificación del pecado. Es un hecho, por desgracia, que faltamos, que pecamos diariamente, y así diariamente debemos arrepentirnos y pedir perdón al Señor. Siempre tenemos motivos para rezar: «Padre nuestro, perdónanos nuestras deudas», y todos los días confesamos con humildad en el «Confíteor» de la misa: «que pequé de pensamiento, palabra y obra por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa».

Con razón frecuentamos el sacramento de la penitencia y nos lamentamos de los pecados que cometemos.

En segundo lugar, la purificación de las malas costumbres innatas en nosotros, de la tendencia a buscar siempre y ante todo nuestro provecho, nuestra comodidad, nuestros intereses personales y la satisfacción de nuestros deseos egoístas. ¡Primero nosotros, después el Señor! Ésta es la llaga abierta en carne viva, el foco de nuestra enfermedad, el veneno que intoxica nuestra sangre: es nuestro amor propio desordenado. Somos unos egoístas, con frecuencia incluso bajo disfraz de piedad. Este egoísmo nos ciega y es, en el noventa por ciento de los casos, el motivo de que nuestra piedad sea sólo un barniz y no un sentimiento auténtico y firme.

Muy importante es también la purificación de nuestra inveterada costumbre de razonar y juzgar de un *modo demasiado humano* y de obrar por motivos meramente naturales. Decimos que es más racional, más fácil, más prudente desde el punto de vista humano, más sano, más lucrativo, más honroso; que a los demás les causa mejor impresión; que se conquistan mayor estima e influencia, etc. Por desgracia, tenemos el hábito de juzgar desde un punto de vista meramente natural, de emplear medios naturales, de contar especial y casi exclusivamente con las energías y capacidades humanas, de dejarnos determinar en nuestras decisiones por motivos puramente humanos.

Costumbre muy nociva también es la de entregarnos a *pensamientos inútiles, absurdos y vanos,* estructurar planes para el futuro, crearnos preocupaciones superfluas y exageradas respecto a nuestro porvenir. Hay preocupaciones justísimas y Dios las aprueba, siempre que se mantengan dentro de límites razonables. ¡Pero somos tan poco razonables!

Así es el hombre: se preocupa con más frecuencia de cosas que no le interesan que de aquellas que más le importan y frente a las cuales se siente impotente. No quiere reconocer su propia incapacidad: se imagina ser y poder alguna cosa, preocupándose de dominar el futuro y sustraerse a esta o aquella vicisitud, en vez de entregarse ciegamente, en la oscuridad de la fe, a la providencia de Dios. Con cierta frecuencia se preocupa también gustosamente en escarbar todos los recovecos del pasado. Queremos ver claro, poner todos los puntos sobre las íes, rehusamos confiar en Dios, que en su misericordiosa bondad nos lo ha perdonado todo y ha borrado todas nuestras culpas. Queremos hacerlo todo por nosotros mismos, confiar en nuestras propias fuerzas. La tendencia a replegarse en sí mismo puede ser morbosa en algunos casos, pero ¡cuántas veces no es sino fruto del orgullo y de una excesiva confianza! ¡Cuánto debemos trabajar para liberarnos de pensamientos y cuidados inútiles!

A todo esto se añade la difícil labor de acabar con los apegos desordenados, sea a las personas, sea al oficio, a los caprichos y simpatías, al cuerpo, a la salud, al propio juicio y a la propia voluntad, a la honra, a las alabanzas y al reconocimiento, a ciertas distracciones, lecturas y charlas. Cuesta muchas fatigas y grande abnegación el libertarse de tales inclinaciones y ligaduras. Esto resulta tanto más difícil cuanto que nos es imprescindible tratar con los hombres, dedicarnos a nuestro oficio y ocuparnos en mil cositas de la vida cotidiana.

En fin, ¡nos enfrentamos con la tarea de dominar las pasiones! Tenemos pasiones. Éstas son elementos integrantes de una naturaleza sana y pueden

rendirnos servicios insustituibles, a condición de que vayan dirigidas y dominadas por el espíritu, por una voluntad noble y elevada. Ahí están las fuertes pasiones del orgullo, de la ira y de la sensualidad, con sus múltiples ramificaciones de la envidia, celotipia, susceptibilidad, vindicta, pereza, comodidad, ambición y lujuria, que son otras tantas manifestaciones del amor propio desordenado. Se requiere una vigilancia continua y una abnegación consciente para dominar adecuadamente las pasiones y aplicar sus impulsos básicos a la obra del bien.

El primer paso decisivo en la vida de la piedad cristiana es la purificación del corazón. Purificación de todo pecado, de todo apego desordenado a lo creado, de las malas tendencias e inclinaciones y de la esclavitud de las pasiones.

He aquí la gran tarea que debemos realizar en nuestra vida si queremos ser cristianos perfectos. Esta labor exige de nosotros una oración ferviente, que pide fuerzas y luces de lo alto. Exige una seria disciplina y una constante abnegación de nosotros mismos. Exige que nos esforcemos por ser cada vez más pacientes, humildes y menos quisquillosos, que crezcamos en el santo amor. Cuanto más amemos a Dios y al prójimo por amor de Dios, tanto más seguramente superaremos el pecado y todas las desviaciones, triunfando sobre todo del poder de nuestro desordenado amor propio.

¿Estamos dispuestos a comenzar esta tarea? Ciertamente, sería imposible contando sólo con nuestras fuerzas humanas. Pero si hacemos lo que está de nuestra parte, Dios mismo acabará su gran trabajo de purificarnos. «Todo sarmiento que haya en mí», dice Cristo, «y dé fruto, lo podará (el Pa-

dre) para que dé más fruto» (Ioh 15, 1). El Padre sabe qué medios de purificación nos convienen y cómo ha de guiarnos y conducirnos para que nos veamos libres del pecado y de la imperfección. A nosotros nos toca entregarnos con todo celo a la labor que se nos ha encomendado, a la llamada «purificación activa», poniendo nuestra confianza inconmovible en la gracia y en la acción de Dios sobre nosotros. Él tiene gran interés en que lleguemos a la pureza, soltura y libertad interiores, y alejará los óbices que salen al paso con el torrente de mayores y más abundantes gracias. Confiemos en la eficacia y poder del amor infinito con que nos ama. Confiemos en la virtud de nuestro Señor Jesucristo que actúa en nosotros, que nos sumerge en su vida pura y santa, para hacernos partícipes de su inocencia y de su pureza perfecta, haciéndonos así testigos suyos y de su santidad.

V

EL PECADO

«Reconozco mis culpas, y mi pecado está siempre ante mí.»

Ps 50, 7

«En Él nos eligió antes de la constitución del mundo; para que fuésemos santos e inmaculados ante su presencia» (Eph 1, 4) mediante la posesión de la vida divina y la participación en la misma. Cada día deberíamos agradecérsela nuevamente, poseerla y vivirla con más perfección, hasta que podamos vivirla un día con perfección absoluta en la visión beatífica de Dios: allí «seremos semejantes a Él, porque le veremos tal cual es. Y todo el que tiene en Él esta esperanza, se santifica, como santo es Él» (Ioh 3, 2-3). Se reflejó en nuestra alma esta luz por primera vez en el bautismo. Después de bautizarnos, al imponernos un vestido blanco, símbolo de la gracia que se nos había conferido, nos dijo la Iglesia: «Recibe esta blanca vestidura y llévala inmaculada hasta el trono del Juez divino». Consideremos, pues, el don divino que hemos recibido en el bautismo y examinemos hasta qué punto hemos llevado limpio a través de la vida el blanco velo bautismal.

1. Hemos pecado

Debíamos llevar a través de la vida la blanca vestidura de la gracia, el traje espléndido de nuestra adopción divina, y lo hicimos durante algunos años. Eran los años de la primera infancia. Mas apenas llegamos a la edad en que podíamos conocer y discernir entre el bien y el mal, se insinuó el pecado en el paraíso de nuestro joven corazón y pecamos: pecados pequeños, pecados mayores, pecados graves: *hemos pecado mucho*. Nos sobran motivos para rezar incesantemente: «perdónanos nuestras deudas», «*miserere mei Deus*, apiádate de mí, oh Dios, según tus piedades, y según la muchedumbre de tus misericordias, borra mi iniquidad. Contra ti, sólo contra ti he pecado, he hecho el mal a tus ojos» (Ps 50, 3-6). Hemos sido el hijo pródigo que abandonó la casa paterna para marcharse a un país extraño: «después de haberlo gastado todo, sobrevino una fuerte hambre en aquella tierra, y comenzó a sentir necesidad. Volviendo en sí, dijo: Me levantaré e iré a mi padre y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti» (Lc 15, 13-19).

Padre, he pecado de pensamiento, de deseo, de palabra, de obra, de omisión; he pecado contra Dios, contra el prójimo, contra mí mismo; he pecado contra los mandamientos de Dios, los preceptos de la Iglesia, los deberes de mi estado y de mi profesión; he cometido los siete pecados capitales, y además he envuelto a otros en mi pecado: les he dado motivo de escándalo, los he instigado y he sido para ellos ocasión de pecar. He cometido más de un pecado grave, y me he hecho culpable, más o menos

inconscientemente, de numerosos pecados de infidelidad, de faltas e imperfecciones de todo género. He cometido pecados todos los días de mi vida, desde hace ya muchos años, y van superando en número «a los cabellos de mi cabeza» (Ps 39, 13).

Y todo esto, *a pesar de los medios* innumerables que hemos tenido a nuestro alcance para conservar intacta la veste bautismal; a pesar de las enseñanzas recibidas en la familia, en la escuela, en el templo; a pesar de las numerosas inspiraciones, de las amonestaciones y los avisos interiores de la gracia divina; a pesar de tantos buenos ejemplos que continuamente se nos presentan a la vista; a pesar de las meditaciones, ejercicios espirituales, confesiones y buenos propósitos; a pesar de la participación, cotidiana quizá, en el santo sacrificio y la comunión; a pesar del gran número de oraciones que recitamos y libros espirituales que leemos. Los sacerdotes y religiosos recuerden especialmente la gracia del sacerdocio y de la profesión religiosa, con los grandes medios de santificación que encuentran en los sagrados votos y en la disciplina del claustro. «Apiádate de mí, oh Dios, según tus piedades, y según la muchedumbre de tu misericordia, borra mi iniquidad. Lávame de ella más y más y límpiame de mi pecado. Pues reconozco mis culpas, y mi pecado está siempre ante mí. Contra ti, sólo contra ti he pecado, y he hecho el mal a tus ojos. Aspérgeme con hisopo y seré puro; lávame, y emblanqueceré más que la nieve» (Ps 50, 3-6, 9).

«Nada hay de que pueda gloriarme; pero hay muchas cosas por las que debo postrarme en tierra, pues yo débil e inconstante» *(Imit. de Cristo)*.

2. ¿Qué hemos hecho al pecar?

Para saber valorar la gravedad del pecado, antes debemos intentar comprender quién es Dios, ya que el pecado es negación de Dios: un atentado contra su misma esencia, contra su amor y su santidad, una violación de sus supremos e inalienables derechos. El pecado nos separa de Dios y nos arroja a un abismo de humillación tanto más profundo y de miseria tanto más íntima, cuanto más sublime, grande es nuestra vocación a convivir la vida divina.

El pecado se revuelve en primer lugar *contra Dios:* es una ofensa a Él, «Yo soy el Señor, tu Dios», al cual debemos referir todas las cosas, servirle, vivir exclusivamente y siempre para Él. ¿Qué hacemos al pecar? En realidad, apreciamos todas las cosas según nos sirvan o no para satisfacer nuestras pasiones, especialmente el orgullo y la sensualidad. Las fuerzas físicas y morales nos han sido dadas para que viviéramos sólo para Dios y su gloria, y nosotros, por el contrario, las empleamos para nuestros fines personales, contrariando la voluntad y los preceptos de Dios. Más aún, nos incautamos arbitrariamente de las que nos interesan, que son propiedad de Dios, y por su naturaleza han de servir a la voluntad y a la gloria del Señor, y las acomodamos a nuestros caprichos y nuestras intenciones contra la voluntad de Dios: las referimos a nosotros, no a Dios, y las hacemos esclavas de nuestras ambiciones; buscamos nuestra gloria y nuestra voluntad, en vez de la suya. Nos preferimos a Dios, nos colocamos sobre Él: ¡primero nosotros, y luego Dios! Ponemos junto a Dios, incluso sobre

Dios, un ídolo: el ídolo de nuestro yo, del dinero, provecho, trabajo u honor: el ídolo de un placer, una amistad, un gozo vano. Preferimos una criatura al Creador, la situamos prácticamente sobre Él y decimos a nuestro ídolo: «tú eres mi todo, tú eres mi Dios; yo vivo para ti.» ¿No es esto una injusticia, una ofensa, un menosprecio a Dios? «¿Sucedió jamás cosa como ésta? ¿Hubo jamás pueblo alguno que cambiase de Dios, con no ser dioses ésos? ¡Pues mi pueblo ha cambiado su gloria por un ídolo! Pasmaos, cielos, de esto, y horrorizaos, dice el Señor» (Ier 2, 10-12).

El pecado es desobediencia a Dios, violación consciente de un mandato suyo. «Yo soy el Señor, tu Dios». Tiene el derecho de mandar, y su mandato es ley. Al pecar, le retiramos la obediencia debida, menospreciamos la voluntad y la ley del Altísimo, pisoteamos sus mandamientos y queremos seguir nuestro camino: «Desde antiguo ya quebrantaste tu yugo, rompiste tus coyundas y dijiste: No te serviré» (Ier 2, 20). Y todo esto, tras habernos consagrado a Él en el bautismo, tras habernos puesto a su servicio.

El pecado es ingratitud. ¡En su amor misericordioso nos ha sacado Dios de la condenación eterna, nos ha adoptado como a sus hijos muy amados en Jesucristo, y ha derramado tantas buenas semillas en el sembradío de nuestra alma! ¡Y nosotros pecamos! No disfrutamos de los dones naturales y sobrenaturales, los dones de la fe, de los sacramentos, de nuestro estado de cristianos o de religiosos, sino que abusamos de ellos. Nos servimos de las fuerzas del espíritu y de las del cuerpo, de la salud, de los miembros y de los sentidos, no para dar gloria

a Dios y cumplir en todo su voluntad viviendo sólo para Él, sino para enfrentarnos, serle desobedientes y ultrajarle. «¿Qué más podía yo hacer por mi viña que no lo hiciera? ¿Cómo, esperando que diese uvas, dio agrazones?» (Is 5, 4).

El pecado va dirigido *contra Cristo,* nuestro Señor y Salvador. Para arrebatarnos al pecado y a la miseria que éste implica, nos baja a la tierra el Hijo de Dios, que viene «a salvar lo que estaba perdido» (Mt 18, 11). ¡Cómo nos ama, y cuántos sacrificios, cuántas penas pasó por salvarnos, desde el pesebre hasta la cruz! ¿Qué nos dicen los misterios dolorosos del rosario, las estaciones del vía-crucis, la cruz, los clavos y la lanza, las heridas? Por nosotros, por cada uno de nosotros ha sufrido todo esto, solamente para abrirnos el «acceso al Padre» (Eph 2, 18), para obtenernos el perdón de los pecados, la vida divina, la gracia y el derecho a la posesión de la vida eterna. Nosotros, en recompensa, pecamos y despreciamos todos sus sacrificios. Éste fue su dolor más agudo durante la agonía en Getsemaní: previó con clarividencia divina la ingratitud con que íbamos a corresponderle. «Pueblo mío, ¿qué mal te he hecho, en qué te he disgustado? Respóndeme. Porque te he libertado de la esclavitud de Egipto (bautismo), me ofreces tú la cruz; porque te he llevado a través del desierto nutriéndote del maná celestial (eucaristía), dándote la patria donde corre leche y miel (Iglesia), preparas tú la cruz a tu Salvador. Yo te he enaltecido con mi poder (a la dignidad de Hijo de Dios, a la coposesión de la vida divina), y tú en recompensa me clavas en la cruz. Pueblo mío: ¿qué te he hecho, en qué te he disgustado? ¡Respóndeme!» (improperios del viernes santo). ¿Qué podemos responder, sino esto?: Sí, hemos pagado tu amor con vil ingratitud. ¡Y la ingratitud duele tanto!

Es el pecado lo que esteriliza en nosotros la obra de la redención, lo que impide que crezca y prospere en nuestra alma la buena semilla de las inspiraciones y estímulos de la gracia: tanto el pecado grave como el venial. Es verdad que mientras cometemos solamente pecados veniales estamos en gracia de Dios y proseguimos por el recto camino, pero las pequeñas infidelidades y los numerosos defectos nos impiden andar con soltura: la vida interior no prospera, las gracias no producen los frutos deseados. Y es que oponemos obstáculos insuperables a la obra de la redención y santificación que el Señor quiere consumar en nosotros con su acción y sus sacramentos. Y así esterilizamos la obra de la redención en nosotros y en los demás. ¿No le causará pena al Señor todo esto?

El pecado nos daña también *a nosotros mismos,* es la mayor desgracia que nos puede suceder. Hubiéramos podido convivir con Dios, y al cometer un pecado grave dejamos de alimentar esta vida. De las cumbres de la posesión de Dios, nos precipitamos en los abismos de su lejanía. Y en lo que toca a nosotros nos hemos separado, nos hemos excluido de la vida divina: ya no somos hijos de Dios, sino hijos de ira; ya no somos sarmientos vivos de la vid que es Cristo, sino sarmientos secos. Y sólo nos faltará que la muerte corte la última fibra que aún nos mantiene unidos a la vid, para que caigamos por toda la eternidad en las tinieblas donde habrá «llanto y rechinar de dientes». Dios, que tanto nos ha amado en Cristo, nos debe rechazar

para siempre de su seno, y, perdido Dios, ya está perdido todo. El pecado entraña en sí mismo su castigo: ese atormentador remordimiento que persigue día y noche al pecador, quizá la pérdida de la salud, de la riqueza, del honor, del buen nombre; siempre el abrasador reproche y la pregunta angustiosa: «¿Cómo acabará todo esto?» Si el infeliz no vuelve al Padre, su desgracia se hace aún mayor con la perversión de la conciencia, la ceguera de la razón, el relajamiento de la voluntad, el endurecimiento del corazón, la insospechada debilitación del carácter, la pérdida de toda estima de sí mismo, la perversión de la naturaleza y, en consecuencia, el temor a la muerte. Éstos son los dos caminos del pecado aquí en la tierra; si la gracia de Dios no interviene misericordiosa, desembocan inevitablemente en la exclusión definitiva de la vida divina y de la visión de Dios: el infierno: eterna lejanía de Dios, lejanía de todo bien, lejanía de toda felicidad y de toda alegría. ¡Sólo infelicidad, odio y amargura por toda la eternidad!

El pecado ejerce también una repercusión sobre la comunidad: sobre la familia, la parroquia, la Iglesia, la humanidad. Todo pecado cometido es un perjuicio para la comunidad: priva de la bendición de Dios al individuo y, por tanto, también a aquélla, puesto que todos formamos un solo cuerpo místico, un único organismo. Si un miembro enferma, todo el organismo se resiente; si un sarmiento queda estéril, ya la vid no da todo el fruto. Si un miembro es objeto de la ira de Dios, se resiente toda la colectividad. Nadie vive aislado, nadie al pecar se daña sólo a sí mismo; y todo esto aun prescindiendo del escándalo que ordinariamente va vinculado al pecado.

Éste es el cóncepto católico y cristiano del pecado. El pecado entraña una relación con Dios que no puede soslayarse. La época moderna, que pone entre paréntesis la existencia de Dios, no puede menos de negar el pecado y se ve forzada a explicar exclusivamente el sentimiento de la culpa a partir del mismo hombre. Otros, por su parte, admitiendo la existencia de Dios, tratan de aminorar la gravedad del pecado, diluyendo la causa del pecado entre factores puramente pedagógicos y psicológicos, y reduciéndola en último análisis a un simple error de la mente y de la conciencia. Se llega hasta afirmar que el pecado es humano, un signo de vitalidad humana y de grandeza de espíritu. Hoy se glorifica y ensalza positiva y públicamente el pecado.

Nosotros, en cambio, reconozcamos que el pecado es una injuria hecha a Dios y a Cristo, nuestro Redentor. Lo aborrecemos como la mayor y la única verdadera desdicha del hombre y de la humanidad en el tiempo y en la eternidad. Confesamos con el Salmista: «Reconozco mi culpa y mi pecado está siempre ante mí». Arrepintámonos de lo que hemos faltado. Volvamos, con el hijo pródigo, al Padre y esperemos que use con nosotros aquella bondad, amor y gracia con que recibió al hijo «que había muerto y ha vuelto a la vida, se había perdido y ha sido hallado» (Lc 15, 18-32). Pidamos por los extraviados en las sendas del pecado y expiemos para que Dios les sea benévolo y les dé luz y fuerza para romper con el pecado.

«Haced cuenta de que estáis muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús» (Rom 6, 11).

VI

EL PECADO VENIAL

«Quien ha nacido de Dios,
no peca.»
1 Ioh 3, 9

Una vez que Dios quiere hacernos partícipes ya en este mundo de su vida divina, se nos impone el deber de purificarnos y preservarnos de todo pecado, no sólo del mortal, sino también del venial. Porque la vida de Dios es por esencia absolutamente santa.

El pecado venial, lo mismo que el grave, es una afición desordenada a la criatura, si bien por él aún no nos separamos completamente de Dios, aún seguimos en el camino que conduce hacia Él, siendo hijos de Dios, hijos de la gracia; pero nuestra participación en la vida de Dios, nuestro «ser en Jesucristo», pierde fuerza y vigencia. Nos quedamos para el tiempo y la eternidad en un grado inferior al de la gloria para la que Dios en su amor infinito nos había llamado y escogido.

Hay almas a quienes horroriza el pecado mortal, pero que a menudo estiman el venial como insignificante y menospreciable. Al no valorarlo debidamente, no le tienen el horror que se merece. Y, sin embargo, de la postura que se adopte respecto al pecado

venial depende precisamente el desarrollo, el progreso o el retroceso de toda la vida interior. Mientras consideremos el pecado como cosa de poca monta, mientras permanezcamos indiferentes frente a él, es inconcebible una verdadera participación de la vida divina, es imposible una vida de caridad perfecta. «El que desprecia lo poco, poco a poco se precipitará» (Ecli 19, 1). «El que es fiel en lo poco, también es fiel en lo mucho» (Lc 16, 10).

1. Formas del pecado venial

Hay un pecado venial deliberado. Es una transgresión consciente de un mandato divino cometido con pleno consentimiento de la voluntad en materia, como suele decirse, no grave; por ejemplo, una pequeña mentira, una pequeña falta de caridad o de la obediencia que debemos a nuestros padres o superiores. No es un apartamiento completo de Dios, ya que seguimos en el camino recto, pero a la voluntad reconocida de nuestro Dios y Salvador contraponemos la nuestra; estimamos un placer cualquiera, una satisfacción o una cosa terrena por encima de la voluntad y el mandato de Dios. Rehusamos así una inspiración, una invitación de la gracia: de haber correspondido a ella, nos hubiera dado Dios otras aún mayores y un aumento de caridad y de felicidad eterna. Pero con el pecado venial hemos perdido este derecho: ése es el fruto del pecado venial deliberado. Ya no será de extrañar que Dios se nos muestre más reservado en sus dones y que, por consiguiente, sin ellos, cometamos aún más frecuentes infidelidades y que nuestra voluntad se incline a ceder, se nos ofusque el juicio, mengüe la fe, re-

vivan las tendencias naturales, disminuya el fervor. Iremos perdiendo de vista progresivamente el ideal del amor de Dios, sintiendo fatiga y cansancio, hasta que, por fin, nos abandonen el coraje y la alegría.

Nuestra miseria se consuma con el *pecado venial habitual*. Muchas almas piadosas están en una infidelidad e inexactitud casi continuas en «pequeñas» cosas; son impacientes, poco caritativas en sus pensamientos, juicios y palabras, falsas en su conversación y en sus actitudes, lentas y relajadas en su piedad, no se dominan a sí mismas y son demasiado frívolas en su lenguaje, tratan con ligereza la buena fama del prójimo. Conocen sus defectos e infidelidades y los acusan quizá en confesión, mas no se arrepienten de ellos con seriedad ni emplean los medios con que podrían prevenirlos. No reflexionan que cada una de estas imperfecciones es como un peso de plomo que las arrastra hacia abajo, no se dan cuenta de que van comenzando a pensar de manera puramente humana y a obrar únicamente por motivos naturales, ni de que resisten habitualmente a las inspiraciones de la gracia y abusan de ella. El alma pierde así el esplendor de su belleza, y Dios va retirándose cada vez más de ella. Poco a poco pierde el alma sus puntos de contacto con Dios: en Él no ve al Padre amoroso y amado a quien se entregaba con filial ternura; algo se ha interpuesto entre los dos.

Y tiene que ser así, porque el pecado venial hace que nos comportemos continuamente con Dios y el Salvador de un modo mezquino e incluso bajo: elegimos lo que Él desprecia y aborrece, nos exponemos a sabiendas al peligro de vernos separados completamente de Él. Esta actitud nos priva de las ayudas de la gracia, nos va abismando en un estado de debilidad, de indiferencia y de tibieza, al mismo tiempo que aumenta nuestra satisfacción, orgullo y ceguera. ¿Por qué hemos de extrañar que en tal estado nos precipitemos irremediablemente en el abismo de la separación de Dios? La ruina de las almas radica en el pecado venial frecuente, habitual; nos lo enseñan la experiencia y la historia de tantas almas.

Algo muy distinto son los llamados *pecados veniales semideliberados*. Muchas almas buenas tienen tal horror al pecar deliberado, que son, por así decir, incapaces de cometer cualquier pecado, por «pequeño» que sea, a plena conciencia, pero, sin embargo, tienen que reprenderse todos los días de ciertas faltas que las humillan y oprimen, a la vez que irritan al prójimo, no obstante los esfuerzos más sinceros y los mejores propósitos, y aun habiendo empleado todos los medios para evitarlas. No se trata de pecados veniales deliberados, sino de los semideliberados y pecados de fragilidad y precipitación.

Se cometen por irreflexión momentánea, por ligereza de carácter o por atolondramiento, olvido y celo excesivo: se decide y obra uno sin darse cuenta, en el momento de actuar, de la pecaminosidad del acto.

Hay también pecados de sorpresa: una excitación nerviosa, una situación comprometida, un apuro, una sorpresa, hacen que nos decidamos u obremos diversamente de como querríamos. Sucumbimos a la presión de las circunstancias: hemos cometido una falta, mas sin total advertencia ni consentimiento perfectamente libre de la voluntad.

Ocurre, además, que uno es sobrecogido por movimientos repentinos de impaciencia, tedio, ira, irritación, pensamientos poco caritativos, sentimientos

de antipatía, de menosprecio de los demás, de envidia, impulsos de sensualidad, de imaginaciones torpes y apetencias impuras, caprichos del humor, de la melancolía, etc. Después de la falta, tenemos la impresión, clara y penosa, de no haber sido suficientemente generosos ni habernos dominado bastante, si bien no somos capaces de precisar qué parte exacta tiene nuestra voluntad libre en la falta. Sin embargo, en general, hay cierta culpabilidad, siquiera remota, por culpable negligencia en la vigilancia, en el conocimiento y en la guarda de nosotros mismos. Por esta razón las faltas semideliberadas, esos impulsos espontáneos y directos, pueden ser materia de arrepentimiento, de confesión y de absolución en el sacramento de la penitencia.

Estas faltas semideliberadas son también pecados, por lo cual debemos fomentar frente a ellas durante todo nuestra vida un profundo horror y esforzarnos por evitarlas. Pero no estará de más hacer notar que nunca podremos evitarlas del todo, que es precisamente lo que enseña la Iglesia: mientras vivamos en la tierra, nadie puede evitar todos los pecados semideliberados, a no ser que Dios le conceda este privilegio especial, que creemos otorgó a María santísima (Con. de Trento, sess. VI, can. 23). Lo que debemos intentar, pues, en nuestra lucha contra el pecado semideliberado, no es su eliminación definitiva, sino su restricción a un mínimo.

Sea nuestro programa: nunca un pecado consciente y deliberado; a la vez, el menor número posible de pecados semideliberados y de faltas o imperfecciones. «Quien ha nacido de Dios, no peca.»

2. Cómo combatir eficazmente el pecado venial

Pregunta de vital importancia, porque todo depende del modo de comportarnos frente al pecado venial. Debemos eliminar a toda costa de nuestra vida el pecado venial deliberado. Mientras no tengamos este propósito decidido, será imposible la caridad perfecta, la perfecta unión con Dios, la vida para y con Él. El pecado semideliberado ya es otra cosa, porque presupone un profundo horror a toda consciente infidelidad y transgresión de un mandamiento de Dios, y, apenas cometido y reconocido, provoca un sincero arrepentimiento. Nos humilla el haber hablado u obrado ireflexiblemente, el haber tomado determinada decisión en un momento de compromiso, el haber sido presa fácil de la irritación y del nerviosismo; y acudimos en seguida a Dios para pedirle perdón, renovamos el propósito de mantenernos en mayor vigilancia y generosidad en adelante, y le pedimos la gracia de no caer otra vez. En una palabra, estos pecados semideliberados nos han servido para conocernos mejor, para humillarnos y recurrir a Dios, nuestro único salvador, y formular un acto de contrición renovando la decisión de oponernos al mal. Por eso estas faltas no son para nosotros un obstáculo o un perjuicio, sino más bien un eficaz medio de santificación, un camino hacia Dios, una gracia. No obstante, debemos hacer lo posible para que vaya reduciéndose también la frecuencia de estas faltas.

¿Qué medios utilizar en esta lucha?

En primer lugar, *la oración*. No nos bastan el deseo y el esfuerzo humanos. «Dios es el que obra

en vosotros el querer y el obrar según su beneplácito» (Phil 2, 13). El mismo deseo de no pecar ya no es obra nuestra, sino que lo despierta en nosotros la gracia divina (Conc. de Orange, año 529, can. 4). Para comprender bien lo que es y lo que para nosotros significa el pecado venial, es preciso que nos ilumine la gracia de Dios. Y habrá de ser también la gracia divina la que nos dé vigor y fortaleza para emprender la lucha contra el pecado venial en sus más variadas formas y para mantenernos en ella día tras día durante toda la vida con fervor y fidelidad inviolables. Dios da la gracia al que se la pide: «pedid y se os dará» (Lc 11, 9).

En segundo lugar, hay que adquirir *principios claros* respecto a las que llamamos «cosas pequeñas», las reglas, las prescripciones, los deberes, etc. En realidad, para nosotros no puede haber cosas pequeñas. En cada obligación nuestra, en cada mandato, deseo u orden de los superiores legítimos, en cada suceso del día, sea bueno o malo, el ojo de la fe descubre a Dios: su providencia, tolerancia o disposición, su voluntad, su beneplácito. Si vivimos la fe, aun las cosas que, humanamente hablando, son insignificantes, serán grandes para nosotros, santas y dignas de consideración. Descubrimos en ellas la santa voluntad de Dios, al mismo Dios, y así nos será fácil preservarnos de cualquier infidelidad y negligencia.

La *justa valoración del pecado venial,* especialmente del deliberado, es de la máxima importancia. Tendemos a considerarlo como insignificante, mas esta ilusión es el principio del fin. Debe subsistir en nosotros el profundo convencimiento de que es una ofensa a Dios, algo que Él aborrece con todo

el poder de su santidad, desobediencia a sus leyes, ingratitud al que nos ama infinitamente y nos concede todo el bien que poseemos. Después del pecado grave, el venial es nuestra mayor desgracia. Si bien en realidad no nos separa de Dios, pues no nos priva de la inhabitación de Dios en nosotros ni nos quita la vida divina, la dignidad de hijos de Dios, sí nos priva, desde luego, de numerosas gracias e impide la expansión de la vida divina en nosotros, el aumento de la gracia santificante y de las virtudes sobrenaturales, obstaculiza la gracia, la repele y arrincona de modo que no puede desarrollarse donde crece la planta venenosa del pecado venial habitual.

Otra ayuda, y de primer orden, en esta lucha contra el pecado venial, es el uso frecuente y provechoso del *sacramento de la penitencia.* Este sacramento no sólo perdona los pecados cometidos, sino que prepara y fortifica el alma para el porvenir, gracias al arrepentimiento, a la absolución del sacerdote y a la penitencia que éste impone; atenúa la tendencia a recaer, aumenta la inclinación al bien y nos da derecho a nuevas y más eficaces gracias actuales con las que podamos resistir y evitar el pecado venial. Por supuesto, este triunfo depende mucho del buen uso que hagamos del sacramento de la penitencia, que debemos recibir con profunda contrición, reportando el provecho que nos brinda. A los superiores de las órdenes religiosas manda la Iglesia que velen por la confesión al menos semanal de los religiosos. Para evitar la rutina en la confesión semanal, y especialmente en la confesión de los pecados veniales, será útil que concentremos nuestra atención en el dolor. Y para formar un ver-

dadero dolor, echaremos una ojeada general, no particular, a los pecados de nuestra vida pasada. Si no hemos cometido ningún pecado grave desde la última confesión, recordemos que no es absolutamente necesaria, según enseñan expresamente los teólogos, para la validez de la confesión la mención y acusación detallada de los pecados veniales e imperfecciones. Según la doctrina del Concilio de Trento (sesión 14, cap. 5), muchos son los medios por los que se puede obtener la remisión de los pecados veniales, no siendo, por consiguiente, necesario acusarnos de ellos en la confesión; pero, añade el Concilio, es provechoso confesarlos.

Rigurosamente hablando, por consiguiente, basta, si no tenemos la conciencia manchada con un pecado mortal, acusarnos de un pecado real, aunque se trate de uno de la vida pasada ya confesado y perdonado por Dios. En todo caso, no es bueno demorar demasiado en el examen de conciencia, siendo, en cambio, mucho más importante el esfuerzo por formar el acto de arrepentimiento amoroso más perfecto posible, que borra los pecados veniales. Entonces puede bastarnos la acusación limitada a unos pocos puntos. Con el arrepentimiento renovado sobre los pecados de la vida pasada terminaremos la confesión, diciendo: Me acuso de todos los pecados de mi pasada vida. Muchos se estacionan demasiado en el examen de conciencia y en la formulación de las faltas, haciéndoseles onerosa la confesión semanal. Al arrepentimiento siguen espontáneamente los propósitos de enmienda correspondientes.

Otro medio indispensable es la *asidua vigilancia:* sobre los sentidos externos, la imaginación, pensamientos, deseos, tendencias, afectos y costumbres. «Velad y orad para no caer en la tentación; el espíritu está pronto, pero la carne es flaca» (Mt 26, 41). Sin una continua vigilancia y mortificación de los sentidos, del paladar y de la lengua, de la volubilidad de las tendencias espontáneas, de la susceptibilidad, del resentimiento, del espíritu de contradicción, del orgullo, de la inclinación a la crítica y al desprecio del prójimo, es imposible superar el pecado venial. A la oración debemos unir la mortificación y la adecuada ascesis, como nos exhorta el Señor: «Vigilad y orad», porque «esta especie de demonios no puede ser expulsada por ningún medio, si no es por la oración» (Mc 9, 28).

Otro medio también indispensable es el ejercicio reflexivo de las virtudes cristianas, especialmente de la virtud de la fe, de las virtudes cardinales de la templanza (autodominio) y de la fortaleza para los sacrificios que se nos exigirán. Pero lo más importante de todo es que se encienda en nosotros el amor a Dios y al prójimo, el amor ardiente a Cristo, nuestro Señor y Salvador. Creciendo el amor, crecen todas las virtudes y se vigoriza el deseo de evitar el pecado venial. El problema del progreso interior y de la pureza del alma es ante todo un problema de aumento de la caridad. Si amamos, los pecados y las faltas desaparecen como por encanto. Generalmente, adoptamos una postura errónea respecto a nuestras relaciones con el pecado venial: ponemos a los bordes del camino de nuestra vida una infinidad de letreros que nos van advirtiendo: «es pecado», «no se puede», o «¿podré hacer esto?», y así lo empequeñecemos o, mejor, lo obstruimos, y nos resulta verdaderamente imposible caminar por él, con sencillez, seguridad y alegría, hacia la cumbre. ¡Vivimos una ascesis de-

masiado negativa! Necesitamos más amor, una ascesis más positiva y luminosa. Si tenemos amor, lo tenemos ya todo. El amor nos fortalece para aceptar los sacrificios y mortificaciones, para renunciar a esto y aquello, para oponer un no tajante a los movimientos del amor propio, para mantener la vigilancia imprescindible si queremos preservarnos de toda falta aun en las cosas más «pequeñas».

De las profundidades del amor debe brotar ese sincero aborrecimiento de todo pecado venial, por pequeño que sea, que debe acompañarnos siempre y penetrar enteramente nuestro ser, influir y determinar toda actitud de nuestro espíritu y de nuestra voluntad. El amor nos inmuniza contra cierta forma de temor al pecado, infundada, paralizadora y debilitante, y contra toda incertidumbre y exceso de escrúpulo respecto a las innumerables posibilidades de pecar venialmente, porque une nuestra voluntad a la de Cristo y a la de Dios, y le da una dirección claramente determinada. Nos empuja a hacer el bien, a hacerlo perfectamente y a pesar de todas las dificultades. El amor no se contenta con evitar el mal, con no faltar a ningún mandato de Dios, que eso lo hace también el temor; se eleva sobre el simple deber y quiere hacer más, dar más. El amor otorga al alma la fuerza de una vigilancia constante, la fuerza de emplear los medios necesarios para obrar bien, superar los obstáculos, evitar todo lo que podría desagradar a Dios. El amor nos mueve a intentar complacerle siempre y en todo. Ésta es su meta: muy superior, por cierto, al mero no obrar mal.

El amor es una potencia superior a todas las demás. Transforma al que ama, le da nuevas ideas,

nuevos impulsos y capacidades desconocidas. No es pequeña cosa el que nos haga evitar continuamente en la tierra el pecado venial, en medio de los hombres, en el vaivén de la vida moderna; no es pequeña cosa vigorizar nuestras fuerzas con esa facilidad y prontitud que nos mantiene casi espontáneamente en el recto camino y hace casi imposibles la desviación y la caída. Para llegar hasta aquí se precisa un estado de ánimo, superior a toda mediocridad, que puede existir solamente donde el fuego del amor divino arde con vehemencia.

Hagamos un examen de conciencia sobre nosotros mismos: ¿qué pienso yo del pecado venial? ¿cómo lo he considerado hasta ahora en la teoría y en la práctica? ¿qué debo hacer, modificar, abandonar, mejorar? ¿con qué medios alcanzaré este objeto?

Nuestro programa: «Quien ha nacido de Dios, no peca, porque la simiente de Dios (la gracia) está en él» (1 Ioh 3, 9). Tenemos que llegar a que nos sea moralmente imposible cometer deliberadamente el menor pecado, permitirnos a ciencia y conciencia las menores infidelidades. Tiene que ir verificándose poco a poco en nosotros lo que está escrito: «Quien ha nacido de Dios, no peca. No puede pecar». «El que desprecia las cosas pequeñas, se precipitará poco a poco» (Eccli 19, 1).

VII

EL ENEMIGO

«Todos buscan sus intereses, mas no los de Jesucristo.»
Phil 2, 21

No es cosa de poca monta haber sido elevados hasta la participación en la vida divina, ser sarmientos de la vid que es Cristo, sarmientos en que Él hace circular la savia de su vida, y, en fin, poder decir: «no vivo yo, es Cristo quien vive en mí». Cristo quiere y debe vivir y reinar en nosotros, ser el alma que nos vivifique y determine todos nuestros pensamientos, deseos y acciones.

Pero, a partir del instante en que Cristo toma posesión de nuestra alma para infundirnos su espíritu y penetrarnos de su vida, se le contrapone el enemigo que ambiciona impedir su expansión. No es precisamente este enemigo el demonio o el mundo, sino que vive en nuestro interior: nacido con nosotros, nos ha estado esclavizando incluso cuando no gozábamos todavía del uso de la razón. Es el enemigo cuyo poder aumenta cada día, ayudado por nuestras pasiones, las tinieblas de nuestra mente, la debilidad de nuestra voluntad, nuestros pecados y nuestras malas costumbres. Es un enemigo que

se envalentona precisamente con los golpes que le damos, un enemigo que se ufana de las victorias que sobre él vamos logrando, y se las adjudica. Un enemigo que crece nutriéndose precisamente de las virtudes que practicamos y hasta de los defectos a los que cedemos; un enemigo que se despierta con nosotros por las mañanas y queda a nuestro lado todo el día, atento siempre a envenenar y degradar espiritualmente todas nuestras obras.

Ya es hora de decir que este enemigo se llama *amor propio*. ¡Hay que derrotarlo! Si lo vencemos, está asegurado en nosotros el reino de Cristo. Sólo entonces podremos decir, con san Pablo, «no vivo yo, es Cristo quien vive en mí» (Gal 2, 20). Un bosquejo intuitivo de este enemigo artero nos lo da la *Imitación de Cristo*, de Tomás de Kempis, libro 3, cap. 54: «Las tendencias contrarias de la naturaleza y de la gracia».

1. Qué es el amor propio

Hay un amor propio recto, ordenado. Debemos amarnos, desearnos el bien, sí, tenemos que amarnos a nosotros mismos, porque la aspiración y la tendencia a la felicidad están inscritas en nuestra naturaleza. Podemos desear para nosotros los bienes naturales: talento, ciencia, integridad. Podemos amar también nuestro cuerpo, cuidarlo, velar por su salud y hermosura, pero a condición siempre de que la principal solicitud sea por el alma, por adquirir las virtudes, por conseguir la salvación eterna. El amor propio es ordenado cuando nos amamos en Dios y por Dios, cuando, como hijos de Dios, como redimidos, como llamados que somos a la participación

de la vida divina, le adoramos, le servimos, trabajamos en su santo amor por Él y cumplimos su voluntad.

El amor propio ordenado tiene su reverso, que es el odio de sí mismo: odiar los pecados cometidos y hacer penitencia por ellos. Aborrecemos nuestra propensión al pecado y nuestra corrupción interna, esforzándonos por subsanarlas mediante la ascesis y la abnegación. Odiamos nuestro cuerpo, sometiéndolo a la disciplina y a la mortificación. «Si alguno viene a mí y no aborrece aun su propia vida, no puede ser mi discípulo» (Lc 14, 26).

Hay también un amor propio desordenado, del que vamos a hablar ahora. Este amor propio nos lo encontramos en todos los caminos y en todos los senderos, día tras día y hora tras hora, bajo mil formas diversas, exteriormente siempre complaciente, mesurado, mañoso, gentil, amable, deferente. Pero, visto al desnudo, es un lobo voraz, falso, mentiroso, habilísimo en el arte de la seducción y de la persuasión, sofista.

El amor propio es la fuerza que mueve el mundo. «Todos procuran sus intereses», dice san Pablo, todos van a lo suyo, todos buscan su provecho: somos unos egoístas. El amor propio es la raíz secreta y profunda de los pecados y de los vicios que hacen a los hombres continuamente infelices: pereza, falta de carácter, infidelidad, mentira, concupiscencia, avaricia; de los pecados de la carne y del espíritu. El amor propio es la madre fecunda de todos los grandes crímenes de la humanidad, de las injusticias que claman venganza al cielo y de las que la historia es rica en ejemplos; de las opresiones, de las faltas de caridad con el prójimo, de las enemistades y guerras, de la destrucción de nuestra felicidad y de la del prójimo. El amor propio es, en último análisis, lo que arranca la fe y la religión de millones de corazones, lo que priva de Dios y del cielo a millones de hombres.

Junto a este egoísmo grosero y vulgar, hay otro más sutil que es propio de las almas piadosas: el *amor propio «espiritual»*. También en esta forma se introduce el egoísmo cada día en los corazones, pensamientos, reacciones internas, palabras y obras de las almas buenas.

Un alma, por ejemplo, anhela ardientemente la perfección; pero detrás de esta ansia se encuentra, inconfesado, el deseo de ser estimada, admirada, considerada, y, frecuentemente, una complacencia en la propia perfección, una admiración de sí misma, y un secreto orgullo.

Trabaja el alma cuanto puede por huir del pecado, pero, a escondidas, se insinúa en ella el amor propio: huye del pecado, no tanto porque es ofensa a Dios, sino también porque afea su propia belleza espiritual, o también porque querría creerse a sí misma superior a tales debilidades.

El amor propio va buscando consuelos, desea luces, dones y gracias; se fija en las que Dios concede a las demás y termina por hacerse celoso, envidioso y antipático.

Engañada por el amor propio sobre el verdadero objeto de la vida y el combate espiritual, el alma los considera no ya como el cumplimiento de la voluntad de Dios, sino como un perfeccionamiento personal y una mejora de su vida; y al proponerse un objeto equivocado, se desfiguran los motivos de su acción. El alma termina por encerrarse en una es-

cuela de perfección conforme a su elección y a sus gustos, y no sospecha ni de lejos que su esfuerzo por progresar no es otra cosa que un engaño y una apoteosis de su propio espíritu.

El amor propio hace que se agite el alma y se inquiete por sus defectos, pecados y debilidades; que se deje abatir y acobardar por su propia miseria, que no pueda soportar la vista de su propia nulidad, que esté descontenta de la obra de Dios y de la gracia en ella, ya que le parece lenta, terriblemente lenta. Había calibrado sus propias fuerzas de bien diverso modo y pensando que la gracia iba a obrar como por encanto. ¡Qué nerviosa la pone esta lentitud de Dios!

El amor propio lisonjea al alma para que se proponga una meta alta, demasiado alta: teniendo a la vista el ejemplo de Cristo y de los santos, piensa hacer otro tanto. Cree que ha hecho ya cuanto ha podido, mas no puede dejar de comprobar que lo que ha hecho queda por debajo de lo que ha visto en ellos, y esta reflexión acaba por desanimarla.

El amor propio pone ante los ojos del alma el bien que hace: la fidelidad con que cumple sus obligaciones, el celo con que practica la oración y los ejercicios de piedad; a la vista de tanto bien, pronto se levanta una sutil niebla y el alma comienza a marearse.

El amor propio produce en el alma inquietud, impaciencia, descontento, si se ve obligada a combatir, en los momentos de oración, las distracciones, los pensamientos vanos y otras tentaciones; si nota en sí pobreza de pensamientos elevados o frialdad de corazón; si tiene que reconocer su propia incapacidad; si sufre aridez de espíritu.

En las relaciones con el prójimo, el amor propio nos hace susceptibles, inflexibles, soberbios, impacientes, exagerados en la afirmación del propio yo y de los propios derechos, fríos, indiferentes, injustos en nuestros juicios y en nuestras palabras. Se deleita en hablar de las propias acciones, de las luces y experiencias interiores, de las dificultades, de los sufrimientos, aun sin necesidad de hacerlo. En las prácticas de piedad se complace en mirar a los demás, observarlos y juzgarlos; se inclina a compararse y a creerse mejor que ellos, a verles los defectos solamente y negarles las buenas cualidades, a atribuirles deseos e intenciones poco nobles, llegando incluso a desearles el mal. El amor propio —para deshonra de la piedad— hace que nos sintamos ofendidos cuando somos humillados, insultados o postergados, o no nos vemos considerados, estimados y obsequiados como esperábamos.

No es posible enumerar todas las formas del amor propio espiritual. Basta indicar las que éste gusta adoptar en la vida de comunidad. En ella se manifiesta con frecuencia como separatismo, como tentativa de apartarse un tanto de la vida común, de querer hacer más de lo que prescriben las reglas y las constituciones, de sustraerse siempre que puede a la vida común para seguir su propio camino. Gusta de presentarse bajo el disfraz de una rigurosa fidelidad a la regla, intento que hace a uno poco comprensivo y le mueve a espiar, controlar y acusar a los otros, y que considera siempre a los superiores demasiado suaves e indulgentes. Se manifiesta como afición a las cosas privadas, sin interés por las de la comunidad; como independencia de espíritu: no quiere uno someterse a la obediencia ciega, no le

place realizar sin examen crítico lo ordenado, quiere ver y juzgar por sí mismo.

El amor propio induce a la crítica, al descontento, a la indiferencia para con los superiores, hermanos o hermanas.

El amor propio, por fin, es la fuente de todas las inquietudes, dificultades interiores, zozobras, temores, desilusiones, deseos, esperanzas irrealizables, programas, propósitos, intenciones: todas esas cosas que mantienen el alma en tensión continua, que no la dejan en tranquilidad, la privan del recogimiento y el espíritu de oración, de la paz interior, y le impiden llegar a la unión perfecta con Dios, al estado de oración perfecta.

Ahora que hemos visto con claridad la decisiva importancia que el amor propio tiene en la vida de piedad, comprenderemos cuán necesario es afrontar este enemigo para rechazarlo y aniquilarlo.

El amor propio es *la causa profunda de todos nuestros pecados* e infidelidades. Sabemos que el pecado es la afición desordenada a un bien temporal, a una vanidad, a una locura, a un ídolo; afición que reconoce su origen en un amor desordenado de sí mismo, en el amor propio. Se insinúa la serpiente en el paraíso: «No, no vais a morir; ...y seréis como Dios» (Gen 3, 4); halaga el amor propio de Eva, y la mujer se deja engañar, toma el fruto prohibido y lo entrega a Adán para que lo coma también. En este momento se desata sobre la humanidad el torrente del pecado, que penetra en todas las cosas, en todos los corazones, en los pensamientos, inclinaciones y deseos, en los cuerpos y en las almas, en las palabras y en las obras de los hombres: éste es el fruto del amor propio. Hace de Caín un

fratricida; de un apóstol, el traidor del Señor. ¿Hay poder más nefasto que el del amor propio?

El amor propio es en nosotros *el enemigo de Dios*. Hemos sido creados para el santo amor de Dios. «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas» (Mt 22, 37). «El que no ama, permanece en la muerte» (1 Ioh 3, 14). Pero ¿quién ama a Dios? El que se entrega enteramente y sin reservas a la voluntad y al beneplácito divinos, el que asiente con un sincero *fiat* a todas las gracias, fatigas, deberes, penas y alegrías que la vida le proporciona, el que nada busca para sí, sino que sólo vive para el honor, el servicio y la voluntad de Dios. Mas, a todo esto, ¿cuál es la actitud del amor propio?: vive para sí y no para Dios, es el enemigo jurado de Dios y su amor El amor de Dios y el amor propio son como los dos platos de una balanza: si uno sube, el otro baja. Sólo tras la derrota del amor propio puede germinar en el alma el amor a Dios y a Cristo.

Y si el amor propio es el enemigo del amor a Dios, necesariamente es también *el enemigo del amor al prójimo*. Éste une los espíritus y los corazones, que el amor propio separa. El amor propio es el gran aguafiestas, el enemigo que siembra en los corazones la mala simiente de la aversión, la envidia, el odio y la enemistad. El amor propio busca sólo y siempre el propio provecho, sin cuidarse de los derechos ajenos ni de la ley de la caridad con el prójimo. San Pablo escribe a los de Corinto: «el amor es paciente, es benigno; no es envidioso, no es jactancioso, no se hincha; no es descortés, no es interesado, no se irrita, no piensa mal; no se alegra de la injusticia, se complace en la verdad; todo

lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo aguanta» (1 Cor 13, 4 ss). ¿Verdad que no es esto el amor propio?

¿Qué se sigue de ahí? Esta verdad incontrovertible: toda perfección, toda santidad, todo progreso espiritual se funda en la destrucción del amor propio. Sólo sobre sus ruinas puede erigirse la nueva edificación en la que Cristo vive y reina. Y esta otra verdad: el gran medio para llegar a la perfección es la purificación y desapego del propio yo y del amor propio, que es el enemigo por excelencia.

2. Cómo se vence el amor propio

Nuestra tarea es doble: *oración y mortificación.* «Esta clase de demonios no se vence sino por la oración y el ayuno [la mortificación]» (Mt 17, 21).

A la *oración* le están prometidas y vinculadas las gracias. «Pedid y se os dará, buscad y encontraréis» (Mt 7, 7). «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia [santidad], porque serán saciados» (Mt 5, 6). Cuanto más y mejor oremos, tantas más gracias nos serán concedidas para que podamos vencer el amor propio. En nuestra oración debemos pedir ante todo el verdadero amor de Dios y de Cristo. El amor propio disminuye a medida que crece en nosotros el amor de Dios. «Señor, ¡aumenta nuestro amor!»

Estrechamente unida a la oración está la *mortificación.* La mortificación de la sensualidad y de la molicie, del deleite y del placer en sus innumerables formas y matices, la mortificación de los sentidos, de los ojos, de la curiosidad, de la lengua. Finalmente, y ante todo, la mortificación generosa

de las potencias del alma, es decir, la disciplina y el dominio de las inclinaciones y de las pasiones, del orgullo, la vanidad, la susceptibilidad, la exagerada confianza en sí mismo, el mal humor, la volubilidad, el espíritu de contradicción, la locuacidad, la indecisión de la voluntad, la impetuosidad del carácter; la mortificación de la inteligencia, el dominio de la imaginación y de la memoria, la moderación de la tristeza y la nostalgia, del temor, de la alegría, de la actividad exagerada e insaciable.

Aun cuando hubiéramos hecho todo esto, seríamos todavía unos siervos inútiles. Nuestro esfuerzo no basta. Nunca somos bastante perspicaces para combatir el amor propio en todos sus aspectos: nos falta ese valor, casi cruel, necesario para seguir trabajando hasta aniquilarlo. En consecuencia, *es necesaria la intervención de Dios.*

Y Dios interviene, empuña martillo y cincel y se pone al trabajo: quiere hacer con nosotros una obra maestra, una imagen lo más fiel y perfecta posible de su Unigénito: un hijo de Dios, como Él, que lleve marcados los rasgos y la fisonomía propios de Jesús y resplandezca con la belleza de Cristo; y todo esto, para extender a nosotros lo más perfectamente posible el amor que el Padre tiene al Hijo suyo consustancial.

Interviene Dios, y actúa en nosotros *externamente* por medio de su amorosa providencia, de sus disposiciones, de las que nosotros llamamos las «casualidades» de cada día; por medio de las circunstancias en las que nos coloca, de las enfermedades, humillaciones, triunfos y fracasos, dificultades y amarguras, cruces y dolores, pequeñas y grandes alegrías. En cada momento de la vida Dios nos tiene

de su mano y está trabajando en nosotros para destruir nuestro amor propio, que es nuestro mayor enemigo.

Actúa también en nosotros *internamente,* manifestándose como un Dios celoso que no tolera a su lado, en nuestra alma, otros dioses, como quiera que se llamen. Es celoso del amor y de la entrega de nuestro corazón: quiere ser centro y objeto de todos nuestros deseos y todas nuestras inclinaciones; quiere que le amemos de verdad con todo el corazón, con todas las fuerzas, y que además amemos todas las otras personas y cosas en Él y por Él. Es celoso del homenaje de nuestra inteligencia: quiere que humillemos nuestro entendimiento ante Él, que reconozcamos que Él lo es todo, que con una fe ciega le sometamos todos nuestros criterios y nos dejemos guiar siempre por su luz; que estemos dispuestos a morir al espíritu propio, a renunciar a verlo y comprenderlo todo con nuestra pobre inteligencia, y a admitir la orientación de su Espíritu y de su Luz, a someternos absoluta e incondicionalmente a El.

El Señor es un Dios celoso: sus celos, en verdad, no tienen límite. Va Dios tan lejos, que no tolera en nuestro corazón ni la más insignificante huella de amor propio, al que persigue hasta su aniquilamiento total.

Dios comienza esta obra de total desprendimiento retirando al alma que ha decidido vivir solamente para Él los consuelos que en un principio le había concedido. Estas consolaciones eran necesarias y muy oportunas en los comienzos de la vida espiritual: tenían por objeto apartar a la criatura de la parte inferior del alma, con el fin de unirla sólo a

Dios. Estas consolaciones —lo sabemos por experiencia personal— iban vinculadas a un gusto sensible de Dios y de las cosas divinas; de ahí que nuestra primera entrega a Dios no era en realidad pura, sino que estaba matizada por un sutilmente disfrazado amor propio. Poco a poco, cuando estos consuelos ya han cumplido su papel, interviene Dios para purificar nuestro amor. A intervalos y durante alguna temporada sustrae al alma los consuelos internos, permite que ella note en sí misma aridez, distracciones involuntarias, dificultades en la oración, pérdida de toda devoción sensible y de la fruición que anteriormente sentía; incluso la deja caer en cierta frialdad y desgana por las cosas divinas, en una sensible dificultad para recogerse y comunicarse con Dios. Por todos estos indicios el alma se da cuenta de que ha entrado en una crisis espiritual. Feliz entonces el alma que se comporta con coraje y acepta con paz y humildad el tiempo de prueba: si permanece fiel y entrega generosamente a Dios todo lo que Él le pide, comenzará a amarle por sí mismo, y no ya por su dulzura ni por sus consuelos.

Al llegar a este punto, puede ya iniciarse el segundo período de la acción divina encaminada a destruir el amor propio. Tras alternativas más o menos pronunciadas de períodos de fervor y sequedad, Dios arrebata todos los elementos sensibles al alma que le ha permanecido fiel; le da a saborear su amor con escasa frecuencia y tan sólo por breves momentos. Así despojada, el alma se va haciendo más sencilla y más pura: no se da ya cuenta de que es amada, ni siquiera de que ama; y, sin embargo, su amor es más fuerte y más puro que antes.

Ama sin pensar en sí misma, se olvida, se pierde de vista. La prueba de su amor no se apoya, como antes, en lo sensible, sino que se ha hecho más robusta, más fiel, más paciente, más caritativa, más suave, más desinteresada, más firme ante las tentaciones. El fervor de la sensibilidad ha cedido el puesto al fervor de la voluntad, el amor propio ha perdido terreno, el alma ha aprendido a olvidarse y a perderse en el amor de Dios.

Y aquí comienza la tercera fase, la de «la grande purificación», el tiempo del que escribe santa Catalina de Génova: «El amor divino destruye todo lo que es más querido: valiéndose de la muerte, de la enfermedad, de la pobreza, del odio, de la discordia, de la calumnia, del escándalo, de la mentira, de la pérdida del honor a los ojos de tus padres, familiares y amigos y de ti misma, de modo que no sabe una cómo comportarse, ya que de todas las cosas más queridas sólo te vienen pena y humillación. No comprendes siquiera por qué obra así el amor de Dios, pues tanto por relación a Dios como a los hombres su conducta te parece que no tiene sentido. Después de dejar así al alma más o menos contrariada, presa de íntimo sufrimiento, el amor divino le muestra, por fin, su rostro radiante y luminoso y, apenas lo advierte, desnuda y abandonada, se arroja el alma en sus brazos».

La primera de estas grandes purificaciones se manifiesta en forma de graves *tentaciones* que parecen arremeter contra todas nuestras virtudes: tentaciones contra la pureza, la fe, la confianza en Dios y la caridad y el amor al prójimo; tentaciones de ira, de resentimiento, de desconfianza, de blasfemia, de resistencia a Dios y a su gracia; marejada

de todas las pasiones, que ya creíamos extirpadas para siempre y desde tiempo atrás. Pero, a pesar de todo, el alma permanece interiormente firme y pura: conoce sus fragilidades y su nada, y, por fin, cesa de admirarse y de amarse; reconoce lo pecaminosa y lo horrible que íntimamente es, y comienza a alimentar su propio desprecio y aborrecimiento. Todo esto no es más que obra del amor divino en nuestra alma.

Se caracteriza la segunda purificación por grandes *humillaciones externas*. Se propagan calumnias contra la persona, pierden todos la estima en que la tenían, se la califica de hipócrita, se interpretan mal sus palabras y sus obras. Los que un tiempo eran sus amigos, ahora la abandonan, la rehúyen. Ni sus mismos superiores la valoran ya: la condenan, le retiran su confianza. Y el alma sufre y calla, deja que la condenen, que la calumnien, que se alejen todos de ella, que sospechen de ella lo que quieran, y ora con Cristo: «Padre, perdónalos». En realidad, nada de cuanto le reprochan puede imputarse a sí misma, mas se cree culpable y está convencida de que merece el tratamiento que recibe. Aquí es donde Dios actúa. El amor propio no debe encontrar ningún apoyo: ni en el testimonio de la propia conciencia, ni en la opinión o en el juicio de los hombres.

Y, con todo, Dios no está aún satisfecho. El alma podría apoyarse en Dios, en su proximidad, pero hasta de ese deseo se ve privada. En el período en que Dios la somete a escrúpulos y a apariencias de pecado, y a graves humillaciones provenientes de las criaturas, incluso Él mismo la trata con severidad, casi con dureza, de modo que *parece rechazarla*. El

alma se cree condenada y repudiada por Dios para toda la eternidad. Todo le ha sido arrebatado: sus únicas posesiones son la tiniebla, la oscuridad, la privación de toda ayuda, la ansiedad, un sentimiento de abandono total, por parte de todo y de todos, y se ve impulsada a exclamar: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» ¿Qué puede hacer? Nada; si no es arrojarse ciegamente en los brazos de Dios, en una especie de rendición incondicional: «A tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu.»

Profundamente humillada, reducida a la nada a los ojos de los hombres y a los suyos propios, no le queda donde apoyarse. Pero en este momento se le abren los ojos, y, por fin, el amor propio se desarraiga del suelo del alma, llevándose consigo todos sus retoños y ramificaciones. Y el alma queda libre para estallar en actos de puro amor; el amor de Dios le muestra su rostro luminoso y radiante. Con un sentimiento de íntima gratitud, el alma se entrega ya definitivamente en los brazos amorosos del Padre y canta alegremente: «¡Dios es amor!»

«Vencer el amor propio es vencerlo todo», dice san Alfonso de Ligorio. El que vence el amor propio, lo conquista todo: Dios, la propia alma, la paz del corazón, la santidad.

Tarea grande, demasiado grande para nuestras fuerzas. Pero no nos acobardemos, porque en nosotros vive y actúa el Dios omnipotente, en nosotros Cristo, nuestro Señor, vive y actúa y lucha contra nuestro común enemigo. Él nos infunde su espíritu, su luz, su fuerza que todo lo puede. «Yo soy la vid, y vosotros los sarmientos.» «Todo lo puedo en Aquel que me conforta» (Phil 4, 13).

«Hijo, conviene que lo des todo por el todo y que nada sea tuyo. Sabe que el amor propio te engaña más que ninguna cosa del mundo. Según fueren el amor y afición que tienes a las cosas, estarás más o menos ligado a ellas. Si tu amor fuera puro, sencillo y bien ordenado, no serás esclavo de *ninguna*. No codicies lo que no te conviene tener. No quieras tener cosas que te puedan impedir o quitar la libertad interior. Es de admirar que no te entregues a mí de lo íntimo del corazón con todo lo que puedes tener o desear. ¿Por qué te consumes con vana tristeza? ¿Por qué te fatigas con superfluos cuidados? Está presto a cumplir mi voluntad y no sentirás daño alguno» (*Imitación de Cristo*, libro 3, cap. 27).

VIII

LA PRÁCTICA DE LA VIRTUD CRISTIANA

La vía purgativa se continúa con la vía iluminativa o de los proficientes, es decir, de los que se entregaron un día al servicio de Dios (primera conversión) y ahora se consagran seria y sinceramente a vivir la vida de perfección cristiana ya en el claustro, ya en el mundo, en el ejercicio de una profesión profana (segunda conversión).

Gracias a las luces más radiantes que Dios les infunde en la vía iluminativa, los proficientes adquieren un conocimiento más íntimo de Dios. Mejor que a través de las bellezas de la creación, que los rodean, conoce el alma a Dios en los grandes misterios salvíficos de la encarnación del Hijo de Dios, de la redención y de la vida eterna, que le ha sido prometida. El alma se familiariza más con las verdades de la fe; penetra más profundamente los misterios de la vida, de la pasión y muerte, de la resurrección y glorificación de Cristo, de su vida y acción en el cuerpo místico, que es la Iglesia. El alma se eleva a un conocimiento vital del amor y bondad infinitos de Dios, que la hace, por su parte,

más sensible y dócil a sus inspiraciones. Bajo los auspicios de esta influencia divina, capta el alma cada vez más los valores de la persona de Cristo, el Señor, su santa vida interior y la acción de su gracia en los hombres. Y todo esto lo consigue el alma no tanto por su propio esfuerzo y sus reflexiones teológicas, cuanto por las luces derramadas por Dios sobre su inteligencia. El alma se sumerge más en los misterios de la fe y vive más de ellos a medida que se va abriendo también más y haciéndose más dócil a las inspiraciones de la gracia, es decir, se purifica más del pecado y se libera de las pasiones y apegos desordenados. Sólo así puede avanzar en el camino de la virtud y de la perfección.

Al resplandor de las iluminaciones que la acompañan en la vía de los proficientes, el alma madura paso a paso en un alto amor de Dios y del prójimo. El amor se manifiesta en los proficientes no sólo luchando contra el mal y el enemigo de lo divino, como en el grado de los incipientes, sino también siguiendo más de cerca a Cristo por la imitación más perfecta de sus virtudes, particularmente de la humildad y la mansedumbre (Mt 11, 29), de la obediencia hasta la muerte (Phil 2, 8), del amor al Padre y a los hombres (Ioh 13, 1; Gal 2, 20).

Para consolidar y perfeccionar las virtudes en el alma de los proficientes, Dios las prueba con ciertos sufrimientos y penas, al mismo tiempo que las ilumina: aridez duradera y desazón en la oración, tentaciones vehementes, sobre todo contra la paciencia; no raras veces permite Dios la pérdida de bienes exteriores: el honor, la fama, relaciones familiares y amistades, pobreza y enfermedades. Dios mismo apoya y sostiene en tales pruebas las aspira-

ciones del alma a crecer y perfeccionarse en la virtud. Quiere sobre todo fundarlas sólidamente en la humildad, que es la base última de toda virtud auténticamente cristiana, y quiere también anegarla en el conocimiento, que sobrepuja a cuanto podemos vislumbrar, del amor de Dios que se reveló en Cristo y en su obra redentora y que incesantemente se nos manifiesta también a nosotros.

1. Sentido íntimo de la virtud cristiana

La vida divina de la gracia, que se nos infundió en nuestras almas en el santo bautismo, está sujeta a crecimiento. «Es semejante el reino de los cielos a un grano de mostaza, que toma uno y lo siembra en su campo; y con ser la más pequeña de todas las semillas, cuando ha crecido es la más grande de todas las hortalizas y llega a hacerse un árbol, de suerte que las aves del cielo vienen a anidar en sus ramas. Es semejante el reino de los cielos al fermento que una mujer toma y lo pone en tres medidas de harina hasta que todo fermenta» (Mt 13, 31-33). Así es el amor infinito de Dios: nos hace participar de su vida divina, pero no quiere que nos quedemos estacionarios, no quiere que nos contentemos con lo recibido en el santo bautismo, sino que crezcamos y progresemos en una participación cada vez más sublime y plenaria. ¿Hasta dónde podemos llegar? Hasta «hacernos conformes con la imagen de su Hijo» (Rom 8, 29). En verdad, elevada y grandiosa es la cima que estamos llamados a escalar: «la imagen de su Hijo», tal como se nos ofrece irradiante en las excelsas virtudes que el Señor practica en el Evangelio; las cumbres de su humildad y de

su amor que, generoso, lo da todo. El grano de mostaza de la vida divina ha sido depositado en nuestras almas, para que crezca sin cesar, para que llegue a ser un árbol grande y lozano, para que fructifique a la gloria de Dios y de nuestro Señor Jesucristo, en provecho de nuestra propia alma y de la de tantos de cuya salvación y santificación somos solidariamente responsables.

La gracia santificante es el fermento que penetra en el hombre y lo transforma con su virtud. Es un poder vivo y eficaz que actúa en nosotros. Puede y elevará el pensamiento y la voluntad del hombre, sus sentimientos y fuerzas, sus alegrías y sufrimientos a la esfera de lo sobrenatural, transformándolo todo en obras de virtudes sobrenaturales: «hasta que todo fermenta». La gracia no puede permanecer ociosa en nosotros; trabaja y actúa, puesto que no es sino participación de la vida misma de Dios, potente y siempre activa. No descansa mientras no retroceda en el alma el enemigo de Dios y todo el hombre quede santificado y divinizado, inundado de los vivos reflejos de las virtudes sobrenaturales. La gracia urge a realizarse en actos y obras de virtud, a dar fruto.

«Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas» (Mt 11, 29). «Yo os he dado ejemplo», dice el Señor, «para que vosotros hagáis también como yo he hecho» (Ioh 13, 15). Y el Apóstol nos insiste con toda urgencia: «Tened los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús, quien siendo Dios en la forma, no reputó codiciable tesoro mantenerse igual a Dios, antes se anonadó, tomando la forma de siervo y haciéndose semejante a los hombres, y en la condición de

hombre se humilló, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Phil 2, 5-8). Mencionaremos también especialmente aquel otro texto: «Vestíos del Señor Jesucristo» (Rom 13, 14). Tenemos que identificarnos con los sentimientos del Señor hasta poder decir en verdad: «Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí» (Gal 2, 20). El Padre nos ha designado explícitamente a su Hijo, hecho hombre, como maestro y modelo: «Éste es mi Hijo amado, en quien tengo mi complacencia: escuchadle» (Mt 17, 5). Cristo vive y obra siempre conforme al beneplácito del Padre. Su pensar y querer, sus sentimientos y su oración, sus palabras y acciones, su conducta con los hombres, todo es perfecto, santo y como debe ser según la voluntad del Padre.

De aquí que las palabras y obras del Señor sean para nosotros el modelo y ejemplo de toda virtud y santidad. De aquí que nos recomiende el Padre: «¡Escuchadle!», y que el mismo Señor nos diga: «¡Aprended de mí!» En Él habita la plenitud de la virtud, de la santidad y de la perfección. En Él, en su vida santa y perfecta se han formado los santos de la Iglesia y han llegado a ser lo que son. Éstos escucharon la recomendación del Padre y la palabra de Cristo. ¡Ojalá también nosotros le prestemos oído y la pongamos en práctica! ¡Dios lo quiera!

El misterio de nuestra *unión vital con Cristo* nos revela el verdadero sentido del esfuerzo por la adquisición de las virtudes: nuestra vida virtuosa es la expresión natural y la necesaria irradiación de nuestro «ser en Cristo». «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto, porque sin mí no podéis hacer nada» (Ioh 15, 5). La práctica de la virtud es

la expresión natural y el resplandor necesario de nuestra incorporación a Cristo en el santo bautismo.

No es, pues, cosa de nuestro gusto libre y personal, sino un deber sagrado, que deriva de la recepción del santo bautismo. Entonces fuimos incorporados a Cristo, unidos vitalmente a Él, para ser colmados de su propia vida.

Éste es el privilegio de la virtud cristiana: si el cristiano, es decir, el bautizado o miembro del cuerpo místico, se humilla con espíritu contrito, esta humillación se vincula a la humillación practicada por Cristo cuando se hizo hombre, cuando estuvo sometido a María y José, cuando lavó los pies a los apóstoles. Es Cristo quien con su humildad glorifica al Padre y le honra en nosotros y a través de nosotros, sus miembros. Nuestra pobreza se une en espíritu con la pobreza que el Señor practicó en el pesebre, en el desierto de Egipto, en Nazaret, en su vida pública, cuando no tenía siquiera donde reclinar la cabeza. Y es su pobreza, prolongada en nosotros, la que condena la avaricia de los hijos de este mundo y honra expresamente al Padre. A los ojos de Dios sólo hay en todo el universo uno que lo glorifica dignamente, sólo uno que ora perfectamente, que perfectamente es humilde y pobre de espíritu: Cristo. Nosotros le estamos incorporados, y de este modo pudo Él proseguir en nosotros su vida de perfección para gloria del Padre. «La cabeza y los miembros forman tan íntimamente un solo cuerpo, que es imposible distinguir lo que pertenece a uno y lo que es de los otros» (S. Agustín, In Ps 40, 1).

Ser cristianos, ser miembros de Cristo y no vivir su vida de perfección, es una contradicción *in*

terminis. Nuestra incorporación a Cristo proporciona a nuestra virtud un valor y una excelencia que superan a los de cualquier virtud puramente natural y humana.

2. Leyes de las virtudes cristianas

Primera ley: las virtudes pueden y deben crecer y robustecerse continuamente. La vida sobrenatural penetra en nosotros como una fuerza que despierta las potencias del alma, entendimiento, memoria, voluntad; las satura de una nueva vida, las coloca en mejor disposición para recibir la luz y la verdad divina; les infunde un nuevo impulso para vivir siempre en consagración al Señor infinitamente bueno, para trabajar con Él, mortificarse, sufrir y actuar cada vez más perfectamente por su amor. Es una nueva oleada de vida que se vierte en nuestra alma y nos arrastra consigo, una fuerza divina que exige siempre del alma nuevas energías, sujeta la complejidad de nuestra vida moral y la conduce hacia cumbres más altas.

Como cristianos, debemos hacer todo lo posible para crecer. Pero hay una diferencia muy notable entre el desarrollo de las virtudes naturales —por ejemplo, la formación del carácter, el logro de la ciencia o del valor natural— y el desarrollo de las virtudes cristianas sobrenaturales. El hombre llega a poseer las primeras por su propia voluntad, mediante el propio esfuerzo y una actividad incansable; la vida sobrenatural, por el contrario, no puede ser producida ni acrecentada por el solo esfuerzo humano: solamente Dios puede dárnosla. Es Dios quien nos eleva de un grado inferior de virtud a

otro superior, quien nos concede una luz más viva que antes o nos infunde un grado de vitalidad sobrenatural más intenso que el precedente. Es Dios quien produce en nosotros el crecimiento de las virtudes, que sólo de Él debemos esperar y sólo en Él debemos buscar.

Nos proporciona el Señor *tres grandes medios* que favorecen el crecimiento de las virtudes sobrenaturales. El primero es el uso de los sacramentos. En ellos fluye caudalosa la corriente de la gracia. Nosotros la recibiremos a la medida de la pureza y del fervor de nuestras almas. Entre todos los sacramentos, es el de la sagrada comunión el que aumentará en nosotros la vida de la gracia. Todos los sacramentos tienen como fin el aumentar en nosotros la gracia santificante, con cuyo aumento se realiza simultáneamente el de las virtudes sobrenaturales. Constituyen el segundo medio las buenas obras que realizamos.

Como estas obras son fruto de la gracia, nos hacen más agradables a Dios, quien nos confiere un grado más alto de gracia y, por lo mismo, un aumento en la virtud. El Concilio de Trento enseña expresamente contra los protestantes que los justificados alcanzan por sus buenas obras el aumento de gracia y la vida eterna.

La oración contribuye de modo particular al crecimiento de las virtudes; la oración es una obra buena y, como tal, nos merece un aumento de gracia y de virtud, como cualquier otra obra buena; pero además tiene la oración un valor propio: el llamado valor impetratorio, ya que se nos ha dicho: «Pedid y se os dará» (Ioh 16, 24). Este valor impetratorio será tanto más eficaz cuanto más conscien-

temente entremos con nuestra vida y nuestra oración en comunión con la Iglesia orante. Que también esta oración de la comunidad tiene su promesa: «Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18, 20), allí estoy yo orando con ellos.

Segunda ley: la virtud puede también disminuir e incluso puede llegar a perderse totalmente. Así somos de débiles, de inconstantes en nuestro esfuerzo y en nuestro querer, de expuestos a tantas dificultades, enemigos y peligros.

El enemigo por excelencia que dificulta el crecimiento de la gracia y de la virtud, o que la detiene, es el pecado venial, no suficientemente odiado ni combatido. No puede atacar directamente la virtud y la gracia ni puede destruirlas, pues que son tan puras; pero una cosa puede hacer el pecado venial: debilitar la intensidad y la fecundidad de la gracia santificante, y con ella el aumento y la perfección de las virtudes, especialmente del amor. El pecado venial se ciñe como la hiedra a la delicada plantita de la vida en la gracia, para ir sofocándola lentamente. Las plantas venenosas de los pecados veniales habituales deterioran el terreno, le sustraen los jugos vitales, vician el aire necesario a plantas de sol cuales son la gracia y las virtudes. Finalmente, el pecado venial aleja del alma muchas gracias eficaces y mata muchos gérmenes vitales de los cuales habrían de desarrollarse las virtudes: todo esto es el fruto del pecado venial deliberado.

Mas también podemos echar a perder las virtudes. Las perdemos por el pecado mortal, que mata en primer lugar la virtud más esencial y básica: la caridad. Una vez perdida la caridad que nos une a

Dios, pierde ya el alma todas las demás virtudes, a excepción de la fe y de la esperanza: queda destruido y asolado el jardín divino del alma cristiana, se esfuma toda la vida. Sólo la fe y la esperanza van arrastrando una existencia enlutada en el alma, hasta el día en que la infeliz llega a destruir, por la incredulidad y la desesperación, estos últimos recuerdos de la hermosa floración divina de un tiempo; y entonces todo es noche en el alma, todo es esterilidad y tiniebla. Tan sólo una llamita vacilante: el carácter bautismal —no precisamente una virtud—, que inextinguible sobrevive en el alma del bautizado y suspira incansable por el retorno de la gracia y de las virtudes.

¿Quién de nosotros puede considerarse eximido, siquiera por un instante, de la fragilidad, el pecado y la maldad de corazón? «El que cree estar en pie, mire no caiga» (1 Cor 10, 12), «no es del que quiere ni del que corre, sino de Dios, que tiene misericordia» (Rom 9, 16), «con temor y temblor trabajad por vuestra salvación» (Phil 2, 12). Podemos perder la gracia y las virtudes, estamos inclinados al pecado, y si nos vemos exentos lo debemos únicamente al amor misericordioso del Señor, que nos preserva.

Tercera ley: todas las virtudes sobrenaturales se apoyan mutuamente: nacen, crecen y disminuyen a la vez. No están yuxtapuestas, como árboles distintos cuyo desarrollo se efectúa a tenor del carácter particular de cada uno, sino que más bien forman un solo árbol, un todo orgánico con la gracia santificante, de la cual proceden como de su raíz. En el organismo humano no crece primero sólo un brazo o sólo el corazón o la cabeza; todas las partes del

cuerpo crecen simultáneamente, en dependencia absoluta una de otra, como un todo orgánico. Esto mismo ocurre en el organismo de la vida sobrenatural: todas las virtudes crecen o menguan a un mismo tiempo.

Y no podría ser de otra manera, ya que todas ellas están en relación directa con la virtud del amor a Dios, en la cual todas se comprenden. «La caridad es paciente, es benigna; no es envidiosa, no es jactanciosa, no se hincha, no es descortés, no es interesada, no se irrita, no piensa mal; no se alegra de la injusticia, se complace en la verdad; todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera» (1 Cor 13, 4-7). El que posee la caridad sobrenatural para con Dios y con el prójimo, está dispuesto a practicar cualquier virtud donde y como se la presenten el deber y la ocasión. El amor orienta cada pensamiento y cada obra nuestros hacia Dios, y por eso plasma toda nuestra vida, tanto la privada como la social, según las exigencias de la virtud cristiana sobrenatural.

«¡Ama y haz lo que quieras!» (San Agustín). Lo que nace del perfecto amor a Dios le resulta siempre bueno y agradable; el que posee el amor perfecto, posee todas las virtudes: la fe, la esperanza, la prudencia, la fortaleza, la templanza, la justicia. Cuanto más perfecto sea nuestro amor de Dios, tanto más perfecta, sencilla y fecunda será nuestra virtud, pues el amor es el alma de todas las virtudes. Importa, en consecuencia, que nos esforcemos por adquirir y poseer el amor. Al calor de la caridad crecen espontáneamente todas las virtudes.

Sucede con cierta frecuencia que tenemos una virtud y las otras no. Alguien, por ejemplo, será

castísimo, pero a la vez soberbio y presuntuoso; otro será obediente, y al mismo tiempo altanero; aquél piadoso, pero poco caritativo, impaciente y egoísta. Semejante desmembramiento y segregación de las distintas virtudes obedece a que la virtud de tales personas es débil e imperfecta: de ahí esas lamentables caricaturas de la virtud cristiana que, por desgracia, solemos encontrar con tanta frecuencia en todas partes.

La vida de gracia y la virtud sobrenatural son algo sublime, sobre todo la virtud perfecta que tiene sus raíces en la vida sobrenatural perfecta.

Quien, por otra parte, posee la vida y las virtudes sobrenaturales, tiene asimismo la dicha de que son suyas de modo perfecto todas las nobles virtudes naturales humanas: las virtudes cardinales de la justicia, la prudencia, la fortaleza y la templanza, juntamente con todas las demás que llamamos virtudes morales y están relacionadas con las cardinales, por ejemplo, la modestia, la castidad, el dominio de sí mismo, etc.

Toda virtud natural es al mismo tiempo sobrenatural para nosotros los bautizados, con tal de que esté vivificada por la gracia santificante y movida además por un impulso sobrenatural, sobre todo por el amor de Dios. Si, por consiguiente, adquirimos y practicamos con celo la virtud cristiana, seremos también al mismo tiempo hombres naturalmente nobles y virtuosos. La práctica de la perfección cristiana nos hace asimismo perfectos en el aspecto humano. Y, por el contrario, mientras nuestra vida moral natural está mancillada de faltas, señal es de que nuestra vida sobrenatural no es todavía perfec-

ta. Las relaciones existentes entre las virtudes naturales y las sobrenaturales son para nosotros un motivo más de vivir en toda su pureza la vida de la gracia y de la perfección cristiana. Así, la naturaleza misma hallará su plena expansión y nosotros alcanzaremos el ideal de la personalidad cristiana. Nuestro celo y fervor por crecer en la gracia y conquistar las virtudes sobrenaturales quedan recompensados.

Examinémonos y pidamos la gracia de llevar una vida virtuosa cristiana perfecta.

IX

LAS TENTACIONES

«No nos dejes caer en la tentación.»
Mt 6, 13

¡Convivir la vida de Dios en Cristo Jesús como miembros de su cuerpo místico! Cristo «padeció y fue tentado» (Hebr 2, 18). El Apóstol lo dice y repite explícitamente: «Fue probado en todo a semejanza nuestra, excepto el pecado» (Hebr 4, 15), y el Evangelio narra prolijamente cómo, después del bautismo en el Jordán, el Señor «fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo» (Mt 4, 1). ¿No es éste un hecho misterioso? El Espíritu Santo impulsa al mismo sobre quien poco antes en el Jordán se vieron los cielos abiertos y sobre quien resonó la voz del Padre: «Éste es mi Hijo muy amado, en quien tengo mis complacencias», y lo conduce al desierto de Judea para que sea tentado por Satanás. La liturgia de la primera dominica de cuaresma ve en el Señor así conducido al «Cristo total», es decir, a Cristo unido con su Iglesia, a su cuerpo místico, a todos nosotros. Todos los que en el bautismo hemos sido admitidos en Cristo y en la Iglesia, nos vemos conducidos al desierto para participar en su vida, para proseguir

su vida en nosotros y ser tentados con Él por Satanás. Es vocación nuestra, como miembros de Cristo, vencer con su fuerza al enemigo, al mundo, al demonio y a la carne, para gloria del Padre y con el fin de conquistar de este modo la corona de la vida. «El que se bate en el estadio, no es coronado si no lucha según las reglas» (2 Tim 2, 5). «Bienaventurado el varón que soporta la tentación, porque, probado, recibirá la corona de la vida que Dios prometió a los que le aman» (Iac 1, 12). «Tened por sumo gozo veros rodeados de diversas tentaciones, considerando que la prueba de vuestra fe engendra la paciencia. Mas tenga obra perfecta la paciencia, para que seáis perfectos y cumplidos, sin faltar en cosa alguna» (Iac 1, 2-4). La virtud puesta a prueba en la tentación, se fortifica y crece.

1. Qué es la tentación

Lo sabemos todos demasiado bien por experiencia diaria. Bastante tenemos que sufrir por las tentaciones que nos vienen de nuestra naturaleza, que, a consecuencia del pecado original, arrastra el sello de la concupiscencia. Como si no nos bastase este enemigo interno, estamos circundados por enemigos externos que con sus lisonjas intentan arruinarnos: el mundo y el demonio. «Estad alerta y velad, que vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda rondando y busca a quién devorar» (1 Petr 5, 8). Se le ha concedido licencia para molestarnos y estimular nuestras peores pasiones. Furioso de odio y de envidia contra nosotros, quiere aplastar en nosotros a Cristo, causarle perjuicio y

derrotas, a Él, cabeza nuestra, que en nosotros vive y le combate. ¿Quién se atreve a poner en duda que en el demonio encontramos un adversario mucho más fuerte que nosotros?

Con el diablo está aliado el mundo. Al hablar de «mundo», entendemos todas las personas que viven para satisfacer su amor propio, orgullo y sensualidad. «Todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y el orgullo de la vida» (1 Ioh 2, 16). Viven para el dinero y la satisfacción de sus sentimientos. La pobreza, y más si es libremente elegida, la castidad, son para ellos locura. Las humillaciones y las ofensas voluntariamente aceptadas, necedad; orar, una ocupación buena para quienes no sirven para otra cosa. Y querrían inculcarnos estos principios; con palabras y ejemplos se empeñan en arrastrarnos al camino ancho que conduce a la perdición. Intentan descorazonarnos, haciendo burla de nuestro pensamiento y de *nuestra vida, de nuestra religión y nuestra Iglesia*. Y frecuentemente no son personas que siguen las prácticas del mundo, sino personas de cristianismo inoperante en la práctica, que con su ejemplo y consejos nos dan ocasión de pecado. Su seducción nos inclina a compartir su vanidad, su sensualidad, su frialdad ante el prójimo.

Concupiscencia y pasiones en nuestro interior; y en torno a nosotros el mundo y el demonio: ¡realmente, no nos faltan estímulos ni halagos para inducirnos a abandonar el bien y obrar el mal!

«Nadie en la tentación diga: soy tentado por Dios. Porque Dios ni puede ser tentado al mal ni tienta a nadie» (Iac 1, 13). ¿Cómo podría ser santo Dios si nos indujera al mal? Dios no nos tienta nun-

ca: sólo permite que seamos tentados, interior y exteriormente. Dios reina también sobre el tentador, que puede acercársenos sólo hasta donde el Señor lo permite, pero «no permitirá que seáis tentados sobre vuestras fuerzas, antes dispondrá con la tentación el éxito para que podáis resistirla» (1 Cor 10, 13).

Si Dios permite que seamos tentados, es porque persigue un fin divinamente sabio y sublime. No lo permitiría si no supiera sacar un bien de las tentaciones a las que nos somete, razón por la cual las tentaciones no son para nosotros un mal, sino un *grande bien*. ¿Por qué?, porque son un medio insustituible en la empresa de la purificación del corazón. Como una bengala, iluminan los abismos de la sensualidad, de la concupiscencia, del amor propio, del egoísmo, de la avaricia, del odio; y así se convierten en guía del conocimiento que tenemos de nosotros y de la verdadera humildad. En los momentos de tentación vemos con claridad infalible lo débiles que somos, lo poco que hace falta para apartarnos del bien y precipitarnos en el mal. Las tentaciones nos incitan a combatir y a resistir virilmente, expiando de este modo nuestra indolencia y negligencia en otras épocas de nuestra vida; nos obligan a mantenernos en guardia, a prohibirnos cuanto podría convertirse en cebo de la tentación; nos instan a dedicarnos con interés a la oración, porque si queremos vencer necesitamos mucha oración, y la gracia está vinculada a la oración.

La tentación es un *precioso medio* para el progreso del alma, y por esto es un bien grandísimo. Nadie que se empeñe seriamente en la búsqueda de Dios, puede verse exento de ella. La tentación nos

despierta del letargo de la tibieza y nos espolea a realizar sacrificios y actos de mortificación. Además, tiene el fin, y la fuerza también, de hacernos adelantar en la virtud: toda tentación combatida y vencida es un acto de virtud y redunda en su acrecentamiento. Al combatir una incipiente duda contra la fe, despertamos un acto de fe; al defendernos de un sentimiento de sospecha, de odio, de envidia, o de un pensamiento poco caritativo que nos asalta, suscitamos una reacción de humildad. ¡En qué pararía nuestra virtud si no tuviéramos que combatir tentaciones! En la lucha contra éstas, aquélla se purifica, se fortalece, se consolida. Reaccionando contra la desgana en la oración y en las cosas religiosas, se robustece nuestra fidelidad a Dios. El vernos perseguidos o calumniados puede transformarse en una ventaja, si soportamos con paciencia y humildad por amor de Dios.

La tentación es también una *fuente inagotable de méritos* para la vida eterna. Cada victoria obtenida sobre la tentación aumenta la gracia santificante y la vida divina en nosotros; nos une más estrechamente a Cristo. Razón tiene el apóstol Santiago al exclamar: «Tened por sumo gozo veros rodeados de diversas tentaciones, considerando que la prueba de vuestra fe engendra la paciencia. Mas tenga obra perfecta la paciencia, porque seáis perfectos y cumplidos sin faltar en cosa alguna» (Iac 1, 2-4).

¿Extrañaremos, pues, nuestras tentaciones o nos atreveremos a lamentarnos de ellas? «Porque eras acepto a Dios, fue necesario que la tentación te probase» (Tob 12, 13). Con estas palabras consuela el angel a Tobías en la hora de su prueba. Las tentaciones son *el premio* del sincero suspirar

por Dios y de la fidelidad a Él; si las permite, es para que nos purifiquemos, y purificándonos nos hagamos más agradables a sus ojos. Las tentaciones nos son necesarias. Si las aprovechamos bien, serán para nosotros fuente de gracias.

2. Nuestra conducta en la tentación

Sería una presunción desear la tentación o querer provocarla sin motivo, pero sería un error temerla como si el Señor no nos fuera a proporcionar la necesaria asistencia de su gracia. Sería injusto entristecernos cuando presentimos que llega y creer que todo está perdido. Nunca estamos solos y siempre tenemos la certeza de que Dios no nos abandona: jamás permite que seamos tentados más allá de nuestras fuerzas. Dios no demuestra su cuidado de nosotros ahorrándonos la tentación, lo cual, más que aprovecharnos, nos perjudicaría, sino al no permitir que seamos tentados hasta rebasar nuestra capacidad. Conoce mejor que nosotros nuestro límite. ¿No es Él quien nos da las fuerzas con su gracia? Contiene la tentación en su medida oportuna y no tolera que se ensañe demasiado. Para las tentaciones más graves nos da una gracia mayor, a fin de que podamos resistir y vencer. Dios nos ama y conoce las profundidades de nuestra alma: ansía vehemente, divinamente, que seamos fuertes y venzamos; vive en nosotros, Padre, Hijo y Espíritu Santo, infinitamente próximo, con objeto de sostenernos en la lucha y conducirnos a la victoria.

Cristo, la cabeza, la vid, habita en nosotros: su fuerza circula como savia en el alma. Cristo se pone siempre de nuestra parte para vencer, en y con nosotros, al mundo, al demonio y a la carne. «Confiad: yo he vencido al mundo» (Ioh 16, 33). Y nosotros nos apoyamos en esa su fuerza que actúa en nosotros: «Todo lo puedo en Aquel que me conforta» (Phil 4, 13). ¿Qué debemos temer los que en el bautismo hemos sido marcados con la contraseña de la cruz e iluminados por la luz de Cristo, los que hemos sido injertados en Él para participar en su vida? «El Señor es mi luz y mi salvación: ¿a quién voy a temer?» (Ps 26, 1). Podemos aplicarnos confiadamente las palabras del salmo que rezamos todas las tardes en completas: «Te enviará a sus ángeles para que te guarden en todos tus caminos, y ellos te llevarán en sus manos para que no tropieces en las piedras. Pisarás sobre áspides y víboras y hallarás al león y al dragón. Porque me amó, yo le salvaré; yo le defenderé porque confesó mi nombre. Me invocará y yo le oiré, estaré con él en la tribulación, le sacaré y le honraré. Le saciaré de días y le daré a ver mi salvación» (Ps 90, 11 ss).

Unidos así a Dios y a Cristo, cabeza nuestra, el gran triunfador, vamos valerosamente al encuentro de la tentación con la vista serena que sabe distinguir en la tentación entre el primer movimiento, la consiguiente complacencia del hombre inferior, y el verdadero consentimiento propiamente dicho del hombre superior. El demonio o nuestra imaginación nos ponen ante los ojos el fruto prohibido, a veces con gran vivacidad, insistencia y obstinación. Mas todo esto no es sino el primer movimiento, una sugerencia que no constituye absolutamente ningún pecado mientras nuestra voluntad no otorga su consentimiento. Pero la tentación prosigue: sin quererlo, el hombre inferior que habita en nosotros se ve atraí-

do por el fruto prohibido que se le presenta, y experimenta cierto agrado. Esta complacencia de la parte inferior de nuestra naturaleza influye, como es natural, sobre la decisión de nuestra voluntad libre, y la invita a consentir. Entonces hay que decidirse. Si la voluntad rehúsa su consentimiento, la tentación es rechazada enérgicamente: la voluntad ha vencido. A veces vacila un momento: no querría ofender a Dios, pero al mismo tiempo querría gozar del fruto prohibido. También puede suceder que la voluntad resista sólo a medias y que le falte una decisión absoluta, o que rechace realmente la tentación, pero sólo cuando se ha dado cuenta de que la cosa le va resultando peligrosa: es un estado de ánimo en el cual el entendimiento no ve con toda claridad; la voluntad está encadenada en cierto modo por la incipiente actuación de la concupiscencia: es el estado de semiconsentimiento. En él nunca se puede hablar de un pecado propiamente dicho. Muy distinto caso sería si consintiéramos totalmente a la tentación, esto es, si, a pesar de la voz de la conciencia y con perfecto conocimiento del mal, nos dejáramos arrastrar a pensar con placer en el fruto prohibido, a desearlo, o todavía más a gustarlo de hecho. Este pleno consentimiento constituye un pecado mortal, si se trata de materia grave; un pecado venial, si se trata de materia menos grave; pero en ambos casos es un pecado cometido deliberadamente, conscientemente.

Prevengamos la tentación: practicando una seria *mortificación* interna y uniendo a ella la *oración*. «Velad y orad para no caer en la tentación» (Mt 26, 41). La táctica del mundo y del demonio tiende a impedir que oremos, incluso a infundirnos aversión

a la oración. Prevengamos también las tentaciones *huyendo de las ocasiones* de pecado, por pequeñas que sean. «El que ama el peligro perecerá en él» (Eccli 3, 27). Una cosa es exponerse al peligro de pecar mientras se cumple el deber, y otra, sin razón suficiente. ¡Cuántos han acarreado gravísimos males a su alma por haberse expuesto al peligro de ver, decir, hacer o curiosear algo sin necesidad! Prevengamos también la tentación alejándola con el *trabajo continuo,* con el concienzudo cumplimiento de nuestras obligaciones. «La ociosidad es la madre de todos los vicios», dice la sabiduría popular. Prevengámosla, ocupándonos de fomentar nuestro horror a todo pecado, por pequeño que parezca, y, sobre todo, esforzándonos por aumentar en nosotros el amor de Dios y de Cristo. El amor es la mejor ayuda y la mayor defensa contra la tentación: nos da fuerza, alegría, ímpetu y arrojo tales, que la tentación queda pronto superada.

Combatamos la tentación. Habremos de repetir muchas veces y con confianza la petición del padrenuestro: «no nos dejes caer en la tentación», concédenos la fuerza de permanecer fuertes en ella. Ya que el mismo Señor pone en nuestros labios tal plegaria, bien estará que la repitamos continuamente.

Combatimos la tentación *manifestándosela abiertamente al director espiritual,* pues el manifestarla es ya casi vencerla. El que revela sus propias tentaciones al director espiritual puede estar seguro de que Dios otorga a éste la gracia necesaria para dirigirle bien. La revelación de las tentaciones era para nuestros Padres una cosa santa a la que se atenían rigurosamente. No andaban, ni mucho me-

nos, descaminados: este acto de humildad era para ellos un remedio de primer orden para vencer la tentación y ahuyentarla.

No creamos nunca que la tentación se combate poniéndonos a discutir con ella, ni siquiera afrontándola directamente: se la combate mejor *indirectamente*. Apenas se presente, apartemos de ella la mirada para dirigirla al Señor, que vive dentro de nosotros y combate a nuestro lado, que ha vencido el pecado; abracémonos a Él en un acto de humilde sumisión a su voluntad, de aceptación de esta cruz de la tentación que Él nos coloca sobre los hombros, de confianza en Él y de fe en su proximidad, de súplica para que nos transmita su fuerza. De este modo la tentación nos conducirá a la oración, a la unión con Dios y con Cristo: no será una pérdida, sino una ganancia. «Dios hace concurrir todas las cosas para el bien de los que le aman» (Rom 8, 28).

La tentación es, pues, realmente una gracia, un medio excelente para lograr la vida de perfección cristiana: así la ve Dios, y así debemos nosotros apreciarla.

Sabemos que somos miembros de Cristo. Con tal conciencia, y apoyados en la fuerza de Cristo, afrontemos la tentación. ¡Venceremos! «Todo lo puedo en Aquel que me conforta» (Phil 4, 13). «Bienaventurado el varón que soporta la tentación, porque, probado, recibirá la corona de la vida que Dios prometió a los que le aman» (Iac 1, 12).

X

LAS IMPERFECCIONES

«Esforzaos por alcanzar el amor.»

Cor 14, 1

Estamos destinados a convivir la vida divina en Jesucristo mediante una activa participación en la vida del que es nuestra cabeza.

Pero en Cristo no hay pecado ni sombra de imperfección: todas sus obras son perfectas, tanto en su ejecución exterior como en su espíritu interior. Le es imposible obrar con una caridad imperfecta, por temor al castigo o por una esperanza de recompensa. Todo lo hace por amor purísimo hacia el Padre, atendiendo únicamente a su deseo y a su gloria. Cristo vive su vida de oración con absoluta perfección y fidelidad: su oración es adoración, acción de gracias, intercesión y reparación perfectas. Su mortificación es también perfecta en todos los aspectos; su sed de inmolación no conoce otros límites que el beneplácito del Padre. Su amor a la pobreza, a la renuncia, a la humillación ante los hombres, es heroico, e igualmente lo es su amor a los hombres: ni siquiera a los enemigos guarda rencor su corazón: se entrega a ellos voluntariamente y deja que le atormenten con salvaje crueldad. Cristo

da su sangre y su vida lo mismo por sus amigos que por sus enemigos. No hay acción o pensamiento suyo susceptibles de perfeccionamiento: todo lo que hace, dice o sufre, es insuperablemente perfecto. Son actos, los suyos, que agradan todos inmensamente al Padre y le dan una inmensa gloria.

Compartir esta vida divina, revivirla: ésta es nuestra vocación como cristianos. Por lo tanto, no solamente debemos librarnos de todo pecado, incluso venial, sino también luchar incesantemente por librarnos de las imperfecciones que suelen afear los actos y pensamientos nuestros que de suyo son buenos.

1. Obramos frecuentemente con imperfección

El Señor *no nos impone* la renuncia absoluta a las criaturas, *pero la aconseja,* a fin de que Dios, su voluntad, su beneplácito, su gloria, sean nuestro único amor. No nos manda vender todo lo que poseemos y darlo a los pobres y seguirle, pero lo aconseja: «Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes, dalo a los pobres y tendrás un tesoro en los cielos, y ven y sígueme» (Mt 19, 21). No nos manda renunciar al matrimonio, pero lo aconseja como algo más perfecto para aquellos «a quienes ha sido dado a entender esto» (Mt 19, 11). Aconseja servir con humildad: «el que sea mayor entre vosotros, sea vuestro servidor» (Mt 23, 11), «cuando seas invitado, ve y siéntate en el postrer lugar» (Lc 14, 10). «No os preocupéis, diciendo: ¿qué beberemos, qué comeremos o qué vestiremos? Los gentiles se afanan por todo eso; pero bien sabe vuestro Padre celestial que de todo eso tenéis necesidad. Buscad, pues, primero

el reino y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura» (Mt 6, 31-33). «Haced al prójimo todo lo que deseáis para vosotros» (Mt 7, 12). «No resistáis al mal, y si alguno te abofetea en la mejilla derecha, preséntale también la izquierda; y al que quiera litigar contigo para quitarte la túnica, déjale también el manto, y si alguno te requisara para una milla, vete con él dos. Da a quien te pida y no vuelvas la espalda a quien te pida algo prestado» (Mt 5, 39-42).

Para cumplir la ley basta hacer lo que está mandado; si observamos los mandamientos, no cometemos ningún pecado. Pero más allá de lo que no puede ser hecho u omitido sin pecar, sin ofender a Dios, queda abierto a nuestras aspiraciones el vasto horizonte de las cosas que no están mandadas, sino solamente recomendadas o aconsejadas; que no son solamente buenas, sino mejores; que no entran ya en los estrechos límites del mandamiento, sino que pertenecen a la vida de perfección. En estas cimas ya no hay lugar a posturas tibias frente al pecado venial y a los defectos; hay sólo vida intensa, deseo ardiente de hacer todo el bien posible siempre que se presente la ocasión, el bien hacia el que nos sintamos movidos interior o exteriormente, y de hacerlo con la mayor entrega y perfección posibles. Deseo ardiente de no perder nada de todo el bien que podamos hacer, de no perdonar fatiga para realizar cualquier acción nuestra con mayor perfección. En estas cimas reina el «ardor de la caridad», de aquella caridad que ama verdaderamente a Dios sobre todas las cosas, y tan sinceramente, tan íntimamente, que excluye todo lo que podría desagradar al Señor o agradarle menos, e incita eficazmente

al alma a practicar lo que más le gusta y lo que le procura una mayor gloria.

Por eso aquí, que es donde acaba el campo de lo que es objeto de simple deber y de estricto precepto, se abre también el vasto campo de *las imperfecciones*. Obramos con imperfección cuando cumplimos, sí, lo que está mandado, pero a la vez dejamos más o menos sistemáticamente para los que quieren ser perfectos lo que se sale de la estricta obligación. Obramos también con imperfección siempre que practicamos lo que es justo y bueno, mas sin la delicadeza y pulcritud que debe caracterizar a un alma que tiende seriamente a elevarse más cada día. Podríamos, deberíamos hacer mejor lo que ya hacemos bien: orar, estudiar, obedecer, etc. Hacemos el bien menos perfectamente de como somos capaces, o, lo que es lo mismo, no hacemos todo el bien que podemos.

Cada día afeamos nuestra alma con nuevas imperfecciones. Las buenas acciones que vamos encontrando en el transcurso de nuestro día son, poco más o menos, la oración, el trabajo, las obras de caridad, las mortificaciones, los sufrimientos. A toda esta cadena casi ininterrumpida de buenas obras se adhiere el moho de las imperfecciones.

Las más de las veces nuestros actos sobrenaturales buenos, como la oración, la obediencia, la mortificación, la obligación de amar al prójimo y aun a los enemigos, las prácticas religiosas de toda clase, las realizamos no tanto incitados por un perfecto amor a Dios, cuanto por un *amor imperfecto*, es decir, por temor al castigo, por la esperanza de premio, de gloria y de atraernos la bendición del Señor. Buscamos a Dios, sí, mas para satisfacción

nuestra, porque en El encontramos nuestra felicidad. Y así, privados de esta caridad pura, muchos, demasiados de nuestros actos quedan muy imperfectos.

Frecuentemente obramos con *un amor muy débil*, un amor de Dios que ni siquiera de lejos se parece al que debe tener un alma fervorosa. Ésta es otra fuente de imperfecciones.

Nuestros actos, naturalmente buenos, por ejemplo, el trabajo, el cumplimiento de las obligaciones familiares o profesionales, el comer o descansar, el estudio, no siempre están animados del espíritu de fe y pureza de intención que son necesarios para sobrenaturalizarlos. Más bien proceden de *nuestro modo de ver, juzgar y pensar simplemente humano*. Obrar de esta forma constituye una urdimbre de imperfecciones.

A veces nos sentimos *movidos a hacer algo bueno*, por ejemplo, a rezar; pero preferimos cualquier otra cosa, buena también en sí misma, cualquier otra ocupación innecesaria, a pesar de que no nos podemos disimular que sería mucho mejor atender a esa inspiración del rezo. Así es como muchos de nuestros actos buenos se transforman en actos imperfectos.

Una inagotable fuente de imperfecciones es, finalmente, nuestra *innata mala costumbre* de no tener, ante todo, la mira de nuestras acciones dirigida hacia Dios, hacia su beneplácito, su gloria, su voluntad, sino, al contrario, fija en nosotros mismos. Nos hemos acostumbrado a juzgar los sucesos, las experiencias, las circunstancias, incluso los hombres, en primer lugar desde nuestro punto de vista personal: estimamos buena una cosa en cuanto nos

parece deseable; la llamamos mala, si no es conforme a nuestros deseos. No nos preocupa el saber si es o no en sí agradable al Señor. Nos portamos como si nos hubiéramos olvidado totalmente de Él, por estar concentrados en nosotros. Y esto mismo nos ocurre en la oración y en la recepción de los sacramentos: los llamamos buenos cuando sentimos gusto y cuando nos procuran consuelo. Siempre el «yo» en primer lugar; ¿y el Señor? De esta disposición proceden todos los días innumerables actos imperfectos, que podrían y deberían ser más perfectos, más en consonancia con la divina voluntad.

¡Cuántas imperfecciones, con las que estropeamos el bien que hacemos! Y, sin embargo, les damos muy poca importancia. Esta indiferencia es un grandísimo obstáculo para nuestro progreso espiritual. «Claro está que es imposible el progreso de nuestra vocación, mientras no nos limpiemos de estas imperfecciones» (cf. *Subida del monte Carmelo*, lib. 1, cap. 11).

¿De dónde proviene esta indiferencia respecto a las imperfecciones, incluso en quienes se esfuerzan por romper con el pecado venial o han efectuado realmente tal ruptura? Proviene de que nos decimos: ya hay bastante con no pecar, y de que no nos damos cuenta suficiente de nuestra vocación a la perfección y de lo mucho que estorban las imperfecciones en la vida espiritual.

2. Importancia de las imperfecciones

El acto imperfecto es, de suyo, *un acto bueno*, ya que no hay en él pecado o transgresión de un mandamiento o prohibición divinos. Pero es un acto

IX

LAS TENTACIONES

«No nos dejes caer en la tentación.»

Mt 6, 13

¡Convivir la vida de Dios en Cristo Jesús como miembros de su cuerpo místico! Cristo «padeció y fue tentado» (Hebr 2, 18). El Apóstol lo dice y repite explícitamente: «Fue probado en todo a semejanza nuestra, excepto el pecado» (Hebr 4, 15), y el Evangelio narra prolijamente cómo, después del bautismo en el Jordán, el Señor «fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo» (Mt 4, 1). ¿No es éste un hecho misterioso? El Espíritu Santo impulsa al mismo sobre quien poco antes en el Jordán se vieron los cielos abiertos y sobre quien resonó la voz del Padre: «Éste es mi Hijo muy amado, en quien tengo mis complacencias», y lo conduce al desierto de Judea para que sea tentado por Satanás. La liturgia de la primera dominica de cuaresma ve en el Señor así conducido al «Cristo total», es decir, a Cristo unido con su Iglesia, a su cuerpo místico, a todos nosotros. Todos los que en el bautismo hemos sido admitidos en Cristo y en la Iglesia, nos vemos conducidos al desierto para participar en su vida, para proseguir

su vida en nosotros y ser tentados con Él por Satanás. Es vocación nuestra, como miembros de Cristo, vencer con su fuerza al enemigo, al mundo, al demonio y a la carne, para gloria del Padre y con el fin de conquistar de este modo la corona de la vida. «El que se bate en el estadio, no es coronado si no lucha según las reglas» (2 Tim 2, 5). «Bienaventurado el varón que soporta la tentación, porque, probado, recibirá la corona de la vida que Dios prometió a los que le aman» (Iac 1, 12). «Tened por sumo gozo veros rodeados de diversas tentaciones, considerando que la prueba de vuestra fe engendra la paciencia. Mas tenga obra perfecta la paciencia, para que seáis perfectos y cumplidos, sin faltar en cosa alguna» (Iac 1, 2-4). La virtud puesta a prueba en la tentación, se fortifica y crece.

1. Qué es la tentación

Lo sabemos todos demasiado bien por experiencia diaria. Bastante tenemos que sufrir por las tentaciones que nos vienen de nuestra naturaleza, que, a consecuencia del pecado original, arrastra el sello de la concupiscencia. Como si no nos bastase este enemigo interno, estamos circundados por enemigos externos que con sus lisonjas intentan arruinarnos: el mundo y el demonio. «Estad alerta y velad, que vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda rondando y busca a quién devorar» (1 Petr 5, 8). Se le ha concedido licencia para molestarnos y estimular nuestras peores pasiones. Furioso de odio y de envidia contra nosotros, quiere aplastar en nosotros a Cristo, causarle perjuicio y

derrotas, a Él, cabeza nuestra, que en nosotros vive y le combate. ¿Quién se atreve a poner en duda que en el demonio encontramos un adversario mucho más fuerte que nosotros?

Con el diablo está aliado el mundo. Al hablar de «mundo», entendemos todas las personas que viven para satisfacer su amor propio, orgullo y sensualidad. «Todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y el orgullo de la vida» (1 Ioh 2, 16). Viven para el dinero y la satisfacción de sus sentimientos. La pobreza, y más si es libremente elegida, la castidad, son para ellos locura. Las humillaciones y las ofensas voluntariamente aceptadas, necedad; orar, una ocupación buena para quienes no sirven para otra cosa. Y querrían inculcarnos estos principios; con palabras y ejemplos se empeñan en arrastrarnos al camino ancho que conduce a la perdición. Intentan descorazonarnos, haciendo burla de nuestro pensamiento y de nuestra vida, de nuestra religión y nuestra Iglesia. Y frecuentemente no son personas que siguen las prácticas del mundo, sino personas de cristianismo inoperante en la práctica, que con su ejemplo y consejos nos dan ocasión de pecado. Su seducción nos inclina a compartir su vanidad, su sensualidad, su frialdad ante el prójimo.

Concupiscencia y pasiones en nuestro interior; y en torno a nosotros el mundo y el demonio: ¡realmente, no nos faltan estímulos ni halagos para inducirnos a abandonar el bien y obrar el mal!

«Nadie en la tentación diga: soy tentado por Dios. Porque Dios ni puede ser tentado al mal ni tienta a nadie» (Iac 1, 13). ¿Cómo podría ser santo Dios si nos indujera al mal? Dios no nos tienta nun-

ca: sólo permite que seamos tentados, interior y exteriormente. Dios reina también sobre el tentador, que puede acercársenos sólo hasta donde el Señor lo permite, pero «no permitirá que seáis tentados sobre vuestras fuerzas, antes dispondrá con la tentación el éxito para que podáis resistirla» (1 Cor 10, 13).

Si Dios permite que seamos tentados, es porque persigue un fin divinamente sabio y sublime. No lo permitiría si no supiera sacar un bien de las tentaciones a las que nos somete, razón por la cual las tentaciones no son para nosotros un mal, sino un *grande bien*. ¿Por qué?, porque son un medio insustituible en la empresa de la purificación del corazón. Como una bengala, iluminan los abismos de la sensualidad, de la concupiscencia, del amor propio, del egoísmo, de la avaricia, del odio; y así se convierten en guía del conocimiento que tenemos de nosotros y de la verdadera humildad. En los momentos de tentación vemos con claridad infalible lo débiles que somos, lo poco que hace falta para apartarnos del bien y precipitarnos en el mal. Las tentaciones nos incitan a combatir y a resistir virilmente, expiando de este modo nuestra indolencia y negligencia en otras épocas de nuestra vida; nos obligan a mantenernos en guardia, a prohibirnos cuanto podría convertirse en cebo de la tentación; nos instan a dedicarnos con interés a la oración, porque si queremos vencer necesitamos mucha oración, y la gracia está vinculada a la oración.

La tentación es un *precioso medio* para el progreso del alma, y por esto es un bien grandísimo. Nadie que se empeñe seriamente en la búsqueda de Dios, puede verse exento de ella. La tentación nos

despierta del letargo de la tibieza y nos espolea a realizar sacrificios y actos de mortificación. Además, tiene el fin, y la fuerza también, de hacernos adelantar en la virtud: toda tentación combatida y vencida es un acto de virtud y redunda en su acrecentamiento. Al combatir una incipiente duda contra la fe, despertamos un acto de fe; al defendernos de un sentimiento de sospecha, de odio, de envidia, o de un pensamiento poco caritativo que nos asalta, suscitamos una reacción de humildad. ¡En qué pararía nuestra virtud si no tuviéramos que combatir tentaciones! En la lucha contra éstas, aquélla se purifica, se fortalece, se consolida. Reaccionando contra la desgana en la oración y en las cosas religiosas, se robustece nuestra fidelidad a Dios. El vernos perseguidos o calumniados puede transformarse en una ventaja, si soportamos con paciencia y humildad por amor de Dios.

La tentación es también una *fuente inagotable de méritos* para la vida eterna. Cada victoria obtenida sobre la tentación aumenta la gracia santificante y la vida divina en nosotros; nos une más estrechamente a Cristo. Razón tiene el apóstol Santiago al exclamar: «Tened por sumo gozo veros rodeados de diversas tentaciones, considerando que la prueba de vuestra fe engendra la paciencia. Mas tenga obra perfecta la paciencia, porque seáis perfectos y cumplidos sin faltar en cosa alguna» (Iac 1, 2-4).

¿Extrañaremos, pues, nuestras tentaciones o nos atreveremos a lamentarnos de ellas? «Porque eras acepto a Dios, fue necesario que la tentación te probase» (Tob 12, 13). Con estas palabras consuela el angel a Tobías en la hora de su prueba. Las tentaciones son *el premio* del sincero suspirar

por Dios y de la fidelidad a Él; si las permite, es para que nos purifiquemos, y purificándonos nos hagamos más agradables a sus ojos. Las tentaciones nos son necesarias. Si las aprovechamos bien, serán para nosotros fuente de gracias.

2. Nuestra conducta en la tentación

Sería una presunción desear la tentación o querer provocarla sin motivo, pero sería un error temerla como si el Señor no nos fuera a proporcionar la necesaria asistencia de su gracia. Sería injusto entristecernos cuando presentimos que llega y creer que todo está perdido. Nunca estamos solos y siempre tenemos la certeza de que Dios no nos abandona: jamás permite que seamos tentados más allá de nuestras fuerzas. Dios no demuestra su cuidado de nosotros ahorrándonos la tentación, lo cual, más que aprovecharnos, nos perjudicaría, sino al no permitir que seamos tentados hasta rebasar nuestra capacidad. Conoce mejor que nosotros nuestro límite. ¿No es Él quien nos da las fuerzas con su gracia? Contiene la tentación en su medida oportuna y no tolera que se ensañe demasiado. Para las tentaciones más graves nos da una gracia mayor, a fin de que podamos resistir y vencer. Dios nos ama y conoce las profundidades de nuestra alma: ansía vehemente, divinamente, que seamos fuertes y venzamos; vive en nosotros, Padre, Hijo y Espíritu Santo, infinitamente próximo, con objeto de sostenernos en la lucha y conducirnos a la victoria.

Cristo, la cabeza, la vid, habita en nosotros: su fuerza circula como savia en el alma. Cristo se pone siempre de nuestra parte para vencer, en y con nosotros, al mundo, al demonio y a la carne. «Confiad: yo he vencido al mundo» (Ioh 16, 33). Y nosotros nos apoyamos en esa su fuerza que actúa en nosotros: «Todo lo puedo en Aquel que me conforta» (Phil 4, 13). ¿Qué debemos temer los que en el bautismo hemos sido marcados con la contraseña de la cruz e iluminados por la luz de Cristo, los que hemos sido injertados en Él para participar en su vida? «El Señor es mi luz y mi salvación: ¿a quién voy a temer?» (Ps 26, 1). Podemos aplicarnos confiadamente las palabras del salmo que rezamos todas las tardes en completas: «Te enviará a sus ángeles para que te guarden en todos tus caminos, y ellos te llevarán en sus manos para que no tropieces en las piedras. Pisarás sobre áspides y víboras y hallarás al león y al dragón. Porque me amó, yo le salvaré; yo le defenderé porque confesó mi nombre. Me invocará y yo le oiré, estaré con él en la tribulación, le sacaré y le honraré. Le saciaré de días y le daré a ver mi salvación» (Ps 90, 11 ss).

Unidos así a Dios y a Cristo, cabeza nuestra, el gran triunfador, vamos valerosamente al encuentro de la tentación con la vista serena que sabe distinguir en la tentación entre el primer movimiento, la consiguiente complacencia del hombre inferior, y el verdadero consentimiento propiamente dicho del hombre superior. El demonio o nuestra imaginación nos ponen ante los ojos el fruto prohibido, a veces con gran vivacidad, insistencia y obstinación. Mas todo esto no es sino el primer movimiento, una sugerencia que no constituye absolutamente ningún pecado mientras nuestra voluntad no otorga su consentimiento. Pero la tentación prosigue: sin quererlo, el hombre inferior que habita en nosotros se ve atraí-

do por el fruto prohibido que se le presenta, y experimenta cierto agrado. Esta complacencia de la parte inferior de nuestra naturaleza influye, como es natural, sobre la decisión de nuestra voluntad libre, y la invita a consentir. Entonces hay que decidirse. Si la voluntad rehúsa su consentimiento, la tentación es rechazada enérgicamente: la voluntad ha vencido. A veces vacila un momento: no querría ofender a Dios, pero al mismo tiempo querría gozar del fruto prohibido. También puede suceder que la voluntad resista sólo a medias y que le falte una decisión absoluta, o que rechace realmente la tentación, pero sólo cuando se ha dado cuenta de que la cosa le va resultando peligrosa: es un estado de ánimo en el cual el entendimiento no ve con toda claridad; la voluntad está encadenada en cierto modo por la incipiente actuación de la concupiscencia: es el estado de semiconsentimiento. En él nunca se puede hablar de un pecado propiamente dicho. Muy distinto caso sería si consintiéramos totalmente a la tentación, esto es, si, a pesar de la voz de la conciencia y con perfecto conocimiento del mal, nos dejáramos arrastrar a pensar con placer en el fruto prohibido, a desearlo, o todavía más a gustarlo de hecho. Este pleno consentimiento constituye un pecado mortal, si se trata de materia grave; un pecado venial, si se trata de materia menos grave; pero en ambos casos es un pecado cometido deliberadamente, conscientemente.

Prevengamos la tentación: practicando una seria *mortificación* interna y uniendo a ella la *oración*. «Velad y orad para no caer en la tentación» (Mt 26, 41). La táctica del mundo y del demonio tiende a impedir que oremos, incluso a infundirnos aversión

a la oración. Prevengamos también las tentaciones *huyendo de las ocasiones* de pecado, por pequeñas que sean. «El que ama el peligro perecerá en él» (Eccli 3, 27). Una cosa es exponerse al peligro de pecar mientras se cumple el deber, y otra, sin razón suficiente. ¡Cuántos han acarreado gravísimos males a su alma por haberse expuesto al peligro de ver, decir, hacer o curiosear algo sin necesidad! Prevengamos también la tentación alejándola con el *trabajo continuo,* con el concienzudo cumplimiento de nuestras obligaciones. «La ociosidad es la madre de todos los vicios», dice la sabiduría popular. Prevengámosla, ocupándonos de fomentar nuestro horror a todo pecado, por pequeño que parezca, y, sobre todo, esforzándonos por aumentar en nosotros el amor de Dios y de Cristo. El amor es la mejor ayuda y la mayor defensa contra la tentación: nos da fuerza, alegría, ímpetu y arrojo tales, que la tentación queda pronto superada.

Combatamos la tentación. Habremos de repetir muchas veces y con confianza la petición del padrenuestro: «no nos dejes caer en la tentación», concédenos la fuerza de permanecer fuertes en ella. Ya que el mismo Señor pone en nuestros labios tal plegaria, bien estará que la repitamos continuamente.

Combatimós la tentación *manifestándosela abiertamente al director espiritual,* pues el manifestarla es ya casi vencerla. El que revela sus propias tentaciones al director espiritual puede estar seguro de que Dios otorga a éste la gracia necesaria para dirigirle bien. La revelación de las tentaciones era para nuestros Padres una cosa santa a la que se atenían rigurosamente. No andaban, ni mucho me-

nos, descaminados: este acto de humildad era para ellos un remedio de primer orden para vencer la tentación y ahuyentarla.

No creamos nunca que la tentación se combate poniéndonos a discutir con ella, ni siquiera afrontándola directamente: se la combate mejor *indirectamente*. Apenas se presente, apartemos de ella la mirada para dirigirla al Señor, que vive dentro de nosotros y combate a nuestro lado, que ha vencido el pecado; abracémonos a Él en un acto de humilde sumisión a su voluntad, de aceptación de esta cruz de la tentación que Él nos coloca sobre los hombros, de confianza en Él y de fe en su proximidad, de súplica para que nos transmita su fuerza. De este modo la tentación nos conducirá a la oración, a la unión con Dios y con Cristo: no será una pérdida, sino una ganancia. «Dios hace concurrir todas las cosas para el bien de los que le aman» (Rom 8, 28).

La tentación es, pues, realmente una gracia, un medio excelente para lograr la vida de perfección cristiana: así la ve Dios, y así debemos nosotros apreciarla.

Sabemos que somos miembros de Cristo. Con tal conciencia, y apoyados en la fuerza de Cristo, afrontemos la tentación. ¡Venceremos! «Todo lo puedo en Aquel que me conforta» (Phil 4, 13). «Bienaventurado el varón que soporta la tentación, porque, probado, recibirá la corona de la vida que Dios prometió a los que le aman» (Iac 1, 12).

X

LAS IMPERFECCIONES

«Esforzaos por alcanzar el amor.»

Cor 14, 1

Estamos destinados a convivir la vida divina en Jesucristo mediante una activa participación en la vida del que es nuestra cabeza.

Pero en Cristo no hay pecado ni sombra de imperfección: todas sus obras son perfectas, tanto en su ejecución exterior como en su espíritu interior. Le es imposible obrar con una caridad imperfecta, por temor al castigo o por una esperanza de recompensa. Todo lo hace por amor purísimo hacia el Padre, atendiendo únicamente a su deseo y a su gloria. Cristo vive su vida de oración con absoluta perfección y fidelidad: su oración es adoración, acción de gracias, intercesión y reparación perfectas. Su mortificación es también perfecta en todos los aspectos; su sed de inmolación no conoce otros límites que el beneplácito del Padre. Su amor a la pobreza, a la renuncia, a la humillación ante los hombres, es heroico, e igualmente lo es su amor a los hombres: ni siquiera a los enemigos guarda rencor su corazón: se entrega a ellos voluntariamente y deja que le atormenten con salvaje crueldad. Cristo

da su sangre y su vida lo mismo por sus amigos que por sus enemigos. No hay acción o pensamiento suyo susceptibles de perfeccionamiento: todo lo que hace, dice o sufre, es insuperablemente perfecto. Son actos, los suyos, que agradan todos inmensamente al Padre y le dan una inmensa gloria.

Compartir esta vida divina, revivirla: ésta es nuestra vocación como cristianos. Por lo tanto, no solamente debemos librarnos de todo pecado, incluso venial, sino también luchar incesantemente por librarnos de las imperfecciones que suelen afear los actos y pensamientos nuestros que de suyo son buenos.

1. Obramos frecuentemente con imperfección

El Señor *no nos impone* la renuncia absoluta a las criaturas, *pero la aconseja,* a fin de que Dios, su voluntad, su beneplácito, su gloria, sean nuestro único amor. No nos manda vender todo lo que poseemos y darlo a los pobres y seguirle, pero lo aconseja: «Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes, dalo a los pobres y tendrás un tesoro en los cielos, y ven y sígueme» (Mt 19, 21). No nos manda renunciar al matrimonio, pero lo aconseja como algo más perfecto para aquellos «a quienes ha sido dado a entender esto» (Mt 19, 11). Aconseja servir con humildad: «el que sea mayor entre vosotros, sea vuestro servidor» (Mt 23, 11), «cuando seas invitado, ve y siéntate en el postrer lugar» (Lc 14, 10). «No os preocupéis, diciendo: ¿qué beberemos, qué comeremos o qué vestiremos? Los gentiles se afanan por todo eso; pero bien sabe vuestro Padre celestial que de todo eso tenéis necesidad. Buscad, pues, primero el reino y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura» (Mt 6, 31-33). «Haced al prójimo todo lo que deseáis para vosotros» (Mt 7, 12). «No resistáis al mal, y si alguno te abofetea en la mejilla derecha, preséntale también la izquierda; y al que quiera litigar contigo para quitarte la túnica, déjale también el manto, y si alguno te requisara para una milla, vete con él dos. Da a quien te pida y no vuelvas la espalda a quien te pida algo prestado» (Mt 5, 39-42).

Para cumplir la ley basta hacer lo que está mandado; si observamos los mandamientos, no cometemos ningún pecado. Pero más allá de lo que no puede ser hecho u omitido sin pecar, sin ofender a Dios, queda abierto a nuestras aspiraciones el vasto horizonte de las cosas que no están mandadas, sino solamente recomendadas o aconsejadas; que no son solamente buenas, sino mejores; que no entran ya en los estrechos límites del mandamiento, sino que pertenecen a la vida de perfección. En estas cimas ya no hay lugar a posturas tibias frente al pecado venial y a los defectos; hay sólo vida intensa, deseo ardiente de hacer todo el bien posible siempre que se presente la ocasión, el bien hacia el que nos sintamos movidos interior o exteriormente, y de hacerlo con la mayor entrega y perfección posibles. Deseo ardiente de no perder nada de todo el bien que podamos hacer, de no perdonar fatiga para realizar cualquier acción nuestra con mayor perfección. En estas cimas reina el «ardor de la caridad», de aquella caridad que ama verdaderamente a Dios sobre todas las cosas, y tan sinceramente, tan íntimamente, que excluye todo lo que podría desagradar al Señor o agradarle menos, e incita eficazmente

al alma a practicar lo que más le gusta y lo que le procura una mayor gloria.

Por eso aquí, que es donde acaba el campo de lo que es objeto de simple deber y de estricto precepto, se abre también el vasto campo de *las imperfecciones*. Obramos con imperfección cuando cumplimos, sí, lo que está mandado, pero a la vez dejamos más o menos sistemáticamente para los que quieren ser perfectos lo que se sale de la estricta obligación. Obramos también con imperfección siempre que practicamos lo que es justo y bueno, mas sin la delicadeza y pulcritud que debe caracterizar a un alma que tiende seriamente a elevarse más cada día. Podríamos, deberíamos hacer mejor lo que ya hacemos bien: orar, estudiar, obedecer, etc. Hacemos el bien menos perfectamente de como somos capaces, o, lo que es lo mismo, no hacemos todo el bien que podemos.

Cada día afeamos nuestra alma con nuevas imperfecciones. Las buenas acciones que vamos encontrando en el transcurso de nuestro día son, poco más o menos, la oración, el trabajo, las obras de caridad, las mortificaciones, los sufrimientos. A toda esta cadena casi ininterrumpida de buenas obras se adhiere el moho de las imperfecciones.

Las más de las veces nuestros actos sobrenaturales buenos, como la oración, la obediencia, la mortificación, la obligación de amar al prójimo y aun a los enemigos, las prácticas religiosas de toda clase, las realizamos no tanto incitados por un perfecto amor a Dios, cuanto por un *amor imperfecto,* es decir, por temor al castigo, por la esperanza de premio, de gloria y de atraernos la bendición del Señor. Buscamos a Dios, sí, mas para satisfacción

nuestra, porque en El encontramos nuestra felicidad. Y así, privados de esta caridad pura, muchos, demasiados de nuestros actos quedan muy imperfectos.

Frecuentemente obramos con *un amor muy débil,* un amor de Dios que ni siquiera de lejos se parece al que debe tener un alma fervorosa. Ésta es otra fuente de imperfecciones.

Nuestros actos, naturalmente buenos, por ejemplo, el trabajo, el cumplimiento de las obligaciones familiares o profesionales, el comer o descansar, el estudio, no siempre están animados del espíritu de fe y pureza de intención que son necesarios para sobrenaturalizarlos. Más bien proceden de *nuestro modo de ver, juzgar y pensar simplemente humano.* Obrar de esta forma constituye una urdimbre de imperfecciones.

A veces nos sentimos *movidos a hacer algo bueno,* por ejemplo, a rezar; pero preferimos cualquier otra cosa, buena también en sí misma, cualquier otra ocupación innecesaria, a pesar de que no nos podemos disimular que sería mucho mejor atender a esa inspiración del rezo. Así es como muchos de nuestros actos buenos se transforman en actos imperfectos.

Una inagotable fuente de imperfecciones es, finalmente, nuestra *innata mala costumbre* de no tener, ante todo, la mira de nuestras acciones dirigida hacia Dios, hacia su beneplácito, su gloria, su voluntad, sino, al contrario, fija en nosotros mismos. Nos hemos acostumbrado a juzgar los sucesos, las experiencias, las circunstancias, incluso los hombres, en primer lugar desde nuestro punto de vista personal: estimamos buena una cosa en cuanto nos

parece deseable; la llamamos mala, si no es conforme a nuestros deseos. No nos preocupa el saber si es o no en sí agradable al Señor. Nos portamos como si nos hubiéramos olvidado totalmente de Él, por estar concentrados en nosotros. Y esto mismo nos ocurre en la oración y en la recepción de los sacramentos: los llamamos buenos cuando sentimos gusto y cuando nos procuran consuelo. Siempre el «yo» en primer lugar; ¿y el Señor? De esta disposición proceden todos los días innumerables actos imperfectos, que podrían y deberían ser más perfectos, más en consonancia con la divina voluntad.

¡Cuántas imperfecciones, con las que estropeamos el bien que hacemos! Y, sin embargo, les damos muy poca importancia. Esta indiferencia es un grandísimo obstáculo para nuestro progreso espiritual. «Claro está que es imposible el progreso de nuestra vocación, mientras no nos limpiemos de estas imperfecciones» (cf. *Subida del monte Carmelo,* lib. I, cap. II).

¿De dónde proviene esta indiferencia respecto a las imperfecciones, incluso en quienes se esfuerzan por romper con el pecado venial o han efectuado realmente tal ruptura? Proviene de que nos decimos: ya hay bastante con no pecar, y de que no nos damos cuenta suficiente de nuestra vocación a la perfección y de lo mucho que estorban las imperfecciones en la vida espiritual.

2. Importancia de las imperfecciones

El acto imperfecto es, de suyo, *un acto bueno,* ya que no hay en él pecado o transgresión de un mandamiento o prohibición divinos. Pero es un acto

que puede y debe ser mejorado. Nos consolamos fácilmente diciéndonos: no estoy obligado a más, he hecho lo que debía y lo sigo haciendo; y olvidamos que el acto imperfecto puede transformarse fácilmente en un pecado venial, lo cual puede suceder, y sucede, por culpa de lo que nos determina a obrar imperfectamente. Esta causa es el apego desordenado de una persona, al trabajo, a un placer que en sí está permitido; o es el amor de la propia comodidad, el horror al sacrificio, la ausencia de la mortificación debida, del necesario espíritu de fe y de una visión sobrenatural respecto a la vida práctica, la falta de disciplina; o es la ligereza y superficialidad en todo lo que respecta a Dios. Es siempre, en el fondo, un insuficiente dominio de nuestro orgullo, de nuestro amor propio y de nuestro egoísmo. Por estas causas, que pueden encontrarse en el fondo de muchas acciones imperfectas, las imperfecciones se convierten con frecuencia en pecados veniales, y, por lo tanto, pueden ser materia de confesión, a pesar de que, aisladas de estas causas y tomadas en sí mismas, no sean pecado alguno y no puedan ser materia de confesión.

Aunque la imperfección de suyo no es pecado, es siempre, sin embargo, *un desorden,* porque está necesariamente en contraste con lo que Dios, lo que el Salvador espera y exige de nosotros. Con estos actos imperfectos demostramos tener una voluntad poco noble y aun positivamente no generosa: demostramos que estamos dispuestos a servirle sólo hasta donde el no pecar equivale a no incurrir en culpa o en castigo.

Las imperfecciones, rectamente miradas, no significan sino que *anteponemos nuestro gusto* a la vo-

luntad y al beneplácito de Dios. Buscamos ante todo lo que nos agrada, si bien en cosas buenas y que no representan una formal ofensa al Señor. Un trabajo, una obligación, cosas todas buenas de por sí, no las consideramos primeramente en relación a Dios, sino que las subordinamos a nuestros propios intereses, consideramos si son o no agradables, útiles y provechosas. Éste es el desorden que encierra la imperfección: primero nosotros y luego Dios y la voluntad divina. ¿Es éste un perfecto amor de Dios?

Las imperfecciones son, además, *una mengua del bien* que podemos y debemos hacer, comprometen el valor moral de la acción buena que realizamos y representan una no despreciable pérdida de gracia, de méritos y de gloria. Es evidente que de este modo nos privamos de muchos favores y de especiales gracias divinas; como lo es también que, obrando así, no podemos alcanzar la perfección real ni una perfecta participación en la vida divina.

Las imperfecciones arrebatan a nuestra alma la nobleza y el vigor. Si no las combatimos eficazmente, se adhieren a todas nuestras acciones, deprimen el tono general de nuestra conducta y pueden llegar a impedir su completo desarrollo. La costumbre de obrar imperfectamente conduce fácilmente a un retroceso en toda la vida espiritual. Como consecuencia de los muchos actos imperfectos, es inevitable que vuelvan a pulular determinadas tendencias desordenadas que preparan el camino al pecado venial: comienza la caridad a verse debilitada por obstáculos que se le van acumulando, y así empiezan las desdichas: deberíamos crecer continuamente en caridad, mas las muchas imperfecciones atrofian su desarrollo; ya no podemos cumplir sinceramente

el mandamiento «amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente». *Cesamos de avanzar,* nos hacemos unas almas atrasadas. El niño debe crecer, porque si no crece, no sólo no se hará nunca un hombre, sino que se hará un ser deforme, un enano; lo mismo ocurre en la vida interior: si no crecemos ininterrumpidamente en el amor, quedaremos como esas pobres criaturas entristecidas, enanos de la vida espiritual. ¡Y cuántos hay de éstos! Muchas de estas almas se entibian lentamente, poco a poco se vacían y aligeran. ¡Qué pena!

No es, pues, la imperfección un detalle sin importancia; jamás es suficiente contentarse con no cometer ningún pecado venial, pues queda mucho camino por recorrer. El que no avanza, el que no está decidido a realizar cada uno de sus actos mejor cada día, con más fe, humildad y paciencia, retrocede. O mejorar o retroceder: no hay término medio, no hay ni puede haber tregua. Debemos convencernos de una vez para siempre. Lo mismo que de nuestra actitud frente al pecado venial, también de nuestra postura frente a las imperfecciones dependen nuestro progreso interior, el aumento en gracia y virtud, y, en última consecuencia, un mayor o menor grado de gloria en la eternidad.

Llegado el profeta Elías a Bersabé y habiéndose retirado desde allí hasta el próximo desierto de Judá, se recostó bajo un enebro, y deseaba morir. «¡Basta, Señor, recibe ya mi vida!», tal era su descorazonamiento. Se adormece, mas un ángel le despierta, y Elías ve junto a sí un vaso de agua y un pan; come y bebe, y vuelve a adormecerse. Por segunda vez le toca el ángel y le ordena: «Leván-

tate y come, porque te queda un largo camino». Elías se levantó y, con la fuerza de aquel alimento, anduvo durante cuarenta días y cuarenta noches hasta el monte de Dios, Horeb (3 Reg 19, 3-8).

Podemos vernos bajo la figura de Elías, porque también nosotros muchas veces querríamos decir: «¡Basta, Señor!» ¿Será posible que no baste conservar el alma pura de todo pecado grave y de todo pecado venial deliberado? ¿Será posible que no baste mortificarse continuamente para no cometer ningún pecado venial semideliberado, por sorpresa, por debilidad? A nosotros siempre nos parece que sí; pero el ángel del Señor, la gracia, nos va despertando de nuestros pensamientos y nos empuja: «Levántate, que aún te queda un largo camino», mientras no hayas eliminado — en cuanto te es posible en esta vida — todas tus imperfecciones.

¿Cómo lograrlo? El único medio garantizado es el amor puro, el perfecto amor de Dios y de Cristo. Que esto es lo esencial para nosotros: «esforzarnos para alcanzar el amor» (1 Cor 14, 1).

Preguntémonos: ¿cuál ha sido hasta la actualidad mi actitud frente a las imperfecciones?, ¿qué he pensado de ellas?, ¿no las he tomado demasiado a la ligera?

Pidamos al Señor la gracia de llegar, por medio de una ardiente caridad, a hacer todo el bien en cada ocasión que tengamos, y a hacerlo siempre *con perfección*.

XI

LA HUMILDAD

«Aprended de mí, que soy
manso y humilde de corazón.»
Mt 11, 29

El santo bautismo nos ha transformado en miembros vivos de Cristo, nuestra cabeza. Por tanto, el espíritu, la vida interior del Señor tiene que fluir sobre nosotros, empapándonos por dentro y fuera. El espíritu de Cristo es en su esencia espíritu de humildad. Precisamente, hablando de la humildad, nos dijo el Señor: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón» (Mt 11, 29).

1. Qué es la humildad cristiana

El mismo Señor nos traza un sublime cuadro de la humildad en la famosa parábola del fariseo y el publicano. «Dos hombres subieron al templo a orar, el uno fariseo y el otro publicano. El fariseo, de pie, oraba para sí de esta manera: ¡Oh, Dios!, te doy gracias de que no soy como los demás hombres: rapaces, injustos, adúlteros, ni como este publicano. Ayuno dos veces a la semana, pago el diezmo de todo cuanto poseo. El publicano se quedó allá lejos, y ni se atraveía a levantar los ojos al cielo,

y hería su pecho diciendo: ¡Oh, Dios!, ¡sé propicio a mí, pecador! Os digo que bajó éste justificado a su casa y no aquél. Porque el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado» (Lc 18, 9-14).

El orgullo es la estima desordenada de las propias cualidades. Es orgulloso el que se atribuye lo bueno que en él hay como si fuese mérito suyo. El soberbio se complace en sus dotes, rumia con placer interiormente sus talentos, su saber, sus méritos; desea que todos los demás se convenzan de lo mismo, que lo comenten y admiren (vanagloria). Esta autocomplacencia engendra una orgullosa confianza en nosotros: el soberbio cuenta con su propia capacidad, su inteligencia, su criterio; no necesita el consejo ni la ayuda ajenos; se considera más inteligente y perspicaz que los demás; ni siquiera siente la necesidad de dirigirse a Dios para obtener su luz, su fuerza y su gracia. El soberbio cree bastarse a sí mismo.

La complacencia propia lleva a *considerarse superior a todos*. El soberbio desprecia a los demás, los mira de arriba abajo, se cree bastante mejor que ellos; exactamente igual que el fariseo del que nos habla el Evangelio.

De la complacencia en sí mismo se deriva también *la ambición*, o sea, el deseo desordenado de alabanza, de admiración, estima y fama, acompañado por el temor de no ser bastante considerado y apreciado, de ser olvidado quizá, de pasar inadvertido; de ser despreciado; por el temor de que otro cualquiera nos pueda igualar o superar, lograr un triunfo y una reputación mayores, ejercer una influencia más amplia.

Así es como de la depravada raíz de la soberbia van brotando los movimientos de envidia, celos, odio y la más feroz enemistad. El ambicioso intenta ser el primero en todo, quiere dominarlo todo, tener siempre razón, imponer a todos sus opiniones y sus caprichos, desempeñar el primer papel, por lo cual no raras veces llega a ponerse en ridículo. Disimula cuanto puede sus defectos, y se transforma en esclavo de la vanidad y del respeto humano, en persona sin carácter, falsa e insincera en su talante, palabras, sentimientos; en todo su ser.

El humilde mira ante todo al Señor: *Tu solus sanctus, tu solus altissimus*. Sabe que por sí solo nada tiene y nada es; reconoce, desde luego, el bien que en él hay y las cualidades que posee, mas tiene siempre presente aquello de: «¿Qué tienes que no hayas recibido?, y, si lo recibiste, ¿de qué te glorías como si no lo hubieras recibido?» (1 Cor 4, 7); se humilla en el reconocimiento de su propia nada y de su absoluta dependencia de Dios, y permanece en el puesto que le corresponde.

El humilde ve con claridad que no tiene nada que no haya recibido, ni en el orden de la naturaleza: vida, cuerpo, inteligencia, talento, salud y fuerza, ojos, miembros: nada; ni en el orden de la gracia: «Dios produce en nosotros el querer y el obrar» (Phil 2, 13), «no que de nosotros mismos seamos capaces de pensar algo, que nuestra suficiencia viene de Dios» (2 Cor 3, 5): ningún pensamiento, ninguna decisión saludable y grata a Dios, ninguna obra buena, ni siquiera la más íntima, ninguna oración, ningún acto de fe o de caridad proviene de nosotros mismos, ni podemos llamarlo completamente nuestro.

Nuestra misma cooperación con la gracia, el no abusar de las gracias que Dios nos da y el corresponderles, es fruto de la acción de Dios en nosotros. Tan exacta es la palabra del Apóstol: «¿Qué tienes que no hayas recibido?» Nada, absolutamente nada.

Hay, sin embargo, algo que es exclusivamente nuestro: el pecado. El humilde sabe muy bien que, por su propia cuenta, sólo es capaz de esto: de pecar; sabe que abandonado a sí mismo es capaz de cualquier pecado. Si no ha caído en estas o en aquellas culpas, no se lo debe a sí mismo, sino únicamente a Dios, que en su infinita misericordia lo ha preservado: abandonado, no hubiera podido defenderse. Como el publicano del Evangelio, se reconoce pecador, indigno de levantar siquiera su mirada hacia el Señor, indigno de la estima, la consideración y el afecto de los hombres; merecedor de ser tratado como lo que es: un pecador.

La humildad de espíritu encuentra su expresión práctica en la humildad de voluntad y de acción. Al humilde no le preocupan su honor ni la afirmación de su personalidad, sus caprichos, deseos o gustos; ama y aun busca el desprecio, la ignominia y la injusticia, para sufrirlos junto con el Redentor humillado y repudiado por los hombres. Considera un honor el poder estar tan cerca de Jesús — como miembro de su cuerpo místico — para, con Él, ser obediente, sumiso, postergado, y, con Él, padecer contrariedades e injusticias. Comparte la vida humilde del Señor, y estima como un privilegio el poder convivirla. Lleno del espíritu de Cristo, ni siquiera desea salir de esta condición en que se encuentra: no aspira a grandes y brillantes

afirmaciones personales, a gestiones, encargos, honores; satisfecho como está de las modestas posibilidades de acción que le han sido otorgadas, del trabajo y el campo de actividad que se le ha confiado; satisfecho incluso de ver cómo los demás realizan obras más dignas de consideración.

El humilde tiene intuición suficiente para descubrir sus propios defectos y debilidades, conoce al detalle sus infidelidades y faltas diarias: está dispuesto a admitir que tiene más deficiencias y debilidades que los otros.

Cuanto más adquiere conciencia de su propia nada e indignidad, tanto más se apoya en la misericordia, la gracia, el perdón, el favor y la cercanía de Dios y del Redentor. Nadie será mejor hombre de acción que el humilde, nadie invocará como él la luz y la fuerza del cielo; nadie tendrá una confianza en Dios como la suya, serena e inconmovible. Cuanto menos pueda y menos intente obrar a solas, tanto más actuará en él la gracia divina. A Dios le gusta crear de la nada. En Dios y en Cristo, el humilde se encuentra fuerte, animoso, intrépido, al nivel de cualquier empresa y de cualquier revés, dispuesto a cualquier renuncia. «Todo lo puedo en Aquel que me conforta» (Phil 4, 13).

El humilde tiende solamente a Dios, a su voluntad, a su beneplácito, su prescripción o su tolerancia. El humilde saborea la maravillosa hermosura de la voluntad divina y de su santa y sabia providencia: *vive sin preocupaciones, abandonado a sus brazos*. Su vida es alegría en la voluntad de Dios y de Cristo: reconocerse pobre o débil no le preocupa ni agita; no se mira a sí mismo, sino a Dios: sus disposiciones, permisiones, misericordia, su amor y su

gusto. A pesar de reconocerse tan imperfecto, es feliz. No quiere sus imperfecciones, detesta y combate sus defectos, pero no le inquietan; sólo le humillan, y por eso le empujan más hacia Dios. le incitan a la oración y la confianza. Ya querría él apresurarse hacia las cumbres de la perfección, pero está contento de que las cosas vayan tan despacio y tan dificultosamente, a pesar de encontrarse tan lejos de la meta. Todo lo acepta como el Señor lo envía, en todo se acomoda plenamente a la guía, a la dirección y a la providencia divinas. Lo único que quiere es ser pequeño, no hacer nada por sí mismo, sino depender siempre del Señor, abandonarse confiadamente en sus brazos. ¿Quién puede gozar de una mayor libertad interior que el humilde? ¿Quién hay más libre interiormente, más puro, más sereno, más tranquilo, más próximo a Dios?

Éste es el misterio de la humildad, el misterio de no querer ser nada ante sí y ante los hombres, el misterio de ansiar ser despreciado por amor a Jesús. Pero ¡qué poco lo comprendemos nosotros, los cristianos, y la íntima, profunda alegría que encierra! ¡Por supuesto, amarga y muy amarga es la piel, y dura la corteza; mas el fruto es inefablemente dulce!

2. Por qué debemos ser humildes

1. La humildad es *la virtud de Cristo*. «El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Ioh 1, 14). El misterio de *la encarnación* del Verbo es el misterio y el acto de humillación y anonadamiento voluntarios y sin límites que de sí hace el Hijo de Dios. Aunque «existiendo en la forma de Dios, no

reputó codiciable tesoro mantenerse igual a Dios, antes se anonadó tomando la forma de siervo y haciéndose semejante a los hombres; y en la condición de hombre se humilló, hecho obediente, hasta la muerte, y muerte de cruz» (Phil 2, 5-8). El Hijo de Dios, la eterna y divina Sabiduría, elige deliberadamente el anonadamiento, la ignominia de la muerte en la cruz. «Aprended de mí».

Sigamos al Señor al establo de Belén, al escondrijo de *Nazaret,* donde lleva una vida de trabajo, pobreza y obediencia: El Hijo de Dios elige conscientemente, deliberadamente, la humillación y la obediencia hasta la muerte. «Aprended de mí».

Y sigámosle a Getsemaní en la vigilia de su dolorosa pasión, donde se ve cubierto por el sucio vestido de nuestros pecados. «A quien no conoció el pecado, Dios le hizo pecado por nosotros, para que en Él fuéramos justicia de Dios» (2 Cor 5, 21). ¡Qué humillado, confuso, anonadado se siente ante el Padre! ¿Hubiera podido asumir una ignominia mayor que la de los pecados de todos los hombres, pecados de orgullo, de sensualidad, de injusticia, de impureza, desde el pecado de Adán y de Caín hasta el último que se ha de cometer en el mundo el día del juicio universal? Ahora ya se puede comprender por qué su cuerpo se cubre de un sudor de sangre: Cristo se ve recubierto por la sangrante vergüenza de nuestros pecados. Y todo esto lo ha cargado sobre sí, no obligado, sino porque libremente ha querido. «Aprended de mí».

Y ¡qué profunda es también la humillación de verse *pospuesto a Barrabás!* El pueblo, que poco antes le había aclamado gritando: «Hosanna al Hijo de David», exige ahora a Pilato: «¡Libera a Ba-

rrabás!» ¿Qué hace Él, el justo, el inocente? Calla, sufre en absoluto silencio esta inmensa afrenta pública; tanto más pública, cuanto que se produce ante el mundo romano-pagano representado por Pilato y ante el mundo hebreo allí presente. Sin una palabra de resentimiento, sufre ser juzgado y tratado como un desecho de la humanidad por el poder público y por el pueblo, al que sólo había hecho bien; ser tratado como un proscrito, de quien una soldadesca cruel y desenfrenada se burla a sus anchas. ¿No podía Él impedirlo? ¡Sin duda alguna! Pero quiere anonadarse hasta el fondo. Éste es el espíritu de Cristo: ansia de anulación, de desprecio, de humillación ante los hombres. «Aprended de mí».

¡Y la humillación de la *muerte en cruz, entre dos ladrones!* El mundo de entonces no conocía muerte más afrentosa; era muerte de los esclavos y de los expulsados de la sociedad humana. Y es precisamente esta muerte la que elige deliberadamente Cristo, a plena conciencia, ésta y no otra cualquiera. «Se humilló, hecho obediente, hasta la muerte, y muerte de cruz», por voluntaria obediencia al Padre. «Aprended de mí».

Sí, no hay duda alguna: la humildad es la virtud de Cristo. Él, que es nuestra cabeza, debe proseguir su vida en nosotros, que somos sus miembros. Ésta es la razón por la que tampoco nuestra vida puede ser otra que vida de negación, vida de auténtica humildad y obediencia.

2. La humildad es el *presupuesto de toda virtud y de toda perfección*. Nunca se halla el alma más dispuesta a recibir la gracia que cuando es humilde. «Dejad que los niños se acerquen a mí»: ésta es una ley sagrada en el orden sobrenatural:

«el que se humilla será ensalzado», y también: «Dios da su gracia a los humildes» (1 Petr 5, 5).

La humildad es, por otra parte, la confesión de la potencia, sabiduría, magnificencia, bondad y misericordia de Dios. Es un continuo «tu solus sanctus...», una ininterrumpida adoración del Altísimo. Tal homenaje glorifica excelsamente a Dios, que no puede menos de doblegarse sobre el alma con infinita misericordia y colmarla de sus mejores dones. «El que se humilla será ensalzado.»

La excelencia de la humildad se ve claramente en el hecho de que todas las demás se basan en la humildad y se desarrollan en ella. Verdad es que la fe es el comienzo de la vida cristiana, la primera de las virtudes sobrenaturales; pero la fe se basa también en la humildad, que es su condición. La fe supone la sumisión y la docilidad de la voluntad que influye sobre la inteligencia y la determina a aceptar y acatar la verdad divina revelada, que no comprende. La fe es la que eleva el alma a Dios, sometiéndola a Él en virtud de la humildad. Por eso no es posible una vida de fe sin una humildad profunda, ni puede darse una verdadera y genuina vida cristiana que no se base en una fe viva.

Lo mismo pasa con la obediencia. ¿Cómo es de esperar una vida de obediencia sin una profunda humildad, o sea, sin el propósito de someter y sacrificar el propio yo, los propios criterios, voluntad y deseos? ¿Y cómo un sincero, desinteresado amor al prójimo, si la humildad no guía el timonel del alma? Sólo el humilde es verdaderamente desinteresado y altruista: no piensa en sí mismo, no persigue primero su interés; sólo él, por lo tanto, puede ser realmente generoso para renunciar, para sacri-

ficarse, para darse, para trabajar por Cristo y por las almas, para sufrir la injusticia y la ingratitud, para padecer y negarse a sí mismo. Donde hay poca humildad, fatalmente habrá poca caridad.

Sólo el alma humilde puede ser alma de oración. Orar quiere decir reconocer la propia nada, la incapacidad para obrar bien, la propia dependencia de Dios; y al mismo tiempo confesar la magnificencia, la bondad y el amor de Dios para con sus hijos, las criaturas. Y así, ¿quién se encuentra en condiciones más favorables para la oración que el humilde? Sólo él sabrá agradecer y tomar como un regalo de Dios todo lo que el vaivén del día le trae y sabrá responder con una palabra de amor. El alma humilde, bien conocedora de su personal insignificancia, dependencia y nulidad, alimentará una ilimitada e inconmovible confianza en Dios, en su amorosa y sabia providencia. Sabrá someterse sin reservas y aceptar con calma y paciencia todo lo que Dios le envía, a través de los hombres y de las circunstancias difíciles entre las que se encuentre, y a través de la enfermedad y la penuria.

La humildad es, en suma, la condición indispensable de toda virtud y perfección, así como, por el contrario, el orgullo constituye un obstáculo insuperable. «Dios resiste al soberbio». Por eso la auténtica perfección cristiana no puede florecer más que sobre el terreno abonado de la humildad. La humildad y el esfuerzo serio por adquirir la perfección son todo uno.

3. La humildad es el punto crítico y decisivo de nuestra vida y nuestras aspiraciones religiosas. Hay muchos caminos, muchas virtudes y muchos medios que conducen a la perfección del amor; pero todos

los medios y caminos por los que el hombre avanza, se resumen en definitiva en la sumisión de la propia voluntad a la voluntad divina, es decir, que todo se cifra en ser humildes. Orar es absolutamente indispensable y son muchos los que oran, pero al mismo tiempo no acatan la voluntad de Dios, sino que siguen en mil cosas sus propias ideas y caprichos: les falta la humildad. Muchos se sacrifican, pero a su gusto, no según la voluntad de Dios, y corren fuera del camino recto: les falta la humildad.

Todos los medios y caminos que nos señalan la Sagrada Escritura y las vidas de los santos son buenos; pero, en la vida práctica, nos serán útiles y provechosos en la medida en que estemos entregados a la voluntad de Dios, es decir, en la medida en que estemos cimentados sobre la humildad.

La humildad, la sumisión filial a Dios, es la que sella la autenticidad y fertilidad de la vida cristiana y las gracias particulares y más elevadas que recibe el alma de Dios. Son auténticas especialmente nuestra oración y nuestra piedad si y en el grado en que van animadas por la humildad, necesitándose, por otra parte, mucha oración para alcanzar la perfecta humildad. La humildad y la piedad están, como se ve, íntimamente unidas.

4. El Señor ha vinculado a la humildad una promesa maravillosa: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis la paz para vuestras almas» (Mt 11, 29). Todos buscamos la paz del corazón, pero ¿quién la encuentra? Sólo el humilde. «Hay cuatro cosas, dice el autor de la *Imitación de Cristo,* que proporcionan gran paz: Procura, hijo, hacer antes la voluntad de otro que la tuya. Escoge siempre tener menos que más. Busca siempre el

lugar más bajo, y está sujeto a todos. Desea siempre y ruega que se cumpla en ti eternamente la divina voluntad. Así entrarás en los términos de la paz y descanso» (libro 3, capítulo 23). ¿No son éstos precisamente el espíritu y la ambición del alma humilde?

¿Puede darse un hombre más contento en la privación, adversidad, injusticia, mortificación u ofensa, que el que nada busca para sí, que nada quiere según el propio gusto y el propio deseo, sino que sólo aspira a lo que es conforme a la voluntad y las disposiciones de Dios?, ¿el que se tiene por lo que es en realidad, por un pecador, por nada, y así se lo repite mil veces interiormente: yo merezco cosas aún peores? En un alma así dispuesta, enmudece todo movimiento y todo inicio de descontento, de crítica, de impaciencia o murmuración contra Dios o las circunstancias o los hombres. Éstas son las bendiciones de la humildad.

3. Cómo llegar a la humildad

Tendremos que recorrer un largo trecho antes de que —siendo como somos, por naturaleza, parientes en espíritu del fariseo— nos veamos transformados en el publicano, en un hombre consciente de su propia nada, de su personal incapacidad y de su total dependencia de Dios y de la gracia; un hombre que sienta vivamente, conozca y reconozca su propia perversidad íntima y su pecabilidad, y desee ser tenido y tratado por todos como lo que es realmente. En nuestra naturaleza está arraigada una viva aversión a todo lo que es humildad y humillación. Reconocemos nuestra nulidad, pero, en la práctica, no queremos vivir de acuerdo con esta idea. El

espíritu del mundo, del amor propio, del orgullo, ha penetrado también en nosotros, los cristianos, incluso entre los que tienden a la perfección, y nos domina, con frecuencia sin percibirlo, a pesar de que la humildad es el fundamento sin el que no puede sostenerse la verdadera vida cristiana. He aquí, pues, el gran problema: ¿Cómo llegar a la humildad?

1. Nuestra primera tarea consiste en que nos asimilemos la doctrina del Apóstol: «¿Quién es el que a ti te hace preferible? ¿Qué tienes que no hayas recibido?, y si lo recibiste, ¿de qué te glorías?» (1 Cor 4, 7); «es Dios quien obra en nosotros el querer y el obrar» (Phil 2, 13). Yo no puedo atribuirme nada. Si Dios no me diera nada, ¿cómo podría yo concebir un buen pensamiento, o desear, intentar o realizar algo bueno? Dependemos de su acción en nosotros mucho más de lo que podemos comprender y aun imaginar: ni un solo pensamiento, ni una sola decisión o acto de voluntad podemos tener por nuestras propias fuerzas, de nosotros mismos. Como dice el Apóstol: «Nuestra suficiencia viene de Dios» (2 Cor 3, 5), es obra de su gracia.

Es una enseñanza explícita de la fe: «El que afirma que la gracia de Dios nos es dada en virtud de nuestra propia oración y no más bien que la gracia de Dios hace que podamos orar a Dios, contradice al Apóstol: «Fui hallado de los que no me buscaban, me dejé ver de los que no preguntaban por mí» (Rom 10, 20; Is 65, 1). Y además: «El que afirma que con las solas fuerzas naturales y sin la iluminación e inspiración del Espíritu Santo puede pensar o querer algo útil para su salvación eterna, es hereje, y no comprende la palabra del Evangelio»: «Sin mí no podéis hacer nada» (Ioh 15, 5).

Por el espíritu de fe conocemos y confesamos *nuestra indignidad* a los ojos de Dios, a los del prójimo y a los nuestros; nuestras diarias imperfecciones, defectos, errores e infidelidades. ¿Qué somos? Pecadores, fáciles al pecado, llenos de ceguera, fragilidad, egoísmo, vanidad, corrupción. Y todo, a pesar de tantas pláticas, lecturas, meditaciones, y a pesar de las comuniones, quizá cotidianas. ¡Cuántos motivos nos sobran para escondernos en un rincón del templo, como el publicano del Evangelio, y suplicar golpeándonos el pecho: «¡Señor, ten piedad de mis pecados!» ¡Cuántos, para ser sencillos en nuestra actitud, en el modo de andar, en los gestos, en la mirada, en las palabras! ¡Cuántos, para posponernos sinceramente a los demás, para valorar al prójimo mucho más que a nosotros mismos y someternos voluntariamente a las injusticias! Porque nada mejor merecemos, por nuestros pecados.

El espíritu de fe nos hace profundizar en los misterios de Cristo. Cuanto más honda sea la fe con la que nos aproximamos a la persona y a la vida del Señor, tanto más se nos revela su más íntima esencia: en su vida escondida en el seno de la Virgen, en su nacimiento en Belén, en su infancia, en su recatada vida de Nazaret, en su actividad pública, en su pasión, en su oculta y misteriosa vida del Sagrario. Cuanto más le contemplemos, tanto más vigorosamente impulsados nos sentiremos a imitar su vida de humildad.

Por el espíritu de fe nos sometemos interior y exteriormente a los mandamientos, a la voluntad, disposiciones y transigencias de Dios; lo mismo que a los que le representan de cualquier forma que sea: padres, superiores, autoridades civiles y eclesiásticas. Nos haremos con el Señor obedientes «hasta la muerte», sin murmurar, sin replicar, sin crítica ni descontento, con el sincero deseo de ser guiados por los superiores y depender en cada momento de ellos. Por el espíritu de fe, cada obligación, cada artículo del reglamento, cada prescripción o disposición de las autoridades representa para nosotros la voluntad y el mandato de Dios mismo, y, por lo tanto, es excelsa y sagrada y la acataremos con humildad.

El espíritu de fe es también una gracia del Señor que debemos pedir con fervor. «Pedid y recibiréis» (Mt 7, 7). Al orar nos postramos y humillamos ante el Señor. En la oración pedimos que nos otorgue la virtud de la humildad. Nosotros no podemos concedérnosla y la esperamos suplicantes de su bondad. «Porque quien pide, recibe, y quien busca, hallará, y a quien llama, se le abrirá» (Mt 7, 8). La oración confiada atrae la gracia de la humildad al alma y la hace crecer y desarrollar.

2. Llegamos a la humildad por la obra de Dios, principal factor de la misma. «Si el Señor no construye la casa, en vano se afanan los que la edifican» (Ps 136, 1). Dios no nos abandona nunca; interviene y trabaja enérgicamente para curarnos de nuestro orgullo, de nuestra megalomanía, de nuestra vanidad. Con este fin emprende su gran obra de nuestra purificación y da suma importancia a que sintamos y experimentemos nuestra nada y nos veamos libres de vanas complacencias y de falsa confianza en nosotros mismos. *Con este fin permite las arideces y* desconsuelos, las tentaciones, a veces horribles, y las humillaciones de toda especie que nos sobrevienen.

Nuestro único deber es doblegarnos a sus deseos, dejar que Él haga en nosotros y con nosotros lo que

quiera, como quiera; ya directamente, ya a través de los acontecimientos, del ambiente, las experiencias, las circunstancias temporales, las personas, etc. Es decir, no hay que desear siempre que los hombres y las cosas sean diversos de lo que son: jamás hay que negar nada, nunca rebelarse contra nada, aceptarlo todo con alegría o al menos con resignación tal y como viene, porque, en efecto, todo sucede según su voluntad infinitamente buena y sabia y conforme a las disposiciones de su amorosa providencia. *¡Aceptarlo todo!,* esto es lo esencial: saber aceptar, saber agradecer, saber decir sí siempre y a todo, aun a las cosas amargas e ingratas, aun a las que hieren nuestros sentimientos más íntimos, nuestra personalidad, nuestro modo de ver, o nuestra más íntima esencia. ¡Sólo como tú lo quieres, dispones, permites! Por mi parte, nada quiero: nada según mis deseos o a tenor de mis esperanzas, ilusiones, criterios o caprichos. ¡Sólo como a ti te plazca! Esto sí que es humildad; humilde, sincero y total silencio personal ante Dios; entrega y alegría en la voluntad, disposiciones y providencia de Dios. Éste es el acto más sublime de la personalidad: la continuación del acto de humildad y obediencia de nuestro Salvador en el monte de los Olivos: «Padre, si es posible, pase de mí este cáliz; mas no se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lc 22, 42).

En primer lugar, aceptar y acoger los mil detalles ingratos y a veces penosos de la vida, las circunstancias, dificultades, contrariedades y obstáculos; todo lo que se nos presenta al revés de nuestros sueños, distinto de lo que creíamos justo y bueno; todo lo que es contrario a nuestro modo de ser, todo lo que nos gustaría eliminar. Aceptarlo *porque Él lo quiere así,* porque Él así lo manda y lo permite, porque ha establecido que nuestra vida en este momento sea así y no de otra manera. Por medio de estas disposiciones, que tan enigmáticas nos parecen, Dios interviene en nuestra vida día tras día y hora tras hora. «Yo soy el Señor.» Él es quien debe disponer y quien nos indica el camino; yo he de decir que sí e inclinarme humildemente. Así es como Él quiere enseñarme a ser humilde y pequeño. «Cuando eras joven, tú te ceñías e ibas a donde querías; cuando envejezcas, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará a donde no quieras» (Ioh 21, 18). Así nos educa el Señor en la humildad.

En segundo lugar, aceptar el hecho humillante de lo mucho que hemos pecado en nuestra vida. Él lo ha permitido, para labrar nuestra salvación, a partir de nuestros propios pecados. Nos arrepentimos, por supuesto. Pero sometámonos también, humildemente, a la confesión de nuestros pecados y recitemos continuamente con profunda convicción y contrición nuestro «mea culpa, mea culpa, mea maxima culpa». El orgulloso se enoja por haber pecado; esta comprobación le atormenta toda la vida, y se siente desgraciado por tener que admitir que a él le haya ocurrido semejante cosa. Pero el alma humilde acepta esta su miseria y la convierte en instrumento para convencerse de su propia nulidad, anonadarse ante Dios y exponerle su arrepentimiento: un nuevo medio para adherirse tanto más firme y confiadamente al único que es capaz de sacarlo del pecado, al único que puede preservarlo en el futuro.

Aceptar, además, las continuas humillaciones cotidianas que experimentamos *en la vida interior:*

nuestras diarias culpas, miserias, tentaciones, los primeros movimientos, las imperfecciones y debilidades, nuestra ineptitud, la aridez de nuestra oración, nuestra ceguera, nuestra falta de comprensión, nuestras tinieblas, la incapacidad de poner en práctica nuestros buenos propósitos. Si estas cosas nos agitan o inquietan, si nos sorprenden o fácilmente nos confunden o abaten, es señal de que aún no hemos salido del campo del orgullo. Deberemos humillarnos y gritar al Señor: «¡Padre, sí, porque así lo quieres tú!» (Mt 11, 27), «porque quieres hacerme tocar con la mano que no soy sino un saco de basura». Así nos educa el Señor en la humildad.

Aceptar, finalmente, las mortificaciones que provienen *del exterior:* la crítica más o menos benévola, los juicios falsos del prójimo respecto a nosotros, el trato inmerecido, los reproches infundados, las calumnias, difamaciones, acusaciones de todo género, la incapacidad o las equivocaciones personales que comprometen nuestro buen nombre, aunque nada tengamos que reprocharnos en conciencia. Detrás de todo esto que tanto nos hace sufrir, se halla el Padre amoroso, nuestro Redentor, dispuesto a mostrarnos los caminos de la humildad, de la perfecta sumisión, del completo abandono a su guía y a su voluntad. Así, día a día, nos educa el Señor en la humildad.

«La verdadera ganancia consiste en que te ofrezcas de verdadero corazón a la voluntad divina, sin buscar lo que sea tuyo, así en lo pequeño como en lo grande, así en el tiempo como en la eternidad; de forma que, siempre con igual faz, continúes dando gracias, entre las cosas prósperas y las adversas, pesándolo todo en justa balanza. Si eres tan fuerte

y longánime en la esperanza, que dispongas tu corazón a sufrir aún más cuando se te haya privado de consolación interior; si no quieres justificarte, sino que me ensalzas como santo; entonces justamente andas por la senda de la paz y puedes esperar confiadamente volver a ver mi rostro con júbilo. Y si llegares al perfecto menosprecio de ti mismo, sábete que entonces gozarás de abundante paz cuanto cabe en este destierro» (*Imit. de Cristo,* libro 3, cap. 25).

Concluiremos estas consideraciones sobre la humildad cristiana con las palabras de la *Imitación de Cristo* II, 2: «Cuando un hombre se humilla por sus defectos, entonces fácilmente aplaca a los otros y sin dificultad satisface a los que le odian. Dios defiende y libra al humilde; al humilde ama y consuela; al hombre humilde concede gracia, y después de su abatimiento le levanta a gran honra. Al humilde descubre sus secretos y le trae dulcemente a sí y le convida. El humilde, recibida la afrenta, está en paz, porque está en Dios y no en el mundo.

»No pienses haber aprovechado algo si no te estimas por el más inferior de todos».

«El que se ensalza, será humillado y el que se humilla, será ensalzado» (Lc 14, 11).

XII

LA ORACIÓN

«Señor, enséñanos a orar.»
Lc 11, 1

Hay algo conmovedor en la oración del Señor. Cristo ora en su vida terrena y ora por medio de nosotros en el santísimo sacramento del altar: adora, ama, da gracias, alaba, ruega y expía siempre sin cansarse. Día y noche. Su oración es tan pura, tan acendrada, tan infinitamente valiosa, que los ojos del Padre se posan en Él con infinita complacencia y la acogen benignamente. Un día quedóse un rato en oración; cuando terminó, uno de sus discípulos le pidió: «Señor, enséñanos a orar» (Lc 11, 1). El discípulo había quedado cautivado profundamente por el Señor orante. También nosotros podemos acudir a Él y pedirle: «Señor, enséñanos a orar», danos la luz y la gracia necesarias para penetrar el secreto de la oración cristiana, para que aprendamos a llevar una vida de oración según el modelo que tú nos das.

1. Por qué debemos orar

«Todas las cosas tienen por fin la oración» (san Francisco de Sales), esto es, las ha creado Dios para

que le glorifiquen y le reconozcan como punto de partida y meta de cada una de ellas y le rindan homenaje con humildad y sumisión total. Los seres no dotados de razón cumplen este cometido simplemente por el mero hecho de existir, es decir, porque al ser llamados del no-ser al ser por el Creador, confiesan el poder, sabiduría y bondad del Dios que les ha dado la existencia y se la conserva, que les da continuamente su ser y su obrar para que puedan así cumplir su papel dentro de la totalidad del universo.

Si «todas las cosas tienen por fin la oración», el hombre, en primer lugar, está puesto en la tierra para reconocer a Dios como su creador, como el primer fundamento y el fin de su existencia, y admirar y alabar la grandeza, el poder, la sabiduría y la bondad de Dios, entregarle su amor, acatarle, enderezar toda su personalidad hacia Él como su último fin; esto es, adorarle, glorificarle, bendecirle, darle gracias. La oración es, por lo tanto, una exigencia que para todo hombre se deduce del hecho de ser colocado en la existencia por Dios y haber recibido de Dios todo cuanto es y posee.

Para nosotros, los cristianos, la necesidad de la oración estriba en otros fundamentos completamente sobrenaturales. Los cristianos oramos:

1) Porque nos hemos transformado, en virtud de la redención de Cristo, en hijos de Dios. «Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para redimir a los que estaban bajo la ley, a fin de que todos (judíos y gentiles) recibiésemos la adopción. Y por ser hijos envió Dios a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que grita: ¡Abba, Padre!»

(Gal 4, 4-6). En idéntico sentido nos explica el Apóstol: «No habéis recibido el espíritu de siervos para recaer en el temor, antes habéis recibido el espíritu de adopción por el que clamamos: ¡Abba, Padre!» (Rom 8, 15).

En nosotros, los bautizados, alienta un nuevo espíritu, el espíritu de la filiación divina, el amor filial hacia el Padre producido en nosotros por el Espíritu Santo que en nosotros mora y que desde dentro nos impele a llamar a Dios con amor «Padre». En esta palabra, «Padre», encerramos toda nuestra fe, nuestra confianza filial, nuestra entrega, nuestro amor, nuestro arrepentimiento, nuestra oración, nuestra decisión de amarle y de someternos en todo a su santa voluntad. Nuestra oración cristiana no es, pues, el lenguaje del hombre puramente natural en su diálogo con Dios, sino que nos llegamos hasta Él, como hijos al Padre, para adorarle, alabarle, amarle y pedirle la ayuda que tanto necesitamos. No olvidamos nuestro ser de criaturas, pero no nos apoyamos sobre Él en nuestra oración, sino en nuestra dignidad y grandeza como hijos de Dios. Llenos de veneración filial, nos acercamos al Padre con la convicción de que Él nos trata siempre divinamente bien como a hijos suyos y que podemos entregarnos a Él con toda confianza y con el cariño más íntimo. Así pues, nuestra oración cristiana se funda en nuestra filiación divina, esto es, en la gracia santificante, y nos hace brotar el Espíritu Santo que habita en nosotros. Es obra no de nuestro esfuerzo humano-natural, sino de la gracia.

Los cristianos oramos:

2) Porque en virtud de nuestro santo bautismo en Cristo somos sarmientos suyos, ya que Él es

nuestra vid, en cuya vida participamos, y la compartimos, como los sarmientos la de la vid. Podemos hablar al Padre en nuestra oración, podemos cantarle nuestra palabra de amor sólo en la medida en que estemos en Cristo y vivamos su vida. Pero la vida de Cristo es esencialmente vida de entrega al Padre, una oblación, un ofrecimiento al Padre, lleno de amor. En virtud de nuestra comunión de vida con Cristo, estamos incluidos en esta su oblación amorosa: en Él, con Él y por Él pronunciamos la palabra del amor: «Santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad». En Él, con Él y por Él pronunciamos con filial confianza la palabra de la gran petición: «El pan nuestro de cada día dánosle hoy, perdónanos nuestras deudas..., líbranos del mal». Así nos unimos a la oración de Cristo nuestro Señor y expresamos sus mismos sentimientos; nuestra oración no es ya la de un mero hombre abandonado a su insuficiencia y nulidad, sino que es al propio tiempo y ante todo la de Cristo, que en nosotros y con nosotros ruega al Padre. Nuestra oración, insignificante en cuanto nuestra, es realzada y ennoblecida por la dignidad y la majestad de Cristo: «El que permanece en mí y yo en él, éste da mucho fruto» (Ioh 15, 5): el que en mí vive y yo en él, su oración dará mucho fruto. «No vivo yo, es Cristo quien vive en mí» (Gal 2, 20): no oro yo propiamente, más bien es Cristo quien ora en mí. Nuestra oración será, pues, tanto más fructuosa y eficaz cuanto más íntimamente nos fundamos con Cristo y convivamos su vida.

Cristo es el gran orante. Como Hijo eterno de Dios, como Logos o Verbo, es la palabra en la que

el Padre expresa la eterna plenitud divina y la majestad de su ser y de sus divinas riquezas, y en la que se reflejan la magnificencia y el sublime esplendor del Padre. Cristo es «el esplendor de su gloria y la imagen de su ser» (Hebr 1, 3), la representación perfecta de la grandeza e infinidad divinas, un eterno canto de alabanza a Dios Padre.

Lleno de un fecundo amor contempla el Hijo la majestad resplandeciente del Padre y le canta eternamente el himno de la alabanza, el único que es perfectamente digno de Dios.

Este verbo eterno de Dios se ha hecho hombre en Cristo, siendo así incorporada la vida humana del Señor a la alabanza que eternamente rinde al Padre el Verbo y convirtiéndose en una exaltación constante, en una oración y en una palabra de amor. Esta exaltación penetra e informa toda la vida de Cristo desde su entrada en esta vida en el seno de la virgen madre y el pesebre, hasta la vida oculta de Nazaret, la vida pública, la muerte en la cruz, la vida inmortal que ahora tiene en el cielo y en el santísimo sacramento del altar. Una alabanza siempre perfectamente digna de Dios, una oración santa.

Mas Cristo quiere seguir prolongando su vida en nosotros, continuando también en nosotros su misma oración. Con este fin nos ha hecho participar de su vida en el santo bautismo y nos convida diariamente al sacrificio de la misa y a la comunión, para que podamos vincularnos más hondamente a su oración, a su amorosa entrega, a su alabanza y a su adoración del Padre. Cristo quiere multiplicar su oración en nosotros, para que en cualquier momento y en cualquier lugar resuene en miles

y miles de corazones amantes, en un coro formidable, en la comunión con la Iglesia tanto en el cielo como en la tierra. Tal es la dignidad de la oración cristiana.

Nosotros, los cristianos, oramos:

3) Porque tenemos necesidad externa de la oración, sobre todo de la oración impetratoria. «No que seamos capaces de pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra suficiencia viene de Dios» (2 Cor 3, 5); y en otra parte precisa el Apóstol: «Dios es el que obra en nosotros el querer y el obrar según su beneplácito» (Phil 2, 13). Somos, pues, sencillamente incapaces por nuestras propias fuerzas naturales, a pesar de nuestros buenos deseos y de los mejores propósitos, de superar el mal, resistir a las tentaciones, querer y obrar lo bueno y lo recto. Pero el Apóstol nos declara con toda seguridad: «Todo lo puedo en aquel que me conforta», todo, incluso lo más grande y lo más difícil; pero todo «en aquel que me conforta». ¿A quién conforta mejor y a quién da Dios con más facilidad la fuerza y la gracia? Al que ora. «Pedid y recibiréis» (Mt 7, 7). Si no se pide, no se recibe; si se pide poco o mucho, se recibe poco o mucho: ésta y no otra es la norma general en el orden de la salvación. Dios desea darnos generosamente su gracia, pero la vincula y la condiciona a la oración. Es verdad que también cualquier otra obra buena nos aproxima a Dios y produce un incremento de gracia santificante; pero hay una manera extraordinariamente eficaz de obtenerla, y es la oración. Éste es el medio que está a disposición de todos en cualquier momento y lugar. Es el primer medio para el alma que quiere avanzar y llegar a la per-

fección, y el último recurso de la que se encuentra ya en el umbral de la eternidad. Es un medio de la máxima eficacia para unirnos con Dios y asimilar su fuerza. «Pedid y recibiréis», pues «a los humildes da Dios su gracia» (1 Petr 5, 5). En la oración impetratoria o de súplica confesamos nuestra nada y nuestra impotencia, y lo esperamos todo de Dios; en la oración reconocemos la grandeza, la omnipotencia y la bondad divinas, e incluimos siempre al mismo tiempo un elemento de adoración, de acatamiento de sus designios, de glorificación amorosa.

Nosotros, los cristianos, oramos:

4) Porque somos hijos de la Iglesia, y la Iglesia necesita almas de oración. Ella es propiamente la «*Iglesia orante*», y toda su existencia se ordena a rogar, a adorar, bendecir y glorificar a Dios, y sufrir y trabajar por los divinos intereses. Mantiene siempre su pensamiento, su corazón, sus deseos, sus ojos dirigidos a Dios en estrecha unión de pensamiento y de intenciones con el gran orante, Cristo, su esposo divino; ora en el cielo, ora en el purgatorio, ora aquí en la tierra: «Laudamus te. Benedicimus te. Adoramus te. Glorificamus te. Gratias agimus tibi propter magnam gloriam tuam». Si en la tierra un coro de almas en oración se cansa o debe pasar a otras ocupaciones, le reemplaza otro y prosigue la oración de la Iglesia, noche y día, sobre todo el globo terrestre.

La Iglesia ora en sus sacerdotes, a los que, en el día de su ordenación de subdiáconos, confía su oración por excelencia, el breviario, con la obligación rigurosa de recitar infatigablemente todos los días hasta su muerte la oración oficial de la Iglesia.

La Iglesia ora en los muchos religiosos, en cuyas manos coloca el breviario el día de la profesión; noche y día, donde haya sacerdotes y conventos, está reunida la Iglesia, representada en sus sacerdotes y religiosos, en torno al gran liturgo y orante en el tabernáculo, y une su adoración, su caridad, su acción de gracias, su intercesión y su reparación, a la oración infinitamente santa y grata a Dios del sumo sacerdote, Cristo; oración pura, santa, infinitamente fecunda en, con y por Cristo nuestro Señor.

La Iglesia ora en nombre de los muchos hijos suyos que no saben, han olvidado o no pueden orar; ora por los muchos que no quieren ser hijos suyos y están fuera del redil, lejos de la Madre, y perecen de hambre y de miseria; ora en representación de todos los hombres, sean cuales fueren sus necesidades, tentaciones, apuros y peligros.

El mundo alejado de Dios no ora; busca la salvación en cisternas agrietadas (Ier 2, 13), en el incremento de la producción material y de la actividad cultural, en empresas cada vez más refinadas, en la destrucción del pasado, en el progreso técnico, en la siempre insatisfecha avidez de ganancia y de bienestar, incluso en el alejamiento de Dios y de Cristo y en la lucha contra la Iglesia, en la divulgación del ateísmo, en la divinización del hombre y de la humanidad, en la elevación a valor absoluto del trabajo, el dinero, la nación o el Estado. El mundo no tiene necesidad de ningún dios, de ninguna luz, de ninguna ayuda: se basta a sí mismo; por esta razón ni siente la falta de la oración, ni la desea. Por eso es aún mucho mayor la necesidad de la oración de la Iglesia y de la nuestra, para

completar y compensar, expiar y satisfacer, conseguir perdón y gracia mediante la oración; y esto especialmente en nuestros tiempos, con sus necesidades materiales, religiosas y morales. ¿Quién puede salvar al mundo de hoy? Ni la ciencia, ni la técnica, ni la política, ni la fuerza humana: lo único que nos puede salvar es la misericordia de Dios y la gracia divina que obtenemos por medio de la oración. En la oración está la salvación del mundo.

El mundo de hoy, sus calamidades, piden a gritos almas de oración que se unan a la Iglesia orante y, con ella, al gran orante, Cristo, en un común «Kyrie eleison», que fuerce el corazón de Dios, y en un incesante «santificado sea tu nombre».

«¡Orad sin interrupción!», «¡pedid y recibiréis!» «Creemos que nadie obtiene su salvación sin la ayuda de Dios, que nadie obtiene esta ayuda sino el que ora» (san Agustín). «Todos los santos se han santificado por medio de la oración. Todos los condenados se han condenado porque no han hecho oración; si hubieran orado con constancia, se hubieran salvado» (san Alfonso de Ligorio). «No hay hombre más poderoso que el que reza» (san Juan Crisóstomo). En la oración está la fuerza de la Iglesia y del cristiano.

2. Sentido de la oración cristiana

¿Qué pretendemos al orar? En último término, no pretendemos otra cosa que la unión amorosa de nuestra voluntad con la de Dios, la entrega total de nuestro corazón, y estar junto al Padre, rendirle vasallaje y colocarnos cerca de Él.

Podemos ponernos en comunicación con Dios y unirnos a Él por un doble camino: por la inteligencia y por la voluntad. Del primer modo se une el alma con Dios mediante sus reflexiones sobre Él, sus meditaciones sobre su omnipotencia o sus diversas perfecciones, su providencia y su acción, o considerando uno de los misterios cuya inteligencia puede llevarle más cerca de Dios. Mas sería un gran error el creer que la esencia de la oración consiste en este modo de unirnos con Dios: es sólo la preparación para la oración propiamente dicha, que consiste en la amorosa unión del corazón y la voluntad de Dios.

En esta unión de voluntad con Dios queremos, ante todo, adorarle y entregarnos a Él amorosamente, para que Él haga resplandecer en nuestra alma la plenitud de su poder y majestad y pueda realizar en nosotros, sin cortapisas, su dominio y su presencia. La adoración, el acatamiento amoroso es la íntima esencia y el alma de toda oración verdadera, incluso de la impetratoria, porque, en primer lugar, hay que colocar el «santificado sea tu nombre», la adoración, la ascensión a Dios; y, después, el «pan nuestro de cada día». La oración como amor de adoración, como acatamiento y glorificación de Dios, es el objeto al que han de subordinarse todas las demás formas de oración y al que están enderezadas.

Si a Dios mismo y su glorificación hay que colocarlos en primer lugar, sería un error ver en la oración esencialmente y en primera línea un medio para el «deleite espiritual», para la «dulzura» espiritual o aun para el provecho moral, para perfeccionarse a sí mismo, y subordinar la glorificación

de Dios al «servicio» de la propia alma, como si la salvación del alma fuese el supremo y íntimo fin de la oración. Por el contrario, es la obra de nuestra santificación la que debe ordenarse a la glorificación de Dios. Debemos santificarnos y aspirar a progresar espiritualmente para así poder adorar y honrar más perfectamente a Dios, y para que el culto que le consagramos sea menos indigno de Él.

Con la adoración va unida la acción de gracias. Cada día experimentamos y sabemos con más claridad lo obligados que estamos a dar gracias a Dios. Todo cuanto somos y tenemos, sea en el orden de la naturaleza, sea en el de la gracia, en último análisis lo tenemos por bondad y misericordia divina. ¿Dónde estaríamos, si Él no nos hubiera amado tanto desde la eternidad, que decidió crearnos y dotarnos de las cualidades, talentos y capacidad que poseemos? ¿Dónde estaríamos, si Él no nos hubiera enviado misericordiosamente a su Hijo unigénito para librarnos de las cadenas del pecado, del demonio y del infierno, hacernos hijos de Dios y conquistarnos las gracias con las que podemos lograr la visión eterna de Dios? ¡Cuánto amor despilfarra personalmente con nosotros todos los días y todas las horas!: gracias sin medida, gracias de iluminación, de excitaciones interiores de la voluntad, fuerza contra el mal, ánimos para el bien y para perseverar valiosamente en él. Todo esto nos insta natural y necesariamente a estarle agradecidos y a expresar nuestra gratitud en la vida.

Un tercer objeto que podemos procurar en la oración es el de volver a Dios Padre, a quien hemos ofendido por nuestros pecados, con sentimientos de arrepentimiento y penitencia, y con la voluntad

pronta a expiar y satisfacer. Es verdaderamente penoso que hayamos ofendido groseramente a nuestro Padre bondadoso oponiéndonos a su voluntad, que hayamos preferido nuestros vanos caprichos a los preceptos y la voluntad de Dios, despreciándole y postergándole a nuestros propios gustos y deseos. ¿Qué podemos hacer frente a tantas ofensas, sino entonar de corazón nuestro «mea culpa», arrepentirnos, llorar sobre nuestros pecados y hacer penitencia por ellos? Por lo tanto, hemos de acercarnos al Padre en santo y amoroso arrepentimiento y esperar de Él su palabra de perdón: los cristianos le reconocemos y glorificamos como el Dios santo y Señor de las misericordias.

Un cuarto sentido de nuestra oración cristiana resplandece en la oración impetratoria. En nuestras peticiones nos dirigimos al poder de Dios, cuya bondad nos puede conceder las ayudas y socorros necesarios. En esta forma de oración demostramos que creemos en el amor del Padre hacia nosotros, sus hijos, y manifestamos, además, al mismo tiempo, nuestra dependencia, nuestra indigencia y nuestra necesidad constante de Él, y expresamos nuestra fe en que Él, como Padre nuestro, ha de otorgarnos a nosotros, sus hijos, una participación en la plenitud de sus riquezas para hacernos santos, y ha de darnos todas las ayudas que necesitamos para llegar como cristianos a la meta de la vida eterna. Levantamos, orando, nuestras manos y corazón al Padre, y pensamos con amor e interés en los otros muchos que están encomendados a nuestra intercesión y por quienes estamos obligados a orar: por los vivos y por los difuntos, por los que nos aman y por los que nos desprecian, dañan u odian. En la oración

petitoria honramos el poder, la bondad y el amor de Dios y nos sometemos a ellos amorosamente; por esto nuestra oración impetratoria no se limita a pedir el remedio de nuestra indigencia, sino que, con nuestro grito que implora auxilio, llegamos hasta el mismo Dios y ponemos a sus pies nuestra entrega y nuestra adoración.

Por lo demás, no pretende nuestra oración impetratoria alterar los planes de Dios ni conseguir de Él que cambie sus puntos de vista y sus proyectos. Antes bien, rogamos a Dios con la convicción de que Él, desde la eternidad, ha incluido en los planes de su providencia divina nuestras plegarias con amor paternal. De ahí que nuestra oración impetratoria tiene un sentido y una eficacia indudables, aunque sea verdad que la voluntad de Dios es absoluta e inmutable.

Así, lo que sube en forma de oración a Dios baja en forma de bendición y de gracia sobre el orante. La oración cristiana es esencialmente y en primer lugar adoración de Dios y meta de nuestra vida, siendo, por otra parte, pero en segundo lugar, el gran instrumento para la construcción de la vida cristiana. No es exageración alguna el llamar a la oración, con san Juan Eudes, «algo tan importante como la tierra que nos sustenta, el aire que respiramos, el pan que comemos, el corazón que late en nuestro pecho, que son a los hombres tan necesarios para llevar una vida humana» (Royaume 2, 11). Toda verdadera y auténtica oración nos cambia, nos asemeja a Dios y nos santifica progresivamente; libera el corazón y el espíritu del amor desordenado a las cosas creadas, cuando éstas se oponen a la entrega a Dios. Por ser la oración entrega y elevación del alma, nos libra del poder y dominio del amor propio, las pasiones y las malas inclinaciones. Al orar nos introducimos más íntimamente en el mundo de lo divino y reconocemos más sinceramente la caducidad de los bienes y deleites que la tierra nos ofrece, dado que la oración exige que nos unamos a Dios. En ella nuestro espíritu entra en contacto con Él y es penetrado cada vez más por su luz; la voluntad va uniéndose a Él, a su santa voluntad y a sus intereses; el corazón se siente atraído siempre de nuevo por la bondad infinita y el amor del Padre y se ve colmado del amor, que es Dios mismo. Así, la oración auténtica transforma irresistiblemente al hombre y le hace participar cada vez más en la santa vida de Dios.

La fuerza y la excelencia de la oración cristiana se revelan tanto en la vida interior como en la exterior del cristiano.

Éste es el secreto de la fecundidad de acción de nuestros santos: oraban bien y mucho; de la oración sacaban las fuerzas para el abnegado y constante cumplimiento del deber, para el trabajo duro e incansable, para sus actos heroicos. Trabajo y oración, acción y contemplación van juntas y se apoyan mutuamente.

Nuestra oración, sea adoración, alabanza, acción de gracias o impetración, vuelve de Dios a nosotros en forma de bendición y de gracia, en forma de fecundación y de ayuda para el crecimiento espiritual y para una unión siempre más íntima y profunda con Dios. Así se puede comprobar la verdad de aquello de que «la oración es el alimento del alma y como la respiración del alma cristiana». Quien cesa de orar, cesa de respirar y de vivir, y, vice-

versa, si el cristiano quiere llevar una vida de fe viva, si con la gracia de Dios pretende acercarse a la perfección, sólo puede hacerlo orando, ya que al mismo tiempo que ora recibe la gracia divina y se sumerge en Dios.

De todo esto ha de quedar bien claro que el fin último de la oración no es el crecimiento interno del hombre, ni el servicio o la salvación de su alma; antes bien, nosotros nos santificamos mediante la oración para así poder glorificar más a Dios, adorarle y amarle; y lo podremos tanto mejor cuanto más puros, ricos y santos lleguemos a ser por nuestra oración. De esta forma nuestra oración sirve al crecimiento interior, pero éste sirve a su vez a la glorificación y la adoración de Dios.

¡Sea, pues, para nosotros la oración cristiana algo grande y santo! ¿No es para nosotros, pobres hombres, la mayor honra y gracia que se nos puede hacer el poder orar, el tener acceso a Dios, nuestro Padre celestial, y el poder hablar con Él, y que Él se incline hacia nosotros con amor y bondad, nos preste oídos y acepte complacido la veneración que le tributamos?

¡Cómo debemos dar gracias por poder orar!

¡Cómo hemos de preocuparnos por orar bien!

¡Cómo hemos de valorar y amar la oración cristiana!

«¡Señor, enséñanos a orar!»

XIII

LA ORACIÓN

Continuación

«Si conocieras el don de Dios.»

Ioh 4, 10

Respecto a la oración circulan muchos engaños, desconocimiento y equivocaciones. Consecuencia de esto es que la oración resulta aún más difícil de lo que es en sí misma, de que poco a poco se vaya perdiendo, no sólo la alegría, sino hasta el ánimo de orar y la confianza en el valor de la oración, y vaya entrando el cansancio. Muchos de esos errores radican en que no se sabe claramente en qué consiste propiamente la oración, cuál es su esencia y en que se ignora qué es el orar justo y bueno.

Piensan muchos que es de la esencia de la oración cristiana que los arrebate y conmueva profundamente; que de ningún modo puedan distraerse hacia atracción alguna, aunque sea de un modo involuntario y, por lo tanto, inculpable. Otros creen que hay que sentir hacia la oración una interior disposición de ánimo acompañada de cierto gusto por orar: piensan que no es posible una auténtica oración si en ella no surgen delicados sentimientos y afectos del alma, sin que el orante note ningún cansancio, agotamiento, debilidad o distracción, sién-

dole, por lo tanto, imposible permanecer frío, insensible, seco y vacío. Otros hay que se trastornan por una distracción o cualquier fracaso de su oración, de tal forma que desestiman lo que han orado y vuelven a comenzar su oración hasta que les parece pueden estar por fin contentos de ella. Víctimas de estos tormentos, tienen, sin embargo, siempre la mejor voluntad, mas incurren continuamente en nuevos engaños y dificultades.

1. ¿Qué es orar?

Orar es, en sentido general, hablar amorosamente con Dios, comunicarse con Él, entablar un diálogo enamorado, aunque sea sin palabras, con Él. La genuina oración se basa en el amor, brota del amor y tiende al amor. El termómetro de la oración, como de toda virtud y obra buena, es el amor de Dios, que puede expresarse por obra y por palabra. Llamamos oración al amor que se expresa por palabra, no siendo imprescindible que la palabra sea vocal. La oración es el enunciado del amor que hacemos en Dios a Dios.

Esta expresión de amor a Dios, al Señor y Creador del universo, va necesariamente acompañada de reverencia y respeto, del santo temor que nos sobrecoge al entrar en su intimidad y sentir la majestad de su gloria; va asimismo acompañada de esa actitud de obediencia y sumisión a la divina voluntad. El verdadero amor de Dios no puede menos de ser reverente y sumiso, es decir, una oración de adoración. La esencia de la oración es, por consiguiente, la expresión del amor que adora reverente y obediente.

Pero no sólo oramos a Dios y a Cristo, el Señor; nos dirigimos también a los ángeles y santos del cielo, particularmente a la virgen María, madre de Dios y madre nuestra. Estos seres no son Dios, sino simples criaturas, que han sido sumergidas por la gracia divina en la vida y en la gloria de Dios. Por eso los amamos y les expresamos nuestro amor, que no tiene el mismo valor que el que nos lleva a Dios y a Cristo. Los amamos de otro modo, porque nosotros no adoramos a la Virgen y a los santos, sino que los veneramos. Asimismo la oración dirigida a la madre de Dios entraña una veneración *(cultus hyperduliae)* que difiere de la que tributamos a los santos *(cultus duliae)*.

La oración a Dios y a Cristo es la oración por antonomasia, la oración en su pleno sentido, el enunciado del amor en la más rendida adoración, en la que entregamos a Dios todo nuestro ser; es la expresión del amor, que alaba, agradece, pide y expía.

El acto de oración, considerado desde el punto de vista de la vida humana del alma, no es fundamentalmente un acto del entendimiento, un esfuerzo por comprender espiritualmente un texto de lectura o de meditación, o una reflexión, como ordinariamente se piensa. El acto de oración, si se toma en su esencia, no es ni siquiera un acto de atención, si se entiende de modo que la oración en la que uno se ha distraído por eso solo deja de ser una oración bien hecha. Y mucho menos es el acto de oración un acto de la fantasía, una imagen que, de Jesús, de María o de un pasaje del Evangelio, producimos en nosotros al orar. La oración no es tampoco una emoción, o un sentimiento de devoción. No queremos decir que estos actos del entendimiento y de la ima-

ginación o estas emociones nada signifiquen para la oración; antes bien, pueden ser y son de hecho muy importantes y preciosos e incluso indispensables como preparación para ella y manifestaciones que pueden acompañarla; pero no tocan la esencia de la oración, en sí mismos no son oración. Faltando todos esos actos, puede darse muy bien una oración perfecta, santa y agradable a Dios.

Orar es, más bien, uno de los actos sobrenaturales de la voluntad, animados por el Espíritu Santo que vive y obra en nosotros: es en el fondo un acto por el que nosotros, que somos hijos de Dios, nos dirigimos al Padre con obsequioso amor para entregarnos a Él y estar junto a Él en amor, y, amándole, obedecerle y adorarle. El mismo amor que «se nos infunde en los corazones por el Espíritu Santo» (Rom 8, 1) junto con la gracia santificante, la gracia de la filiación divina, es lo que nos mueve a los hijos hacia el Padre. Queremos expresarle nuestro amor, nuestra entrega y veneración amorosas, nuestra alabanza que el amor nos sugiere, nuestra gratitud, admiración y alegría por su belleza, majestad y bondad, por su maravilloso gobierno del mundo, tanto del de la naturaleza como del de la gracia; queremos expresarle nuestra súplica filial, basada en la confianza que su amor y su bondad nos producen, y condicionada a los intereses y la voluntad del Padre que nos ama; queremos decirle nuestra palabra de arrepentimiento, que brota de un amor filial y de la conciencia de haber incurrido en culpa contra el Padre. Orar es, en su más íntima esencia, un acto de amor, y la oración es tanto más perfecta cuanto más se refleja en ella el amor, cuanto más se eleva el que ora del amor imperfecto al perfecto.

Cuanto más eficiente sea el amor en el corazón del cristiano, con tanta más fuerza le impulsará a manifestar al amado su palabra de amor, aunque haga mucho tiempo que sepa que es amado. Quien ama, debe gozarse en expresar su amor, sencillamente porque se trata de una palabra de amor. Siempre que el amor de Dios es vivo y eficaz en nosotros, tenemos la convicción gozosa y feliz de que el Padre, que habita con su Hijo y el Espíritu Santo en el fondo de nuestra alma, escucha nuestro requiebro amoroso, lo aprecia y lo acepta, principalmente porque esta misma expresión de amor la pronunciamos unidos con el gran orante, Cristo, que incluye nuestra oración y nuestra entrega amorosa al Padre en su oración y en su entrega. En la Iglesia oramos siempre «por Cristo nuestro Señor», como miembros de su cuerpo místico, unidos íntimamente, vitalmente con Él, que es nuestra cabeza.

¡Qué admirable dignidad y qué poder tiene la oración del cristiano si se considera de este modo!

En el acto de oración nos separamos de nuestro propio yo, abandonamos el mundo creado que nos rodea, y vamos al Padre para echarnos en sus brazos con el fervoroso deseo de permanecer a su lado y servir su gloria e intereses. Precisamente para expresar esta nuestra entrega juntamos nuestras manos: así lo hacía en la Antigüedad el vasallo, poniéndolas entre las de su señor en señal de humilde entrega a su servicio.

2. El hábito de oración

El acto de oración es algo transitorio. Pero por la frecuente repetición de los actos se forma un há-

bito, una disposición duradera, un estado de oración, que se alimenta y se afirma en los actos de oración, los cuales, por lo tanto, le son indispensables.

Es evidente que, al hablar de la oración habitual, no se trata de la oración vocal, ni siquiera de la oración interior llamada contemplativa, ya que en la tierra nos es imposible a los hombres pensar ininterrumpidamente en Dios y ocuparnos, con atención constante, de las cosas divinas.

Por hábito de oración hay que entender más bien la prontitud interior para la entrega amorosa a Dios, la sujeción filial a su santa voluntad y a las disposiciones de su divina providencia en todas las circunstancias de la vida. Es esa postura constante y esa decisión de la voluntad de aceptar todas y cada una de las cosas que Dios quiere de nosotros y de realizar con amor todo lo que nos sale al paso: deberes, reglas, prescripciones; esa costumbre de pronunciar siempre y en cualquier momento y hasta las últimas consecuencias, a pesar de las molestias y sacrifios que se nos exijan, la palabra del amor: «Sí, Padre, porque así te agrada» (Mt 11, 26), «santificado sea tu nombre, hágase tu voluntad». Es esa disposición constante de aceptar incluso todas las dificultades, sinsabores, humillaciones, tentaciones y pruebas, desengaños, sufrimientos, enfermedades, etcétera, y recibir como de Dios las faenas de cada día.

El fin próximo de la oración cristiana es el hábito de oración, la continua unión interior con Dios, que vive en el fondo de nuestra alma y nos atrae fuertemente hacia sí. Al orar, nos dejamos llevar por los impulsos del Espíritu Santo, permitiéndole

que lleve a cabo su maravillosa obra en nosotros. Así se acrisola en nosotros el amor, que nos une con Dios, que va transformando poco a poco nuestro modo de juzgar, pensar, querer, obrar y sentir, nuestras acciones y misiones hasta que llegue a ser puro, deiforme y santo. El fin remoto de nuestra oración es siempre la adoración y la gloria de Dios.

La oración habitual es una entrega muda, casi inaccesible a nuestra propia conciencia, constante; una disposición de entrega de nuestro corazón y nuestra voluntad a Dios y la suya, con el fin de dejarle colaborar con nosotros en el modo y medida que Él crea oportunos según su sabiduría y caridad divinas. Es la oración de la profundidad, hecha en las más radicales intimidades del alma, allí donde ésta se une por medio de la gracia santificante con el Dios trino que vive y obra en ella. Es, si queremos expresarlo en un símbolo, la brasa siempre dispuesta a echar chispas que se conviertan en llamas; la brasa está siempre allí, aunque no esté siempre produciendo hogueras.

A esta oración interior, como modo o conducta estable de unión y entrega a Dios, sirven y ayudan los actos de oración, que se mueven, por así decirlo, en la periferia y son como una oración de superficie. Viceversa, de la oración de profundidad, de la oración habitual brotan los actos de oración, que son más puros, frecuentes, perfectos y fecundos cuando el alma ha alcanzado con más seguridad el hábito de oración.

Somos realmente piadosos en la medida en que logramos este estado de unión con el Dios que vive dentro de nuestra alma. La piedad auténtica es, precisamente, ese modo estable de ser del alma que

hace que el cristiano esté dispuesto a hacer y soportar por amor a Dios todo lo que Él le pida, le exija o le imponga.

La oración habitual es la actitud fructífera con que debemos valorar todo nuestro trajín diario y su trascendencia para la gloria de Dios y nuestro propio desarrollo espiritual. Mientras mantenemos esta habitual entrega amorosa a Dios y a su voluntad, estamos orando también con nuestro trabajo, con nuestros sacrificios y nuestros sufrimientos, aunque no realicemos actos de oración y no pensemos en orar. Sólo en virtud de ese modo estable de ser del alma nos es posible el «orar sin interrupción» (1 Thess 5, 17), el «orar siempre» que nos exige el Señor (Lc 18, 1). Hay momentos en que debemos concentrar la atención en el trabajo y no podemos pensar al mismo tiempo en Dios y en las cosas divinas; esto nos ocurre continuamente a través de la jornada; pero, no obstante, en virtud de esa disposición habitual del alma, de esa unión con Dios, de ese ánimo de hacerlo y sufrirlo todo por Dios, estamos orando ininterrumpidamente.

El hábito de oración es de grandísima importancia en las dificultades internas y externas que solemos experimentar cuando oramos: cansancio, dolor de cabeza, aburrimiento, incapacidad para pensar, distracciones, sequedad, repugnancia, tedio y fastidio, y especialmente las distracciones internas que no podemos dominar y que nos acechan continuamente. En virtud de esa disposición constante de unirnos siempre, especialmente en la oración, a la voluntad de Dios, haremos oración de todos esos impedimentos que a primera vista parece que nos estorban: los convertiremos en oración, acatando

la voluntad de Dios que nos asigna esa cruz en la oración, aceptando con humildad nuestra impotencia, nuestras distracciones involuntarias, nuestras dificultades y contrariedades. Precisamente al someternos así a la voluntad de Dios, nos unimos con Él, y esto es hacer oración. Y, reconociendo humildemente todas nuestras distracciones involuntarias, nuestra impotencia, nuestras dificultades y nuestros fallos, al dar nuestro sí a la voluntad de Dios, unimos con ella, no precisamente nuestra inteligencia, sino, más profundamente, nuestra propia voluntad, y esto es orar.

En fuerza de nuestra oración interior, debemos hacer lo posible para prevenir las distracciones y, cuando las descubrimos, deberemos reconcentrarnos de nuevo. Pero cuando, contra nuestra voluntad, no logremos librarnos ni protegernos contra las tentaciones, no es necesario que nos desanimemos o nos entristezcamos por ello, como si no hubiéramos orado rectamente: basta con que expresemos nuestro sí a la cruz de las distracciones y de nuestra incapacidad uniéndonos a la voluntad de Dios, y esta unión amorosa, este sí de nuestra voluntad, será ya una auténtica, fecunda y santa oración. Que también sobre la oración reina la ley que es base de toda vida cristiana aquí en la tierra, la ley de saber llevar la cruz. Sometámonos humildemente a esta ley. Siempre que existe esta voluntad constante, firme y sincera de unirnos en la oración totalmente a la voluntad de Dios, es decir, siempre que realmente queremos orar, oramos bien, a pesar de todas las distracciones involuntarias y de nuestra incapacidad.

Es un sentimiento altamente consolador que nuestra impotencia humana y nuestras frecuentes

distracciones no perjudiquen en modo alguno a nuestra oración, mientras vive en nosotros esa postura de entrega a la voluntad de Dios y a sus designios. Un acto de oración que brota de esta postura de voluntad, es siempre una oración perfecta, pues ella, ese sentimiento de confiada entrega a la voluntad de Dios, es precisamente la «oración esencial». Que a esto se una o no la llamada devoción accidental o sensible, el intenso vibrar de nuestra afectividad, es de poca importancia. Lo único decisivo y fundamental es la postura habitual de entrega de nuestra voluntad: ella constituye la esencia de la oración. Esta misma disposición total interna guía a la vez nuestro espíritu hacia Dios siempre con mayor atención, y esto en mayor grado a medida que vamos formando en nosotros más perfecta entrega interior. Mientras tanto, sin embargo, debemos hacer todo lo posible para evitar las distracciones y hacer más desembarazado el camino de la oración, sin olvidar que nunca nos veremos libres de la cruz de las distracciones.

Las distracciones se insinúan furtivamente en nuestra oración sin que lo notemos y contra nuestra positiva voluntad. ¿Perderá por eso el valor y la fecundidad? Nada en absoluto. La voluntad permanece unida a Dios, aun durante las distracciones involuntarias. Hay que abrazar la cruz de las distracciones con amor, entregados totalmente a la santa voluntad de Dios. Así la distracción no nos habrá separado de Él, sino que nos habrá unido más estrechamente. A pesar de la distracción, de la aridez y del vacío interior, nuestra oración no habrá perdido su valor: nos habrá hecho más humildes y se habrá convertido en ayuda para nosotros.

Debe quedar bien claro que, para nosotros, la esencia de la oración reside en esa postura de unión de nuestra voluntad con la santa voluntad de Dios. Quede también bien claro que podemos orar perfectamente y con fecundidad, a pesar de todas las dificultades, debilidades y distracciones involuntarias. Oramos tanto cuanto nuestra voluntad busca en la oración a Dios, sólo a Dios y su voluntad.

Oramos a Cristo con el mismo sentido que a Dios Padre, al Espíritu Santo o a toda la santísima Trinidad, pues Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre, es, por ser verdadero Dios, objeto de la misma adoración que el Padre. La esencia de la oración a Cristo es adoración, entrega amorosa a sus preceptos, a sus mandamientos, a su santa voluntad. Nos entregamos al Padre con Cristo y por medio de Él. Cristo nuestro Señor acepta la oración que le dirigimos y la presenta al Padre. Así, nuestra oración a Cristo es una oración dirigida al Padre en Él, con Él y por Él.

Nuestra oración a los santos es un acto de voluntad que admite y reconoce las grandezas, las gracias, las virtudes, la santidad, el poder de intercesión de los santos, pero pasa por ellos hasta Dios y Cristo para darle gracias, alabarle, glorificarle y amarle en y por sus santos, con sus corazones, su amor y su entrega. Aunque acudimos con confianza y amor filiales a nuestra madre celestial y nos entregamos a ella y deseamos permanecer junto a ella, sabemos claramente que no puede ni quiere ser para nosotros el último término o el último grado: al contrario, como madre nos lleva siempre a su Hijo, y con Él y por Él al Padre, para que ella sostenga con amor y fidelidad maternales nuestro amor y nuestra ado-

ración, nuestra entrega amorosa, nuestra alabanza, nuestra acción de gracias, nuestra petición, y los presente a Dios.

*

¡Si conocieseis «el don de Dios» (Ioh 4, 10): la gracia, la sublimidad, el poder de la oración cristiana!

Nuestra oración cristiana encierra y posee un valor y una fuerza que sobrepasa en mucho todas las demás fuerzas humanas y todas las grandezas naturales. ¿Qué pueden significar, frente al poder de la oración cristiana, de la oración hecha o presentada al Padre por Cristo, todo el saber, todo el poder de los hombres? ¿Qué puede significar el mismo poder de Satanás y de todo el infierno? «¡Si conocieras el don de Dios!»

¿No hemos de valorar, por lo tanto, mucho más aún nuestra oración cristiana? ¿No hemos de confiar mucho más aún en nuestra oración y confiar más en su poder? Cristo, el gran orante, ora con nosotros y nos hace partícipes de la dignidad y eficacia de su oración. ¡Tal es nuestra fe y nuestra confianza!

XIV

LA SANTA MISA

«Me acercaré al altar de Dios.»

Ps 42, 4

Ideal del sacrificio eucarístico

Centro y compendio de la vida y la piedad cristianas es la celebración o, mejor dicho, la concelebración del sacrificio eucarístico, que «el sumo sacerdote, Jesucristo, instituyó y es renovado en la Iglesia constantemente por sus ministros» (enc. *Mediator Dei*, n.° 84 [1]).

Es, pues, importantísimo que todo cristiano tenga una idea justa del santo sacrificio y de su colaboración en él.

Hubo tiempo en que, si dejamos a un lado los círculos de los teólogos especializados, se creyó vulgarmente que la santa misa no tenía ya una significación litúrgica. Todas las ceremonias y detalles de su celebración se explicaban más bien alegóricamente: cada una se tomaba como escena cualquiera de la vida y de la pasión de Cristo. La santa misa

[1] Los números que se citan en el texto corresponden a la edición española de Ediciones «Sígueme» (Salamanca, 1948).

vino a ser una figuración retrospectiva e histórica de los misterios de la vida y la muerte de Jesús. Esta interpretación alegórica dominó como idea popular de la misa todo el período comprendido entre el siglo IX y principios del XVI. Es en este tiempo cuando se recapacita en la explicación profunda de la misa ante la urgencia de consideraciones teológico-dogmáticas, y viene a considerarse como el sacrificio de alabanza y de acción de gracias de la Iglesia, es decir, de la comunidad celebrante. La lucha de la Iglesia contra el protestantismo lleva consigo el que, después del Concilio de Trento (1545-1563), se haya hecho hincapié en el sacrificio y en el carácter sacrificial de la muerte de Cristo, así como en el de la misa como sacrificio de expiación. Poco a poco se fue superando la estrechez de miras en el modo de considerar la misa, especialmente en los últimos años, gracias al llamado movimiento de renovación litúrgica de nuestro siglo y la encíclica *Mediator Dei* de S. S. Pío XII.

¿Qué pretende la celebración de la misa?

Quiere hacernos practicar ese acto de entrega, acatamiento, homenaje y adoración al Dios Trino y Uno que Cristo nuestro Señor realizó ante el Padre durante toda su vida terrena y particularmente en su muerte en la cruz, en forma de sacrificio, del único perfecto sacrificio. El Señor nos incluye en este acto suyo de adoración y de entrega a Dios, para que tributemos con Él y por Él a la santísima Trinidad el obsequio, homenaje y entrega de que sólo Él es capaz: obsequio, homenaje y entrega, adoración y glorificación tales que excedan infinitamente cualquier acto semejante que por nuestra propia cuenta podamos realizar. Es una gracia inestimable

la que nos ha sido regalada al ser convidados a la concelebración de la santa misa.

El santo sacrificio es la conmemoración de la pasión y muerte del Señor. «Cuantas veces comáis este pan y bebáis este cáliz, anunciad la muerte del Señor hasta que Él venga» (1 Cor 11, 26).

En el centro de la institución por el Señor en la última cena se hallan los sufrimientos de su muerte, cuyo recuerdo debe ser mantenido constantemente en la Iglesia por medio del sacrificio eucarístico y como realizado ante nuestros ojos por Él. De este modo cada misa nos transporta a la cruz en la que nuestro Señor y Salvador se entregó con muerte cruenta por nosotros, personalmente por cada uno de nosotros.

«Éste es mi cuerpo, que es entregado por vosotros. Haced esto en memoria mía. Y asimismo el cáliz, después de haber cenado, diciendo: Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros» (Lc 22, 19-20).

En la celebración de la santa misa hacemos revivir el recuerdo de tantas atrocidades como el Hijo de Dios hecho hombre soportó interior y exteriormente, en el alma y en el cuerpo, especialmente al ser clavado cruelmente en la cruz y quedar colgado de ella durante tres horas en la agonía más amarga.

Contemplando su pasión y muerte reconocemos en Él la expresión y confirmación de su entrega amorosa al Padre y de su perfectísima obediencia: «Se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz» (Phil 2, 8); reconocemos la manifestación de su amor por nosotros, por cada uno de nosotros en particular, que supera todos nuestros cálculos y todas nuestras medidas: ese amor sublime que le hizo entregarse por nosotros —por mí— para expiar en

nuestro lugar, para alcanzarnos el perdón de los pecados y hacernos hijos de Dios, objeto del amor del Padre. «Cristo me amó y se entregó por mí» (Gal 2, 20). Al considerar en la celebración de la santa misa su pasión y su muerte, reconocemos que la salvación nos ha venido por la muerte de Cristo en la cruz: por ella se nos han abierto los cielos y la eterna participación de la vida y de los bienes divinos. En la concelebración del santo sacrificio contemplamos el acto de adoración, de homenaje supremo, de maravillosa glorificación del Trino rendido por el Hijo de Dios hecho hombre: tan excelsos, que sólo son dignos de Él; tan exhaustivos, que toda otra adoración, glorificación u homenaje a Dios ha de unirse a ellos, si es que quieren ser atendidos. Porque «en Él, con Él y por Él es dado a Dios Padre todopoderoso, en unidad del Espíritu Santo, todo honor y gloria por los siglos de los siglos» (canon de la misa).

Con la memoria de la pasión y muerte de Cristo está estrechamente enlazada, según el espíritu de la liturgia, la de su resurrección y ascensión gloriosas, que se fundan en su pasión y en su muerte y forman con éstas un todo compacto. Mas la celebración eucarística subraya especialmente la muerte en cruz del Señor, ya que en ella Cristo es significado y representado en estado de víctima» *(Mediator Dei,* 89) y «las especies eucarísticas (pan y vino) simbolizan la cruenta separación del cuerpo y de la sangre» (ibid.).

La celebración eucarística, que se desarrolla en el altar, es todavía más: es *un sacrificio,* es ofrenda de un sacrificio. El Señor ofreció por primera vez este sacrificio en la última cena en Jerusalén y encargó su celebración a la Iglesia, diciendo: «Haced

esto en memoria mía» (Mc 14, 22-24; 1 Cor 11, 24, 25). El Concilio de Trento explica y acentúa, frente a la herejía de los protestantes, el carácter sacrificial de la misa: «Cristo, sacerdote eterno según el orden de Melquisedec (Ps 109, 4), quiso dejar en su última cena a su amada esposa la Iglesia un sacrificio visible. Por esto debía conservarse el recuerdo del sacrificio cruento realizado en la cruz hasta el fin de los tiempos y convertírsenos en poder salvífico para el perdón de los pecados que diariamente cometemos. Cristo ofreció a Dios Padre su cuerpo y su sangre bajo las especies de pan y de vino» (sess. 2, cap. 1).

«El augusto sacrificio del altar no es, pues, una mera y simple conmemoración de la pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo, sino que es un sacrificio propiamente dicho, en el cual, inmolándose incruentamente el sumo sacerdote, hace lo que entonces en la cruz, ofreciéndose enteramente al Padre como víctima gratísima» (enc. *Mediator Dei,* núm. 67). Naturalmente, no derrama ya su sangre, ni sufre como en la cruz, pero «la sabiduría divina ha encontrado un medio admirable para hacer manifiesto el sacrificio de Cristo por signos externos que son símbolos de su muerte», ya que «las especies eucarísticas, bajo las cuales está presente, simbolizan la cruenta separación del cuerpo y de la sangre. Así la demostración de su muerte real en el Calvario se repite en todos los sacrificios del altar, porque por medio de símbolos distintos se significa y demuestra que Jesucristo está en estado de víctima» *(Mediator Dei,* 89).

La celebración del sacrificio eucarístico es el ofrecimiento de un sacrificio en el que Cristo realiza

misteriosamente por su inmolación incruenta lo mismo que en la cruz: se ofrece a sí mismo al Padre como víctima agradable a sus ojos. Así, pues, el sacrificio de la santa misa es el sacrificio de la propia ofrenda, el *auto-sacrificio de Cristo:* el mismo Señor es la víctima que es ofrecida a Dios en la santa misa; sólo ella puede satisfacer al santo Dios. Sobre el altar consagra Jesús a su Padre toda su vida, su sangre, su corazón, con todos sus sentimientos de obsequio y amor, adoración y alabanza, con el fin de pedir todo lo que ha orado desde el primer momento de su entrada en este mundo, todo lo que ha trabajado y sufrido: Cristo es la víctima y la hostia «pura, santa, inmaculada», en la que «el Padre tiene sus complacencias».

El sumo sacerdote que ofrece el sacrificio es también «el mismo sacerdote que se inmoló a sí mismo en otro tiempo sobre la cruz» (Conc. de Trento): Cristo celebra en el altar su santo sacrificio con manos limpias y corazón puro. El hombre que ejerce como sacerdote es sólo su instrumento, su órgano; Cristo ofrece por medio de él, y es el verdadero sacerdote en el altar. Él está presente bajo las especies consagradas de pan y de vino y «se ofrece al Padre como en la cruz, si bien no en forma cruenta. En las especies consagradas de pan y de vino, por las que está representado en estado de víctima» *(Mediator Dei,* 89), expresa a su Padre la total entrega que le indujo a aceptar la cruz y que mantiene siempre.

En estos principios se basa la dignidad excelsa de la santa misa: es un único y mismo sacrificio con el de Cristo en la cruz, un obsequio de infinito valor para el Padre. Por eso el valor de la santa misa, en cuanto que es sacrificio que Cristo hace de sí mismo al Padre, es ilimitado e infinito en cuanto a adoración, glorificación, acción de gracias, expiación y petición dignas de Dios. Al participar en la celebración de la santa misa, podemos y debemos satisfacer nuestro ardiente deseo de adorar, glorificar, alabar, dar gracias y expiar y entregarnos a Dios con todo nuestro amor; lo podemos porque «en Él, con Él y por Él (con Cristo) le es dado todo honor y gloria» (canon de la misa).

El sacrificio de la misa es también el *sacrificio de la Iglesia.*

Cristo no conoce sólo el sacrificio eucarístico, sino que lo ofrece como cabeza de su Iglesia, en la unión más íntima y vital con ella. Todos los que son miembros de la Iglesia, en el cielo, en la tierra, e incluso las almas del purgatorio, se reúnen en torno al sumo sacerdote, Cristo, y ofrecen juntos el sacrificio en el que Él se entrega al Padre. Por medio del sacerdote celebrante es toda la Iglesia la que eleva el cuerpo y la sangre de Cristo vícitma. «Nosotros, tus siervos (los sacerdotes), y tu pueblo santo (la Iglesia) ofrecemos a tu excelsa majestad una hostia santa, pura, inmaculada» (oración después de la consagración). Todos podemos y debemos unirnos íntimamente con Cristo, sumo sacerdote, y «ofrecer el sacrificio con Él y por Él, santificándonos con Él» *(Mediator Dei,* 79). Al inmolarse Cristo, se inmola la Iglesia, se inmolan todos los que concelebran el santo sacrificio de la misa: quedamos todos juntamente sacrificados e inmolados a Dios. La Iglesia entera se inmola como víctima en el cielo y en la tierra juntamente con Cristo, a quien sacrifica en la santa misa, y el sacrificio de Cristo en la cruz

se convierte en el sacrificio de la Iglesia, en nuestro propio sacrificio.

En la concelebración de la santa misa nos incluimos y nos acogemos al sacrificio que Cristo ofreció en la cruz para consacrificarnos y «concrucificarnos» con Él. «La celebración de la santa misa tiende a reproducir en nosotros, por medio del misterio de la cruz, la imagen del divino Salvador, según la palabra del Apóstol: "Estoy crucificado con Cristo. Vivo yo, mas ya no soy yo: es Cristo quien vive en mí" (Gal 2, 20), y así nos convertimos en víctimas para la mayor glorificación de Dios Padre» (*Mediator Dei*, 125). «Es, pues, absolutamente necesario que entremos en íntimo contacto con el sumo sacerdote, ofreciendo con Él y por Él, santificándonos con Él» (ibid. 79).

El profundo sentido y la más íntima significación de la celebración eucarística es, pues, que, en la santa misa, la Iglesia y nosotros mismos nos ofrecemos como víctimas con Cristo crucificado, en santa unidad de sacrificio, en un mismo espíritu, en una misma voluntad y un mismo acto. Mas sólo podremos participar en el sacrificio de Cristo en cuanto aceptemos y preservemos en nosotros su espíritu sacrificial, su espíritu de obediencia a los deseos de Dios, de humildad, de entrega ilimitada al Padre, de adoración, de glorificación, su amor vehemente y sacrificado a las almas, su odio a todo pecado, su determinación y disposición constante de expiación, mortificación y penitencia. Sólo así nos es posible manifestar a la excelsa majestad del Dios Trino el tributo de una adoración digna de Él y hacernos participantes en las gracias de la redención.

La condición esencial para que podamos ofrecer

justamente la víctima, que es Cristo, en la concelebración de la santa misa, es que nos ofrezcamos nosotros mismos y nos hagamos una sola e idéntica víctima ofrecida con Cristo al Padre, y con el mismo espíritu con que Él se ofreció en la cruz y ahora se ofrece continuamente en el altar: esto es lo decisivo. Concelebrar la santa misa significa y exige algo más que el mero reflexionar piadosamente sobre los textos del misal y sobre las ceremonias y símbolos sagrados; significa y exige algo más que deleitarse en la contemplación de las majestuosas funciones litúrgicas, en el profundo canto coral o en las armonías del órgano.

Hay que ofrecerse con Cristo en muerte mística interior, tal real como misteriosa, a semejanza de lo que sucede en la transustanciación de las especies del pan y del vino del sacrificio: son consagrados, dejando de ser lo que antes eran; mueren, por así decirlo, y se convierten en algo nuevo: el cuerpo y la sangre de Cristo. Algo semejante debe ocurrir en nosotros siempre que asistimos al santo sacrificio de la misa: el pan y el vino son nuestro ejemplo: debemos, como ellos, dejar de ser el hombre de ayer —el hombre de la infidelidad, de la falta de autodominio, el hombre que rehúye el sacrificio, el hombre de deseos desordenados, pasiones, inclinaciones y hábitos perversos, el hombre de los apegos absurdos, de la preocupación desmedida por lo terreno, del amor propio desordenado y del egoísmo—. Queremos y debemos ser víctimas ofrecidas, consagradas a Dios, convirtiéndonos a Él con todo nuestro modo de pensar, sentir y aspirar, en unión con el sentido sacrificial de Cristo y de su entrega total y amorosa como víctima.

Demos gracias a Dios por disponer de un sacrificio «puro, santo, inmaculado». Démosle gracias porque podemos ofrecerle diariamente esta víctima infinitamente excelsa: el cuerpo y la sangre de Jesucristo. Con esta víctima tributamos a Dios una glorificación, homenaje, adoración y alabanza realmente dignas de Él.

Salgamos de la santa misa con la consciente convicción de que hemos sido ofrecidos e inmolados con Cristo a Dios. Animados por esta conciencia, vayamos al encuentro de las ocupaciones diarias y demostremos en la vida práctica, en el trato con los hombres, en las obligaciones profesionales, que hemos adquirido en la concelebración de la santa misa fuerzas y arrojo para ser más mortificados, más pacientes, más entregados al trabajo y al amor. Nuestro sacrificio no se limita al corto tiempo de la celebración de la santa misa, sino que debe durar todo el día. La santa misa sigue obrando: encuentra su mejor expresión práctica en la alegre y amorosa aceptación de todos los sacrificios y preocupaciones que el Señor querrá enviarnos durante el día.

XV

LA SANTA MISA

Continuación

«Me acercaré al altar de Dios.»

Ps 14, 4

La realización de la idea de sacrificio en nuestra asistencia a la santa misa

Si la misa es el sacrificio de Cristo, de la Iglesia y el nuestro propio, el sacrificio en el que ofrecemos a Cristo y a nosotros mismos al Padre, surge una pregunta importantísima: ¿cómo hay que asistir a la santa misa? Porque de la recta inteligencia del santo sacrificio dependen nuestra oración y nuestra vida cristiana: la misa es realmente el centro y vértice de la piedad cristiana.

Muchos no saben qué deben hacer mientras se celebra la santa misa; intentan entonces ocupar el tiempo en alguna «devoción» o en determinadas «oraciones»: hacen la meditación, algunos sacerdotes rezan el breviario, otras personas emplean el tiempo en otras cosas. Y no se dan cuenta de que, como bautizados, son llamados a concelebrar la santa misa: ofrecer a Cristo y en Él y con Él a nosotros mismos al Padre, entregarnos con Él a Dios.

El gran mérito de la llamada renovación litúrgica de este siglo consiste en que desde el principio tomó como objetivo principal de su aspiración el fomento y la comprensión profunda de la celebración del sacrificio eucarístico, ya que no podía olvidar que «el misterio de la santísima eucaristía, instituida por el sumo sacerdote, Jesucristo, y renovada constantemente por sus ministros, en fuerza de su propia voluntad, es como el compendio y el centro de la vida cristiana» (*Mediator Dei,* 84).

De esto se deduce que para nosotros, los cristianos, tiene una importancia decisiva que aprendamos el modo de asistir y concelebrar debidamente el santo sacrificio, lo cual lograremos solamente cuando nos asimilemos el espíritu de sacrificio con el que el Señor se ofrece en la cruz y nos dejemos penetrar por él enteramente. Asistimos a la santa misa para ofrecer a Cristo al Padre, y con Él y por Él ofrecernos nosotros mismos, de forma que «nos convertimos en víctimas juntamente con Cristo» (*Mediator Dei,* 125). Para lo cual es necesario que «tengamos los mismos sentimientos que tenía Cristo Jesús y que reproduzcamos en nosotros mismos, en cuanto lo permite la naturaleza humana, el mismo estado de ánimo que tenía el Redentor cuando hacía el sacrificio de sí mismo» en la cruz (ibid. 101).

¿Cómo podremos asimilarnos este espíritu sacrificial de Cristo y reproducir sus mismas disposiciones sacrificiales de la cruz? Sólo si tomamos, de corazón, parte, interna y externamente, en la acción que se verifica en el altar.

La *participación externa* puede realizarse de diversas maneras. Bien estará siempre que usemos el misal y nos unamos de este modo a las oraciones

y sentimientos de la Iglesia; que tomemos parte en la llamada misa de comunidad, o en misas dialogadas, cantadas, etc. Mas estas formas de participación externa nunca son esenciales: lo esencial consiste fundamentalmente en que asistamos a la santa misa con la íntima intención de ofrecernos y de inmolarnos con Cristo, que ésta es la manera más perfecta de «concelebrar» la santa misa.

Así pues, decisiva es, ante todo, la participación interior en el santo sacrificio.

Esta *participación interior* no requiere esencialmente la penetración del sentido de los textos litúrgicos, símbolos o ceremonias, o el entender perfectamente las fases de evolución del año litúrgico y el proceso de formación de las fiestas particulares o de los ciclos festivos; ni siquiera requiere la meditación de los pensamientos propios de la fiesta contenidos en las oraciones, epístola, evangelio y otros fragmentos bíblicos propios del día. Todos estos conocimientos son muy buenos, sin duda alguna, y conviene que se posean del mejor modo posible; mas nunca forman lo que podemos llamar la alta ciencia de la participación interior y de la asistencia espiritual de la santa misa.

La participación interior es, esencialmente, cuestión de voluntad: de una disposición y estado de ánimo sacrificiales, mayores cada día, de un propósito de la voluntad cada día más decidido y fortificado, más determinado a la perfecta entrega en manos de Dios, a su adoración y su servivio, al cumplimiento de sus mandamientos y de su voluntad, al humilde y amoroso abandono en los brazos de la providencia divina con todo lo que ella, para nosotros, disponga y permita.

Ésta es la gran tarea a la que nos obliga la asistencia al santo sacrificio. De que nos empeñemos seriamente en calcar cada vez más profundamente en nosotros el espíritu sacrificial que vemos en Cristo crucificado y en avivar ese mismo espíritu durante la celebración de la santa misa, depende nuestra posibilidad de participar debida y respetuosamente en ella: para mayor bien nuestro y mayor gloria de Dios. En esta penosa y constante tarea consiste, en cierto modo, la única preparación remota aceptable, habitual en nosotros, que nos dispone a la asistencia interior a la santa misa: una preparación que comprende toda nuestra vida, con sus preocupaciones, sacrificios, luchas y dificultades.

Pero esta preparación, que debe preceder nuestra asistencia al santo sacrificio, debe ser vivificada continuamente en la misma asistencia. A este fin debemos ordenar lo que se llama «misa de los catecúmenos» o *pre-misa,* con sus oraciones y lecturas, en la que ocupa un lugar preeminente la recitación de algunas oraciones y de la confesión de las culpas para obtener la total remisión de los pecados. Siguen luego nueve exclamaciones de misericordia a Cristo en el «Kyrie eleison» y la oración de la Iglesia.

Nuestro espíritu de oblación tiene aún mejor ocasión para ser reanimado en el *ofertorio,* en el que reproducimos espiritualmente lo que los fieles de los primeros siglos realizaban visiblemente acercándose al altar y depositando allí sus ofrendas: vino, pan, dinero, víveres, etc., como expresión de su común voluntad sacrificial. También nosotros reproducimos esta escena espiritualmente y deponemos nuestros dones en el altar: nuestro corazón,

nuestro yo, nuestro arrepentimiento, nuestro estado de ánimo, nuestro ardiente deseo de vivir en el Señor, de darle hoy todo, de aceptarlo todo de buena voluntad y dejarnos guiar humildemente en todo por la suya. Somos «la gota de agua» que el sacerdote vierte en el cáliz, identificándonos con la víctima, que es Cristo. Los religiosos deben renovar el sacrificio total de sí mismos que hicieron en la hora de gracia de su profesión, y deben confirmarlo con nuevo ardor, con nueva determinación de unirse al sacrificio de Cristo sobre la cruz y el altar.

El canto del *prefacio* nos une al coro exultante y bullicioso de los ángeles, cantando con ellos el «santo, santo, santo». Nos ponemos a continuación en comunión con los santos y bienaventurados del cielo, y así, «estando en comunión», nos preparamos a asimilar la voluntad de sacrificio que se palpa en el sagrado momento de la consagración. Como en otro tiempo sobre la víctima de Salomón se abrió el cielo y descendió fuego que consumió sus dones, así también se abren los cielos sobre los nuestros de pan y de vino, desciende un fuego santo que se posesiona de ellos, los transforma y los presenta ante el trono de Dios. Este fuego del cielo es el mismo Cristo, nuestro Señor, sumo sacerdote y víctima al mismo tiempo.

En el momento de la *consagración* se realiza «la inmolación incruenta por medio de la cual, una vez pronunciadas las palabras de la consagración, Cristo se hace presente en el altar en estado de víctima. Con lo cual, al poner sobre el altar la víctima divina, el sacerdote la presenta al Padre como oblación a su gloria» (*Mediator Dei,* 112-113). Uniéndonos al sacerdote celebrante, ofrecemos al Padre a Cristo,

nuestra víctima, la misma víctima que se ofreció en la cruz; a su sacratísimo corazón, con todo su amor, su entrega, su veneración, su alabanza, su acción de gracias, sus méritos y satisfacciones, su intercesión para lograrnos el perdón y la gracia. «En memoria de la sagrada pasión, de la resurrección de entre los muertos y de la gloriosa ascensión de tu Hijo, nuestro Señor Jesucristo, ofrecemos a tu excelsa majestad una hostia pura, santa e inmaculada: el pan santo de la vida eterna y el cáliz de perpetua salud», es decir, a Cristo, que está presente, como sumo sacerdote y como víctima, sobre el altar en el mismo estado de inmolación en que en otro tiempo estuvo una sola vez sobre la cruz.

Ofrecemos al Padre esta víctima santa *como un don nuestro,* como una propiedad nuestra, como un perfecto complemento de nuestras obras y nuestra oración, de nuestro amor y de nuestro sufrimiento, de suyo insuficientes, como una oración y una acción de gracias, una satisfacción, adoración y glorificación nuestras. Pronunciamos en estos sagrados momentos un doble «sí» de nuestra voluntad.

En primer lugar, el «sí» agradecido a lo que se verifica misteriosamente en el altar: Cristo se ofrece como lo hizo en la cruz; el «sí» alegre a todo lo que Él incluye en este ofrecimiento, valorado y encerrado en su sacratísimo corazón: su entrega generosa, su amor, su oración, su acción de gracias, su alabanza, satisfacción y expiación por nuestros pecados, sus méritos para lograrnos fuerza y gracia para nosotros y para todos nuestros seres queridos; el «sí» agradecido, porque podemos ofrecer al Padre el santísimo corazón de Cristo con todas sus infinitas riquezas y así suplir nuestra pobreza. «Bendito

el que ha venido (en la consagración) en el nombre del Señor. *Hosanna in excelsis*».

Y un segundo «sí», el de nuestra voluntad de ser inmolados: queremos vernos elevados sobre lo terreno y lo caduco en estos santos momentos; queremos ofrecernos a Dios y ser cosa suya, que lo vivamos total y absolutamente, no según nuestra propia voluntad y nuestro sacrificio, sino en unión con la disposición sacrificial de nuestro Señor y Salvador en la cruz. Lo que hacemos de forma incruenta en la concelebración litúrgica de la santa misa, hay que realizarlo de forma cruenta; en una auténtica inmolación, a través de toda la jornada, con un «sí» serio y eficaz a las palabras del Señor: «El que quiera ser mi discípulo, niéguese a sí mismo y tome su cruz y sígame» (Mt 16, 24).

En la asistencia a la santa misa se trata de algo profundamente serio: de los fundamentos de la existencia cristiana, de un interno con-morir misterioso, más eficaz, con el Señor crucificado. Se trata de que con una entrega total elijamos de nuevo cada día el camino de la cruz y pronunciemos un desinteresado «sí» a las fatigas, sufrimientos y amarguras que nos imponen el día de hoy y la preocupación por el futuro, con sentimientos de humilde y universal obediencia, idénticos a los de Cristo crucificado: «Tened los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús» (Phil 2, 5). Convertidos en víctimas, junto a Cristo clavado en cruz, digamos también con Él: «Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió» (Ioh 4, 24), pues «ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí» (Gal 2, 20). Este «sí» es incluido en la recitación del padrenuestro, que expresamos en la más íntima unión de espíritu, corazón y volun-

tad con el Señor, quien lo reza en este momento con nosotros y con toda la Iglesia celestial y terrena.

La santa comunión pertenece a la integridad del santo sacrificio. La concelebración de la misa está vinculada a la «sagrada cena del Señor» (1 Cor 11, 20), «en la que comemos el pan del Señor y bebemos su cáliz» (1 Cor 11, 22). Es el banquete en que «anunciamos la muerte del Señor» (1 Cor 11, 26) y en el que se reúne la comunidad que lo celebra. La comunión de los santos con el Señor y entre sí tiene que encarnarse y profundizarse en este banquete. Puesto que el banquete eucarístico pertenece a la integridad del santo sacrificio, el que concelebra el sacrificio debe también tomar parte en la mesa del Señor, debe comulgar.

En la sagrada comunión viene a nuestra alma Cristo en persona, Cristo víctima; la llena y penetra de su voluntad y espíritu de sacrificio y de entrega al Padre, fortaleciéndonos para la dura realidad de la jornada y para la inmolación cruenta que cada día se exige de nosotros, y que la inmolación litúrgica, y como tal incruenta, de nosotros en la santa misa, deberá manifestarse en la vida práctica en nuestro trabajo profesional, en nuestras relaciones, en nuestra actitud, digna de quien se ha convertido en víctima agradable a Dios en el santo sacrificio del altar, junto con Cristo crucificado. La exclamación del diácono o del sacerdote en las misas sencillas, *Ite Missa est,* significa algo más que un simple «podéis' marcharos» : representa un encargo y una recomendación : la misión de entrar en el trabajo o la ocupación diarios con ánimo de total entrega a Dios y a su voluntad, sus mandamientos, designios y disposiciones.

Es particular designio del Señor, que se ha inmolado con infinito amor por nosotros, los hombres, en la cruz, el derramar en nuestra alma, mediante la sagrada comunión, el resplandor y la fuerza de su caridad, y hacer que nos juntemos los cristianos en santa comunión de mesa y vida, como hermanos y hermanas, en unidad interna e indivisible, formando un solo cuerpo y una sola alma. De este modo la comunión es cada día para nosotros una invitación a la caridad como la pide el Apóstol : «La caridad es paciente, es benigna; no es envidiosa, no es jactanciosa, no se hincha; no es descortés, no es interesada, no se irrita, no piensa mal; no se alegra de la injusticia, se complace en la verdad; todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera» (1 Cor 13, 4-7); una invitación a la caridad, de la que dice el Señor : «Éste es mi precepto : que os améis unos a otros, como yo os he amado. Yo os he elegido y os he destinado para que vayáis y deis fruto» (Ioh 15, 12-16); el fruto de la caridad cristiana que se olvida de sí, que sirve, que ayuda. Sólo con la fuerza de su amor, que nos comunica en la comunión, podemos cumplir este precepto.

La sagrada comunión debe servir también para que nos identifiquemos cada día más profundamente con el Señor, ofrecido en la cruz y en el santo sacrificio de la misa. «Tened los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús, quien, existiendo en la forma de Dios, no reputó codiciable tesoro mantenerse igual a Dios, antes se anonadó, tomando la forma de siervo y haciéndose semejante a los hombres, y en la condición de hombre se humilló, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Phil 2, 5-8). Pío XII explica así esta expresión del

Apóstol: «exige de todos los cristianos que reproduzcan en sí mismos, en cuanto lo permite la naturaleza humana, el mismo estado de ánimo que tenía el Redentor cuando hacía el sacrificio de sí mismo: la humilde sumisión de espíritu, la adoración, el honor y la alabanza, y la acción de gracias a la divina majestad de Dios; exige, además, que reproduzcan en sí mismos las condiciones de víctima: la abnegación propia, según los preceptos del Evangelio, el voluntario y espontáneo ejercicio de la penitencia, el dolor y la expiación de los propios pecados. Exige, en una palabra, nuestra muerte mística en la cruz con Cristo, de tal forma que podamos decir con san Pablo: «Estoy crucificado con Cristo» (*Mediator Dei,* 101).

De este modo, la recepción de la sagrada comunión prolonga la parte precedente del santo sacrificio: se trata, en todo caso, de la última esencia de nuestro ser de cristianos, que es la unión con Cristo y la semejanza con su muerte (Rom 6, 8). Un cristianismo que no exige sacrificio y no se acerca continuamente a la cruz, intentando asemejarse al Crucificado, no es auténtico cristianismo.

Terminará el sacrificio eucarístico, pero nosotros podremos hacer que perpetúe ininterrumpidamente su poder y eficacia: lo que hemos vivido en la función litúrgica deberá ser mantenido en nuestra vida y encontrar su prolongación en un sincero «sí» de la voluntad, dispuesta al sacrificio, y la realización generosa de todo lo que nos proponga el día con sus exigencias e imposiciones; un continuo ofertorio en el que vivimos durante toda la jornada nuestra asistencia a la santa misa. Así, el día viene a ser un cántico de acción de gracias, práctico y eficaz, en virtud de nuestra asistencia al santo sacrificio, y será al mismo tiempo la mejor preparación para la misa del día siguiente.

La asistencia a la santa misa, debidamente entendida, no debe quedar sin influencia sobre el conjunto de la vida cristiana. No, porque la misa es el centro de la piedad y de la vida del cristiano, que la penetra y va convirtiendo cada día más en lo que realmente es y debe ser: una vida de unión estrecha con el espíritu sacrificial de Cristo, un conmorir con Él, una auténtica imitación del Señor: «El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome su cruz y sígame. Pues el que quiera salvar su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí, la hallará» (Mt 16, 24).

¿No es realmente algo grande y sublime el poder asistir a la celebración de la santa misa siempre que queramos? ¡Cómo debemos dar gracias!

¿No es una riqueza y una gracia sin igual el que tengamos un sumo sacerdote, Cristo, y que por su bondad dispongamos de sacerdotes que tienen el poder, recibido en su ordenación, de ofrecer el santo sacrificio, y que nosotros, los cristianos, podamos concelebrar y podamos unirnos al sacrificio de Cristo? ¡Qué gratitud debemos también al sacerdote, que sube diariamente con nosotros y por nosotros al altar y nos da ocasión de poder unirnos al sacrificio del Señor y de su Iglesia, ofreciendo así al Dios santo una adoración, una acción de gracias y una gloria dignas de Él!

XVI

LA VIDA INTERIOR

«Orad sin interrupción.»
1 Thess 5, 17; Lc 18, 1

En la epístola a los Colosenses describe san Pablo la vida del cristiano como debería realizarse todos los días: «Buscad las cosas de allá arriba, donde Cristo está sentado a la diestra del Padre. Porque estáis muertos (según el hombre viejo), y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Despojaos del hombre viejo con todas las obras y vestíos del nuevo». De un modo especial pertenece la caridad a la vida cotidiana del cristiano: «Soportaos y perdonaos mutuamente, siempre que alguno diere a otro motivo de queja. Pero, por encima de todo, vestíos de la caridad, que es vínculo de perfección. Y la paz de Cristo reine en vuestros corazones, pues a ella habéis sido llamados en un solo cuerpo. La palabra de Cristo habite en vosotros abundantemente, enseñándoos y exhortándoos unos a otros con toda sabiduría, con salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando y dando gracias a Dios en vuestros corazones. Y todo cuanto hacéis de palabra o de obra, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por Él» (Col 3, 2 ss). Y en otro sitio: «Aplicaos a la oración, velad en ella con hacimiento de gracias» (Col 4, 2). A los de Éfeso, en cambio, los exhorta así: «Aprovechad bien el tiempo, porque los días son malos. Por esto, no seáis insensatos, sino procurad entender cuál es la voluntad del Señor. Llenaos del Espíritu Santo, siempre en salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando y salmodiando al Señor en vuestros corazones, dando siempre gracias por todas las cosas a Dios Padre en nombre de nuestro Señor Jesucristo» (Eph 5, 16-20).

Un continuo dirigir a Dios nuestra mirada de reconocimiento, una postura de alegría sobrenatural en Dios, de confianza en Dios, de amorosa familiaridad con Dios: así es como, según vemos, presenta san Pablo la vida del cristiano.

1. Qué es la vida interior

Acaso no fue tan grande para los primeros cristianos como para nosotros la dificultad de convertir la vida diaria en oración y en santidad. Quizás ninguna otra época ha sentido como la nuestra el problema de santificar nuestra actividad cotidiana y transformarla en oración. Los hombres llevaban en otros tiempos una vida más tranquila y desconocían el agotador activismo de nuestros días; la tensión entre interioridad y actividad no era tan fuerte como en los tiempos actuales. Hoy nos vemos precisados a concentrar el pensamiento y el espíritu sobre el trabajo, el cumplimiento del deber o la máquina que se nos confía. Estamos a veces tan absortos en nuestra ocupación, que durante horas enteras no podemos permitir que aflore ningún otro pensamiento, y mucho menos la idea de Dios. Nos encontramos

muy lejos del ideal que nos traza san Pablo: «Cantad y salmodiad a Dios en vuestros corazones». Estamos muy lejos de la invitación que nos dirige el Señor: «Es preciso orar en todo tiempo y no desfallecer» (Lc 18, 1). De todo lo cual brota una pregunta inquietante: ¿cómo podremos conciliar la unión con Dios, esa «oración sin interrupción», piedad, o vida interior, con la vida profesional y la actividad cotidiana?

No basta, por otra parte, que consideremos la vida interior únicamente en relación con la actividad, con la actividad por antonomasia. Esto sería hacerse una idea deficiente de la vida interior. Uno que lleva una vida poco activa puede carecer más o menos de vida interior. No lleva una verdadera vida interior quien se entrega a la curiosidad y quiere saberlo, verlo y oírlo todo. Tampoco llevan una verdadera vida interior quien se ocupa sin necesidad de asuntos que no se le han encomendado; quien vive al acecho de lo que pasa a su alrededor; quien se interesa por todas las debilidades y faltas del prójimo y las comenta con otros; quien se da a toda clase de charlas y distracciones; quien se entrega con exceso a leer periódicos, escuchar la radio y es muy locuaz. Todas estas cosas no dejan tiempo y espacio a la vida interior, a la conversación con Dios.

La vida interior, la unión con Dios, no consiste simplemente en el mayor número posible de prácticas de piedad, oraciones vocales, meditaciones, lecturas piadosas, y ni siquiera en asistir lo más frecuentemente posible a las funciones religiosas. Tampoco consiste en meditar sin cesar sobre Dios y sus misterios ni en tener la idea fija de que Dios está presente y de que nos ve, nos penetra y nos sigue

siempre con su mirada. Muchos confunden la piedad, que es vida interior, con las prácticas de piedad, y se creen tanto más piadosos cuantas más de estas prácticas acumulan. ¡Como si la suma de las obras constituyera la piedad!

La verdadera interioridad cristiana o unión con Dios no es, en su fundamento y en su esencia, una actividad de la mente, sino de la voluntad. Es una actitud, un estado, una determinada disposición duradera e inmutable de amor a Dios, de confianza en Dios, de total entrega a las órdenes, deseos, preceptos y beneplácito de Dios, una permanente y delicada atención a la voz de Dios que habla en nuestro corazón bajo la forma de inspiraciones, llamadas y toques de conciencia. La vida interior es la docilidad constante de la voluntad, que se adapta a la divina voluntad y se abandona a Dios. Se funda sobre un vivo y abierto espíritu de fe, que, sin esfuerzo, casi por una buena costumbre, en todo percibe a Dios, su acción y su amor. Por esta mirada de fe el alma acepta paso a paso, sin inquietantes preocupaciones, casi por hábito, con gratitud, amor y alegría, la voluntad y las disposiciones de Dios, arrojándose confiadamente en sus brazos. Escucha la voz y la llamada de Dios en todas las cosas y sucesos, en sus obligaciones y dificultades, lo mismo que en las exigencias de la propia conciencia. Y a todo ello responde con un exultante «como tú lo quieres».

La unión con Dios consiste, pues, por nuestra parte, en una elevada disposición de amor de Dios, cimentada en un profundo espíritu de fe y de confianza en Él; en una actitud permanente del alma, una alegre prontitud de nuestra voluntad a hacer todo lo que Dios quiere y como lo quiere; una go-

zosa presteza a someternos y entregarnos sin reservas a todos los sacrificios, sufrimientos, dificultades y fracasos que Él nos manda valiéndose de las circunstancias y de los hombres.

No es que en esta «oración sin interrupción» estemos pensando continuamente en Dios, mas tampoco nos ocupamos de pensamientos inútiles o positivamente malos; no formulamos constantemente nuevas plegarias y jaculatorias, ni hacemos nuevos «actos». Lo que ante todo interesa es que nuestra voluntad y nuestro corazón estén continuamente enderezados hacia Dios en el gozoso empeño de evitar toda desviación y de cumplir su voluntad y sujetarnos a ella siempre y en todas las cosas.

La oración continua —al igual que cualquier oración verdadera— precisa, por tanto, una *renuncia total al propio yo* y a todo lo que no se ajusta a la voluntad y al beneplácito de Dios. Por más que elevemos al cielo un considerable número de jaculatorias, nunca llevaremos realmente una vida interior mientras no aseguremos sus premisas: una purificación del corazón lo más perfecta posible, una vida de mortificación real y de renuncia a todo, especialmente al amor propio, a la manifestación y exaltación de la propia personalidad y los propios criterios.

La vida interior es una disposición de amor a Dios que se asienta en lo más profundo del alma, con lo cual debemos realizar y santificar nuestro trabajo. No busquemos en él nuestra satisfacción ni la alabanza de los hombres o el éxito, sino solamente la voluntad de Dios, su interés y su honor.

Con esta disposición de amor debemos aceptar nuestra cruz diaria. Sepamos descubrir la mano de Dios, sus tolerancias y su providencia, y pronunciemos alegremente nuestro «fiat»: sometámonos a Él y mantengamos siempre nuestra adhesión, felices de que nos haya tocado en suerte cumplir su santa voluntad.

Acojamos con esta disposición de amor las innumerables pequeñas atenciones con las que el Señor nos alegra la vida de nuevo cada día. Son los pequeños «gozos» que florecen a lo largo de la vida: tanto en el orden de la naturaleza como en el de la gracia, goces en el trabajo, en el estudio, en las relaciones con las personas queridas; alegría de las flores y de los pájaros, de las muchas cosas bellas que nos ofrecen la naturaleza y la civilización. Detrás de todas ellas podemos descubrir constantemente la amorosa atención del Señor y atribuirlas a su amor con corazón agradecido. Precisamente por esta disposición de amor no nos detenemos en el placer que las cosas nos procuran. Ello lo convierte en ocasión de subir a Dios y de alzar la mirada hacia Él, de darle gracias y de amarle: nuestra felicidad se transforma en oración.

De esta orientación y de esta postura de la voluntad brotan necesariamente incontables *actos, afectos, jaculatorias,* no rebuscadas ni artificiosas, sino absolutamente espontáneas. Son como llamadas que surgen de las brasas y a la vez alimentan y mantienen en el alma el fuego del amor divino. Entonces empezamos a «orar sin interrupción» y a «cantar y salmodiar a Dios en nuestros corazones». Entonces vivimos la vida que pretende san Pablo cuando nos dice: «Aprovechad bien el tiempo, porque los días son malos: Llenaos de Espíritu Santo, siempre en salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando y salmodiando al Señor en vuestros cora-

zones, dando siempre gracias por todas las cosas a Dios Padre en nombre de nuestro Señor Jesucristo» (Eph 5, 16-20).

Aquí, en la cima de una vida, impregnada del amor puro y santo de Dios, prospera la vida interior, que se traducirá espontáneamente en nuestros rezos y jaculatorias no estudiadas ni artificiales, sino auténticas, que rebosarán vida y fervor, y casi involuntariamente nos vendrán continuamente a los labios. El trabajo, las distracciones, las contrariedades, las tentaciones, las dificultades diarias que suelen agitar y abatir a los hombres, serán para nosotros materia de oración, ocasión de levantar los ojos a Dios en actos de agradecimiento, ofrenda y amor. Viviremos verdadera y totalmente para Dios, refiriéndolo todo a Él. Habremos llegado a ser almas interiores y a «orar sin interrupción».

2. Cómo conciliar actividad y vida interior

Nuestra equivocación fundamental consiste en considerar la vida interior y la actividad exterior como dos enemigos irreconciliables. Partiendo de este error, lo que procuramos es establecer entre ellos una especie de compromiso, una tregua, asignando rigurosamente su parte a cada uno como si no debieran tener relación alguna entre sí. Sobre este supuesto, relegamos las prácticas de piedad a un determinado momento del día, aislándolas del curso de nuestra vida, y así influyen sobre ella y sobre nuestra alma solamente en ese corto rato que les dedicamos, Análogamente, a nuestro meditar y pensar en Dios lo restringimos y encerramos en estas prácticas de piedad, como en un cajón, de modo que

sólo logran evadirse de ellas en determinadas ocasiones y en contados momentos; son un acto pasajero, un breve recuerdo y una imagen momentánea, y no representan para nosotros una fuerza vital ni un principio de vida, ni una indicación que orienta definitivamente nuestra alma; no saturan nuestro entendimiento, ni acompañan nuestra acción, ni son esenciales a nuestra vida. En este sentido jamás podrán darse una vinculación y fusión orgánicas entre vida interior y actividad externa.

Una *segunda confusión:* limitamos nuestra contemplación, nuestra «oración continua» y nuestra unión con Dios, a pensar en Él y tener en Él fija la atención: a una tarea del entendimiento y de la imaginación, en lugar de considerarla primordialmente como actividad de la voluntad y, por tanto, del alma entera, es decir, como actividad que compromete a todo el hombre. La contemplación no es sólo, ni principalmente, pensar en Dios, quererlo imaginar a toda costa: es una actitud de la voluntad, es amor de Dios, es una constante disposición de amor y un continuo espíritu de oración, y es, al mismo tiempo, una demostración del amor expresada en obras perfectamente conformes a la voluntad divina y en prácticas de oración espontáneas y casi involuntarias, que son lo que llamamos jaculatorias. Oramos en cuanto amamos a Dios. Nuestra vida interior es tanto más profunda e intensa cuanto más sincero es nuestro amor a Dios y cuanto más hacemos y sufrimos por su puro amor.

¿Cómo, pues, conciliar vida interior y actividad externa?

Debemos *convertir en oración* nuestra actividad diaria, lo que lograremos, principalmente, si inicia-

mos la jornada con la santa misa y los acostumbrados rezos y oraciones, y si la interrumpimos de vez en cuando para llevar a cabo los ejercicios de piedad prescritos; lo lograremos si basamos nuestra actividad en el espíritu de oración de que antes se ha hablado, es decir, en esa permanente entrega amorosa a Dios y a su voluntad, en que consiste la oración continua y que convierte todas nuestras acciones y omisiones en oración. Este espíritu de oración implica tres cosas: En primer lugar, elimina todo lo que podría desagradar a Dios, aun la más pequeña infidelidad y las imperfecciones conscientes. En segundo lugar, nos mantiene dispuestos a hacer cuanto esté de nuestra mano para cumplir escrupulosamente el deber, todos nuestros deberes, con la máxima fidelidad y exactitud, sacrificando totalmente nuestra voluntad y nuestros gustos, prestos a aceptar todas las cosas desagradables, las dificultades, enfermedades, disgustos, etc., con una entrega incondicional a la Providencia divina, perseverando en eso con toda paciencia. Si en nuestra jornada de trabajo guardamos este propósito y esta postura de oración interior, esta intención pura, este abandono en los deseos de Dios, este espíritu de completa conformidad con la voluntad divina, entonces nuestra actividad será, sin duda alguna, una constante oración, un ininterrumpido «gloria Patri», un «santificado sea tu nombre» auténticamente vivido. Oramos en todo tiempo viendo y amando a Dios en todo.

Dichosos nosotros si aprendemos con la gracia de Dios a orar sin intermisión y a vivir realmente con Dios como hombres de vida interior. El hombre interior no vive ya en y con las cosas y las impresiones ni se desbarata ni extravía en el vaivén inquieto del trajín cotidiano. Está firmemente afincado en la santa voluntad de Dios, por encima de la contingencia y avatares de los acontecimientos, impresiones y experiencias diarios. Está más allá de las alabanzas y de las reprensiones, de las honras y de las humillaciones, dueño siempre de su vida. Vive en la voluntad de Dios, donde encuentra su paz y reposo en medio de todas las alternativas y marejadas. Vive en un santo abandono y se halla en todas las cosas a punto. Siempre está contento, porque ve a Dios en todo y sobre todo. No siente los temores y angustias que acongojan a los demás, porque su confianza en la bondad y providencia de Dios es inconmovible. La constante unión con Dios favorece incluso la armonía de la vida intelectual y corporal, preserva de agotamientos nerviosos, de la irritabilidad y de la impresionabilidad violenta, nos hace amables a quienes nos rodean, nos hace alegres y sencillos, nos hace magnánimos y generosos, libres de la estrechez de miras y de las tacañerías del corazón.

En cuanto a las solicitudes que el hombre mundano tiene sobre el bienestar, la salud, el trabajo, el honor y la estima, el éxito, el hombre interior sabe que el sentido de la vida y la verdadera dicha no están en todo eso, sino que se cifran en cosa muy distinta, en centrarse interiormente en Dios más allá del gozo y del sufrimiento tal como lo entienden los mundanos, más allá de las honras y favores humanos. El verdadero sentido y la verdadera dicha se cifran en vivir Dios, como nos lo describe la *Imitación de Cristo* en el lib. 3, cap. 31. «No hay hombre más dichoso y feliz que el hombre de vida interior».

¡Dios nos dé la gracia de llegar a serlo efectivamente!

XVII

LA SANTA VOLUNTAD DE DIOS

«Hágase tu voluntad.»

Convivir la vida de Dios. Tener un solo querer con Dios. La voluntad de Dios es divinamente santa y sabia, y nosotros seremos santos y sabios en la medida en que sepamos verter nuestra voluntad en la suya: así es, además, como vivimos la vida de Cristo, cabeza nuestra, que no conoció otra voluntad que la del Padre. Su comida es cumplir la voluntad del que le ha enviado (Ioh 4, 34); obediente a la voluntad del Padre, sale al encuentro de la cruz (Phil 2, 8). Por eso pudo promulgar esta ley: «No el que dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que cumpla la voluntad de mi Padre que está en los cielos» (Mt 7, 21).

Se nos ha fijado una meta gloriosa: compartir la vida divina en el cielo eternamente, inalienablemente, perfectamente. «¡Venga a nos tu reino!» Pero el camino que a ella conduce es la voluntad de Dios: «Hágase tu voluntad», y sólo lo recorreremos si nos sometemos amorosamente a la voluntad divina: en esto consiste prácticamente la perfección cristiana. En la conformidad con la voluntad de Dios se demuestra prácticamente el amor de Dios y de Cristo, y en la unión perfecta de nuestra voluntad

con la suya se traduce el grado de nuestra unión con Dios.

De dos modos nos da a conocer Dios su santa voluntad: por medio de lo que nos prohíbe, manda o aconseja, y valiéndose de las disposiciones de su providencia. La primera forma se llama «voluntad revelada» de Dios, y la segunda constituye su «voluntad de beneplácito».

1. La voluntad revelada de Dios

Tiene como característica la de indicar lo que Dios exige o desea de nosotros, a saber: ya de todos los hombres en general, ya de algún grupo de hombres, ya, en particular, de una persona. *En el orden natural* esta voluntad de Dios se nos revela en las exigencias de la naturaleza, del raciocinio y de la inteligencia natural, en los deberes de moralidad y de justicia con el prójimo y con la sociedad, en las exigencias de decoro y de cortesía. Sería una falsa piedad la de quien creyera poder sustraerse a las exigencias de la sana razón natural. Dios quiere ante todo que pensemos y reflexionemos según la razón, que empleemos los medios naturales para conocer su voluntad, que nos dejemos aconsejar por otros y que usemos la inteligencia: precisamente nos la ha dado Dios para que sepamos aplicar a los casos concretos de nuestra vida las exigencias de la voluntad explícita de Dios, porque en muchos casos nuestro raciocinio es para nosotros la única luz.

En el orden sobrenatural se nos revela la voluntad de Dios mediante sus mandamientos, los de la santa madre Iglesia y las obligaciones del estado de cada cual.

Los mandamientos de Dios son la expresión más universal de su voluntad, norma primera y fundamental de todas las obligaciones, incluso de la piedad. Observarlos es el primer deber. Cuanto más fielmente los cumplimos, tanto más perfectamente nos adherimos a la voluntad de Dios y tanto mejor queremos lo que Él quiere.

Los preceptos de la Iglesia son la segunda e indispensable norma de nuestra conducta y de nuestra religiosidad: determinan las exigencias de la fe respecto a nuestra razón, las de la moralidad respecto a nuestra voluntad y las de la disciplina respecto a nuestra conducta. Una piedad que se resistiera a conformarse plenamente a los preceptos de la Iglesia, en la fe, en la moral y en la disciplina, se condenaría por sí misma.

Las obligaciones del propio estado determinan aún más concretamente lo que Dios exige de cada uno de nosotros a tenor de nuestra condición: son la expresión de la voluntad de Dios para cada persona y en cada caso. Nunca nos santificaremos si no cumplimos estas obligaciones con absoluta fidelidad; no sería genuina una piedad que se entregara a la acción apostólica o a las obras de caridad o a la oración, descuidando los deberes que el propio estado le impone. Las obligaciones del estado sacerdotal están contenidas en las leyes que regulan la vida de los sacerdotes, en las prescripciones litúrgicas y en la parte del derecho canónico que trata del clero. Las de los religiosos, en su regla: en cada prescripción, aun aparentemente insignificante, en el reglamento de la casa, en la distribucion del tiempo diario, en cualquier orden de los superiores y en cualquier toque de campana, Dios hace saber

al religioso lo que quiere de él. Las obligaciones de estado de los cristianos que viven en el mundo están especificadas por los deberes profesionales de cada uno, sea empleado, médico u obrero, padre o madre de familia o subordinado. En estas obligaciones del propio estado ve cada uno lo que Dios en cada instante quiere personalmente de él.

Al tratar de llegar a la perfección, no basta ya hacer solamente lo que está explícitamente mandado: el perfecto aspira a realizar todas sus acciones del mejor modo posible, hace todo el bien que le permiten sus condiciones y circunstancias, trasciende el estricto «deber y realiza las que se llaman *obras supererogatorias,* si son conciliables con las obligaciones de su estado. Ora más de lo rigurosamente necesario, asiste a la santa misa otros días además del domingo y las fiestas de precepto, recibe los sacramentos de la penitencia y del altar más de una vez al año. Es el *amor* lo que empuja al alma a hacer más, y en esta inclinación interior y en las ocasiones externas de hacer obras supererogatorias se revela la voluntad de Dios.

¿Cuál debe ser nuestra postura respecto a la voluntad revelada por Dios?

Ante todo, *distinguirla, reconocerla.* No hay que detenerse en la obligación, exigencia, mandato o prohibición, ni en las personas, sean o no superiores, que nos dan las órdenes; hay que elevarse hasta la causa primera que es Dios, hasta su voluntad y beneplácito, y saber verlos en todos nuestros deberes, obligaciones y prescripciones, lo mismo que en las exigencias de la naturaleza respecto al alimento y al descanso, en las imposiciones sociales y en las necesidades de todo género. Pero para todo esto se

precisa una profunda y viva fe: nunca lo lograremos si, como la gente vulgar, pensamos y juzgamos de un modo meramente humano, natural. La mirada limpia de la fe que nos hace decir «tú lo quieres y tú me llamas, hágase tu voluntad», debe llegar a sernos familiar y connatural, hasta que en toda ocasión nos resulte espontánea. Para conocer siempre mejor la voluntad y el beneplácito divinos, habrá que releer y meditar asiduamente el evangelio, el misal, el reglamento.

Un segundo paso es *amar la voluntad de Dios*. Amemos los mandatos, las prescripciones, las obligaciones de nuestro estado, nuestra regla de vida, porque en todos ellos vemos a Dios, su santa voluntad y su beneplácito. Todo mandamiento es de suyo gravoso al hombre, y toda obligación, dura, porque se contrapone a nuestros deseos e inclinaciones naturales; mas, si llegamos a amar su voluntad y su beneplácito, entonces «el yugo es suave y la carga ligera».

Un mandato, el deber o la regla, terminarán por aplastarnos si nos sometemos a ellos por la fuerza y con desgana; pero si, por el contrario, nos abrazamos a la santa voluntad divina, como Jesús se abrazó a ella en la cruz, entonces el mismo deber y el mandamiento nos sostienen y nos unen estrechísimamente a la amabilísima voluntad de Dios. El amor a esta santa voluntad divina que descubrimos bajo el velo de los deberes y de las prescripciones, nos da la fuerza necesaria para cumplir de corazón lo debido, aun en las cosas más pequeñas, nos hace caras y santas todas nuestras obligaciones, nos ensancha el corazón y nos libera, de modo que en nada depositamos mayor afecto que en la santa voluntad divina: seremos cumplidores, puntuales, fieles, pero sin rigorismo farisaico, sin pedantería, sin escrúpulos agobiantes, sin ansiedades ni angustias; no desearemos sólo conocer los mandamientos para observarlos, sino que más bien veremos en ellos la voluntad de Dios, que nos sirve de norma en la vida; y aun observándolos con la máxima escrupulosidad, permaneceremos siempre interiormente libres, y tanto más cuanto más «recorramos el camino de los mandamientos del Señor» (Ps 118, 32).

Nuestro amor a la voluntad revelada de Dios nos lleva espontáneamente a cumplirla con alegría y felicidad, con plena entrega a su realización exterior, hacer lo que a Dios agrada y como a Él le gusta. De este modo todo nuestro obrar se transforma en una oración continua, en vida de piedad y de unión con Dios, y, en último análisis, en vida de santidad.

2. El beneplácito de Dios

El beneplácito de Dios no se dirige, como su voluntad revelada, a todos los hombres en conjunto o a categorías enteras de hombres, sino a cada persona en singular, y nos da a conocer no lo que nosotros debemos hacer por Dios, sino lo que Él hace por nosotros en particular, lo que obra en, sobre y por nosotros. Si somos fieles en la ejecución de la voluntad revelada de Dios, con nuestra obediencia nos adherimos a sus deseos e intenciones y nos dejamos guiar por su mano a donde quiera llevarnos. Mas si nos abandonamos a su beneplácito, Dios nos toma en los brazos de su providencia: ya no caminamos midiendo el camino con nuestros cortos pasos, sino que nos hacemos conducir por Él y de

este modo avanzamos mucho más, al paso de Dios (san Francisco de Sales).

«*Todo contribuye al bien de los que aman a Dios*» (Rom 8, 28). Hay una providencia divina que se preocupa de cada uno de nosotros en particular. «Ni siquiera un pájaro está en olvido a los ojos de Dios; aun los cabellos de vuestra cabeza están contados todos» (Lc 12, 6 ss). «Ni un solo cabello de vuestra cabeza se perderá» (Lc 21, 18) sin el permiso del Padre.

Hay una providencia que se oculta tras todos los acontecimientos y «azares de la vida»; todo lo ordena, dirige, y dispone como mejor puede servir a nuestra salvación, a la salvación de cada uno; todo, absolutamente todo, tanto lo que sucede en el ámbito general del universo como lo que nos ocurre en el pequeño mundo de nuestra profesión y de la vida de todos los días. Al servicio de la providencia están los hombres todos, quiéranse bien o mal, y todo lo que tiene algún influjo en nuestra vida: todos los hombres son sólo instrumentos de los que el Señor se sirve para nuestra santificación. Tampoco en las cosas de la vida interior hay «casualidad» o «ciego destino».

Esta providencia de Dios se ocupa continuamente de nosotros —de mí—, trabajando siempre por purificar nuestra alma, por fecundarla, iluminarla y conducirla hasta las cumbres de la santidad. ¡Qué delicada es y qué firme al mismo tiempo! Dios aprovecha la ocasión más oportuna y el momento más propicio para actuar en nosotros del mejor modo posible; sabe tener en cuenta nuestro estado de ánimo y nuestras necesidades, sabe apelar a todos los recursos y agotar todos los medios. Él,

y sólo Él, sabe cómo tratarnos en cada caso y qué impresión nos va a producir tal o cual disposición. Él, y sólo Él, es bastante sabio y potente para unir y coordinar entre sí todos los factores que influyen en nuestra vida, que determinan o deben determinar nuestro modo de pensar y de querer, con el fin de hacerlos servir a nuestro verdadero bien, tanto en su conjunto como cada uno aisladamente.

El beneplácito de Dios se revela en esas tolerancias o transigencias divinas que las más de las veces nos parecen absolutamente inexplicables. Dios nunca quiere el mal ni que nadie sea injusto con nosotros, que mienta por nuestra culpa o haga el mal de cualquier forma: no lo quiere, pero lo permite de una u otra manera, aunque podría impedirlo con toda facilidad. Pero cuando algo nos ofende, nos hallamos entonces con la voluntad positiva de Dios que quiere que aceptemos y suframos la injusticia. El beneplácito de Dios se manifiesta, además, en todas las disposiciones y permisiones divinas, en todo lo que el vaivén de la jornada nos presenta, interior y exteriormente: penas y alegrías, humillaciones y sacrificios, deberes, desventuras, dificultades, fracasos, injusticias que nos vienen de los hombres; faltas de caridad con nosotros, contrariedades, tentaciones, enfermedades. Nunca se da el «azar». «Aun los cabellos de vuestra cabeza están contados; ni siquiera uno de ellos cae sin el permiso del Padre.» Todo cuanto sucede en nuestra vida está, de un modo u otro, permitido o positivamente querido por la voluntad infinitamente sabia y justa de Dios, que vela sobre nosotros incesantemente. «Echad sobre Él todos vuestros cuidados, puesto que tiene providencia de vosotros» (1 Petr 5, 7).

El beneplácito de Dios, su acción en nosotros y sobre nosotros, es el principal factor de nuestra vida interior. Si permanecemos unidos a Él, caminamos como El a grandes pasos y alcanzamos pronto la santidad. Lo que realizamos con nuestro esfuerzo personal contribuye también a nuestra santificación, pero será siempre poco y nos hará adelantar pocos metros. El verdadero progreso comienza cuando inicia su obra el divino beneplácito.

¿Qué actitud debemos adoptar respecto a esta acción de Dios en nosotros, su beneplácito?

Antes que nada, *ver y creer*. Será el paso decisivo. Ver en todas las cosas a Dios, su providencia, su permisión, su acción. Pero esto requiere una fe viva y profunda: una fe que no se detenga en lo que perciben y experimentan los sentidos, ni en lo que afirman el juicio humano y la inteligencia puramente natural; una fe que se eleve hasta Dios y lo considere todo, absolutamente todo, como enviado o al menos permitido por Él, por su amor. Es verdad que este o aquel gozo y tal o cual pena no vienen directamente de los hombres, de las circunstancias, de una u otra contingencia o combinación: mas nuestra fe va más allá: no se para en los hombres y en sus intenciones, no atiende obtusamente a lo desagradable y a lo amargo: una cruz oprimente, una injusticia padecida, una grave ofensa, una enfermedad, un fracaso; descubre la razón más profunda: la disposición de Dios, su amorosa providencia, su santísima voluntad. «Tú quieres, Señor, que yo lleve esta cruz, que sufra este contratiempo.»

Lo que importa, pues, es ver a Dios en todo, ver su voluntad y su amor más allá y a través de

todos los sucesos: «Bienaventurados los que sin ver creen» (Ioh 20, 29).

Debemos, además, *entregarnos* con absoluta simplicidad en brazos de este divino beneplácito, confiarnos a él ciegamente, y dejar que obre en nosotros y sobre nosotros. Aquí se abren vastos horizontes para el ejercicio del santo abandono en Dios. Aquí se realiza la gran proeza de la fe y de la confianza en la voluntad de beneplácito de Dios «que no se nos había manifestado todavía». Entregarse, abandonarse sin reservas y sin comprenderlo a todo lo que Dios permite que se realice a nuestro alrededor, para entregarnos incondicionalmente a su acción, manifestada en las pruebas internas y externas con las que nos purifica: aceptar y acoger con gratitud las innumerables pequeñas alegrías, materiales y espirituales, naturales y sobrenaturales, que cada día nos acarrea: en la naturaleza, con su sol y sus flores; en la familia, en el trato con los hombres, en el trabajo, en nuestra comunicación con Dios, Cristo, María y los santos. Acoger y aceptar reconocidamente las muchas dificultades y las penas de la vida cotidiana, las tentaciones, la sequedad, todas las penosas pruebas de la vida interior y exterior: porque no son sino la expresión de la voluntad de Dios, la fórmula de acción de su beneplácito, el testimonio del amor que nos tiene y de su deseo de salvarnos, purificarnos, santificarnos, prepararnos para la bienaventuranza eterna. Debemos aceptar esta acción de Dios y estas permisiones de su providencia sin reserva alguna, sin curiosidad, inquietud o desconfianza, porque sabemos que Dios quiere siempre nuestro bien; aceptarlas incluso con agradecimiento, confiando en su proximidad y en la asis-

tencia de su gracia. Nuestra única respuesta a esta acción de Dios en nosotros sea siempre: «Sea como tú, Señor, lo quieres; hágase tu voluntad».

Y esto es el cielo en la tierra: entrega absoluta a Dios y a su providencia, a sus disposiciones y transigencias. Llegada a estas alturas, el alma agradece a Dios todas sus decisiones, por muy penoso que resulte todavía acatarlas, y ama todo lo que Dios permite u obra en ella o en lo que le concierne. Nada le parece que tenga ya importancia si no es la voluntad de Dios, la conformidad absoluta de la propia con la suya, el abandono incondicional a cuanto Él quiere, hace o permite. Ya no se lamenta de haber perdido un consuelo, una posición o cualquier otra cosa del mundo, ni siquiera la salud: sabe que nada podrá ayudarle tanto, para identificarse con la santa voluntad de Dios, como la ausencia y la pérdida de todo lo creado. En su entrega a las disposiciones y permisiones de la providencia encuentra el alma toda su felicidad y su paz, su cielo en la tierra. Ya no siente envidia o celos, ni temor, ni preocupaciones o angustia: no se apega a nada ni a nadie, y sólo quiere lo que quiere Dios.

«Amar la voluntad de Dios cuando nos vemos endulzados por los consuelos es, sin duda, buena cosa, si es que se ama la voluntad de Dios y no la consolación que en ella encontramos. Amar la voluntad de Dios manifestada en sus mandamientos, consejos e inspiraciones, es un amor aún más elevado. Pero si, por amor a Dios, ambicionamos el sufrimiento, la desolación y otras pruebas semejantes, hemos alcanzado las cumbres del perfecto amor, ya que entonces no reconoceremos otro amor que la santa voluntad de Dios» (san Francisco de Sales).

Voluntad revelada de Dios —actividad nuestra—, piedad activa. Voluntad de beneplácito divino —acción de Dios—, piedad pasiva. Aquí comienza sobre nosotros la acción de Dios, nosotros acogemos y secundamos su impulso, la noción de la actividad divina, y de este modo somos activos con Dios y a la medida de Dios, en absoluta dependencia de su acción en nosotros y con nosotros. De esta unión de la voluntad y acción divinas con las nuestras brotan las obras de perfección, que son preciosas para la vida eterna: tanto más preciosas cuanto con más fe y amor nos hayamos entregado a la voluntad y a la acción divinas.

Pidamos al Señor, con el autor de la *Imitación de Cristo:* «Señor, tú sabes lo que es mejor; haz esto o aquello, según te agradare. Da lo que quisieres, y cuanto quisieres, y cuando quisieres. Haz conmigo como sabes y como más te agradare y fuere mayor honra tuya. Ponme donde quisieres, dispón de mí libremente en todo. En tu mano estoy; vuélveme y revuélveme a la redonda. Ve aquí a tu siervo dispuesto a todo; porque no deseo, Señor, vivir para mí, sino para ti. ¡Ojalá que viva digna y perfectamente! Dame que desee y quiera siempre lo que te es más acepto y agradable a ti. Tu voluntad sea la mía y mi voluntad siga siempre la tuya, y se conforme en todo con ella. Tenga yo un querer y no querer contigo y no pueda querer ni no querer sino lo que tú quieres y no quieres. Tú eres la verdadera paz del corazón, tú el único descanso; fuera de ti todas las cosas son molestas e inquietas. En esta paz permanente, esto es, en ti, sumo y eterno Bien, dormiré y descansaré» (libro 3, capítulo 15).

XVIII

NUESTRA UNIÓN CON CRISTO

«Yo soy la vid, y vosotros los sarmientos.»
Ioh 15, 5

Dios es plenitud de vida. Por puro amor a nosotros, Dios ha decidido comunicárnosla de modo que podamos conservarla, vivirla, gozarla. Mas, antes de sernos infundido, este torrente de vida se almacena en «el primogénito entre todos los hermanos» (Rom 8, 29): «plugo a Dios dotarle de toda plenitud» (Col 1, 19). Lo que Cristo recibió quiere ahora repartírnoslo a nosotros: con este objeto le ha erigido el Padre en cabeza del cuerpo místico, que es la Iglesia (Col 1, 18), y le ha hecho la vid, cuyos sarmientos vivos somos nosotros: «Yo soy la vid, y vosotros los sarmientos.» Vid y sarmientos forman un solo organismo: viven y obran unidos, y unidos producen el fruto; del mismo modo, nosotros, los bautizados, formamos con Cristo una única vid, un solo cuerpo, en cuyo interior circula la vida que sólo Cristo posee en toda su plenitud.

¿Qué es lo esencial en la práctica de la vida cristiana? Que permanezcamos en Cristo y Él en nosotros; conservar la unión vital con Cristo, vernos siempre compenetrados con Él. «Como el sarmiento

no puede dar fruto por sí mismo si no permaneciere en la vid, tampoco vosotros si no permaneciereis en mí. El que no permanece en mí, es echado fuera como el sarmiento, y se seca, y los amontonan y los arrojan al fuego para que ardan» (Ioh 16, 4-6).

Lo esencial de la vida cristiana consiste en «ser en Cristo»: injertados y vitalmente unidos a Él, sarmientos de la vid que Él es.

1. En Cristo Jesús

Si leemos atentamente el Evangelio y las cartas de los apóstoles, se nos revelan dos importantes principios: lo que Jesús ha hecho y hace, no lo hace solo: *nosotros lo hacemos con Él y en Él;* lo que hace cada uno de nosotros, no lo hace solo: *Cristo lo hace con nosotros y en nosotros.* Cristo y nosotros somos una misma cosa: también nosotros hemos muerto con Él (2 Tim 2, 11), sido sepultados con Él (Rom 6, 4), resucitados con Él (Eph 2, 6), y con Él hemos subido al Padre (Eph 2, 18). Por otra parte, Cristo vive en los suyos como la vid en los sarmientos (Ioh 15, 5): vive en el pobre, en el enfermo, en el mendigo que pide un pedazo de pan (Mt 25, 35); en nosotros es perseguido (Act 9, 4 ss), en nosotros sufre, combate, vence, y en nosotros consuma «lo que falta a su pasión» (Col 1, 24).

Estamos unidos al *Cristo histórico:* al Cristo que nació en Belén y que concluyó su vida oculta de Nazaret y su vida pública con la muerte en la cruz. Estamos vitalmente unidos a Él, porque aceptamos por la fe su doctrina tal como nos la han transmitido los evangelios y porque ajustamos nuestra vida cristiana a sus enseñanzas y al ejemplo de su santa vida.

Pero al hablar de nuestro «ser y estar en Cristo Jesús», nos referimos particularmente a nuestra unión real y óntica con el Señor glorificado. El Cristo, que vivió en la tierra, es el Señor que reina e impera en los cielos, es el Kyrios que pervive misteriosamente en su «cuerpo místico» y en los miembros de este cuerpo, en los bautizados, en quienes y por quienes continúa y se hace fructífera la obra de la redención hasta la consumación de los siglos.

Le es tan familiar a san Pablo el hecho de que en el bautismo quedamos incorporados a Cristo, que todas sus cartas nos hablan repetidamente de él. Parece que san Pablo vivía totalmente anegado en este misterio de Cristo y no se cansaba de imbuírnoslo en todas sus facetas y aplicaciones. Hasta qué punto le asombraba y sobrecogía de gozo este misterio, lo vemos especialmente en la Carta a los Efesios: «Bendito sea Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo que en Cristo nos bendijo con toda bendición espiritual en los cielos, por cuanto que en Él nos eligió antes de la constitución del mundo, porque fuésemos santos e inmaculados ante Él, y nos predestinó en caridad a la adopción de hijos suyos por Jesucristo conforme al beneplácito de su voluntad para alabanza y gloria de su gracia. Por esto nos hizo gratos en su Amado, en quien tenemos la redención por la virtud de su sangre, la remisión de los pecados según las riquezas de su gracia que superabundantemente derramó sobre nosotros... En Él (Cristo) también vosotros fuisteis sellados con el sello del Espíritu Santo prometido, prenda de nuestra herencia, rescatando la posesión que Él se adquirió para alabanza de su gloria» (Eph 1, 3-14). Toda gracia y salvación nos son dadas en Cristo, «porque en Él habéis sido enriquecidos en todo: en toda palabra y en todo conocimiento» (1 Cor 1, 4).

Con la misma claridad, si bien no con tanta frecuencia, nos atestigua el Apóstol el otro hecho, es decir, que Cristo vive en nosotros, los cristianos. En la Epístola a los Corintios dice: «Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos. ¿No reconocéis que Jesucristo está en vosotros, a no ser que estéis reprobados?» (2 Cor 13, 5). A los Gálatas les escribe estas osadas palabras: «Y ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí» (Gal 2, 20). Y más adelante: «Hijos míos, por quienes sufro de nuevo dolores de parto, hasta ver a Cristo formado en vosotros» (Gal 4, 19). Y pide por los efesios a Dios Padre para que «habite Cristo por la fe en vuestros corazones» (Eph 3, 17).

Cristo mismo nos lo asegura al prometernos la sagrada eucaristía: «El que come mi carne y bebe mi sangre, está en mí y yo en él. Así como me envió mi Padre vivo, y vivo yo por mi Padre, así también el que me come vivirá por mí» (Ioh 6, 56-57). «Permaneced en mí y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto de sí mismo si no permaneciere en la vid, tampoco vosotros si no permaneciereis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto, porque sin mí no podéis hacer nada» (Ioh 15, 4 s).

El papa Pío XII nos expone esta sublime verdad en su encíclica sobre el cuerpo místico de Cristo. De la unión viva con el Cristo glorioso dice Pío XII que es «algo sublime misterioso y divino», una unión que la sagrada Escritura compara con la unidad orgánica y vital de la vid con los sarmientos y de la cabeza con los miembros. «Sí, nuestro mismo Sal-

vador no teme comparar esta unión con la maravillosa unidad por la que el Padre está en el Hijo y el Hijo en el Padre». Nosotros poseemos esta unidad con Cristo en la Iglesia, en la que todos nosotros constituimos una única «persona mística», formando el Cristo total. «Cristo vive en nosotros por el Espíritu que nos comunica y por el que actúa en nosotros, de tal manera que todas las acciones sobrenaturales del Espíritu Santo en nuestras almas deben ser igualmente atribuidas a Cristo. En virtud de esta «comunicación del Espíritu Santo, todos los dones, virtudes y carismas, que colman de modo eminente, sobreabundante y efectivo la cabeza (Cristo), fluyen sobre todos los miembros de la Iglesia y se realizan diariamente en ellos».

La unión mística entre Cristo y nosotros se establece en el santo bautismo: «¿O ignoráis que cuantos hemos sido bautizados en Cristo Jesús fuimos bautizados para participar en su muerte? Con Él hemos sido sepultados por el bautismo, para participar en su muerte, para que, como Él resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva. Porque si hemos sido injertados en Él por la semejanza de su muerte (o sea, en el bautismo), también lo seremos por la de su resurrección» (Rom 6, 3-5). El santo bautismo no es un mero símbolo que exprese solamente el efecto de la justificación, sino que es un signo eficaz que produce la justificación. El santo bautismo entabla de tal modo la unión entre el bautizado y Cristo, que la realidad y el fruto de la muerte de Cristo fluye sobre quien recibe el bautismo.

Los demás sacramentos, sobre todo el de la sagrada eucaristía, profundizan, solidifican y desarrollan el

germen depositado en el bautismo. El Señor se nos une en la sagrada comunión no sólo mediante su fuerza y virtud, como en los demás sacramentos, sino que se nos adhiere con todo su ser y poder, de modo que se establece una unidad entre la cabeza y los miembros. Por eso la sagrada eucaristía es realmente «comunión», es decir, unión, hacerse uno, el sacramento de la incorporación a Cristo y de ser uno con Él. La eucaristía sumerge más y más al bautizado en el Cristo glorioso, transformándole más y más en Cristo, colmándole con la plenitud de su vida. «Como yo vivo por el Padre, así también el que come vivirá por mí».

Al decir que Cristo vive en nosotros y nosotros estamos en Él, hablamos de Cristo no sólo en cuanto a su humanidad gloriosa, sino también en cuanto a su divinidad. Y no nos referimos a la unión de Cristo con nosotros, que consistiría en el mero hecho de que Cristo nos conoce y se preocupa amorosa y solícitamente de nosotros. Tampoco queremos decir que el Señor glorioso mora continuamente entre nosotros con su divinidad y humanidad, con su cuerpo y alma tal como está presente en el santísimo sacramento del altar. Nos referimos más bien a la comunión de vida íntima y real que surge entre el Señor glorioso y el bautizado. Quien está en Cristo, posee una vida que trasciende su propia vida natural y humana; en él opera la vida de Cristo como la vida de la vid es participada por los sarmientos. Cristo es, en efecto, la raíz y capital fundamento de nuestra vida cristiana. Una vida, la de la vid, que es Cristo, y la de los sarmientos, que somos los cristianos. Unidad de vida, de sufrimientos, de esfuerzos y batallas, de amor y de entrega en manos del Padre: la oración, el sufri-

miento y el amor del Señor que se funde con nuestras pobres oraciones, sufrimientos y amores. En esta fusión radica nuestra confianza y de ella brota el coraje que nos anima: en la nada y miseria de nuestra vida, de nuestras oraciones y ofrendas está Él, el Señor glorioso, que les da el mérito y pujanza de su oración, de su amor al Padre. Esto es lo que encierra la frase que repetimos: Él está en nosotros y nosotros en Él. Yo vivo, yo oro, mas ya no yo, sino que Él vive y ora en mí. Él vive mi vida, la anima, la empapa y colma con el mérito y valor de su propia vida.

Nuestra vida cristiana es así realmente una participación de la vida de Cristo, un reflejo de su santa vida, totalmente entregada al Padre. Y todo esto tanto más, cuanto más profundamente arraigados estamos en Él, cuanto más espacio damos a su acción sobre nosotros.

Toda esta realidad es todavía un secreto misterio que captamos sólo por la fe. «Vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando se manifieste Cristo, vuestra vida, entonces os manifestaréis también con Él en gloria» (Col 3, 3 ss). Brillará por toda la eternidad con el resplandor de su gloria. ¡Tal es el designio que tiene Dios con nosotros, pobres hombres! ¡Cómo debemos agradecer, sentirnos dichosos y alabarnos, porque Cristo está en nosotros y nosotros en Él!

2. Consecuencias prácticas de nuestro estar en Cristo

«En Él tenemos la redención por la virtud de su sangre, la remisión de los pecados» (Eph 1, 7). Cuando nos unimos a Cristo en el santo bautismo, cuando fuimos incorporados a Él, se realizó en nosotros algo inefablemente grandioso; se nos comunicó y se nos asimiló de tal modo a la pasión y muerte de Cristo, que nosotros mismos, por así decirlo, las sufrimos. En el momento en que nos unimos como miembros a la cabeza, que es Cristo, constituimos «una persona mística» y, por consiguiente, fluyen sus méritos y satisfacción sobre nosotros, hechos miembros de Cristo, hechos unos con Él en el bautismo. Es lo que enseña santo Tomás de Aquino cuando dice: «Ésta es la verdad, que en Él, en virtud de nuestra incorporación a Cristo, la cabeza, obtenemos el perdón de los pecados, porque su expiación y satisfacción se hacen nuestras, como si nosotros mismos hubiéramos dado la plena satisfacción de nuestros pecados, quedando libres del castigo eterno que hemos merecido y reconciliados con Dios en Cristo Jesús» (*Summa theol.* III, qu. 48, a. 1; qu. 69, a. 2).

Somos asimismo adoptados por Dios Padre como hijos en la caridad, en Cristo, en virtud de nuestra incorporación a Él.

Al nacer éramos hijos de la ira (Eph 2, 3); ahora somos en Cristo hijos queridos de Dios. ¡Qué nobleza! El santo bautismo nos coloca como hermanos y hermanas junto al Hijo eterno del Padre, para ser partícipes con Él del amor del Padre. «Ved qué amor nos ha mostrado el Padre, que llamados hijos de Dios, lo seamos» (1 Ioh 3, 1). Para hacernos capaces de su amor paterno, nos constituye miembros de su amado Hijo y nos asemeja a Él de tal modo y nos eleva a tal grado de unión, que ve y ama en nosotros a su Hijo. Nos predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo, para que éste sea primogénito

entre muchos hermanos (Rom 8, 29). Incorporados a Cristo, llevamos sus rasgos en nosotros y su vida y su Espíritu nos embargan. El Padre derrama sobre nosotros el amor que tiene a su Hijo y, puesto que hemos recibido el Espíritu de la filiación, podemos decirle: «¡Abba, Padre!», entablar un diálogo filial con Él, escucharle, preguntarle, pedirle, darle gracias, adorarle y amarle. ¡Qué riqueza!

«En Él habéis sido enriquecidos» (1 Cor 1, 4). Una nueva y sublime fuerza obra en nosotros: «Concédaos Dios, ilumine los ojos de vuestro corazón, para que conozcáis cuál es la excelsa grandeza de su poder para con nosotros, los creyentes» (Eph 1, 18-19). En nuestra vida cristiana no estamos solos, obligados a servirnos sólo de nuestras fuerzas. Una fuerza más elevada y poderosa opera en nosotros. En ella debemos apoyarnos a pesar de nuestra flaqueza y precisamente porque somos tan flacos y débiles: «Todo lo puedo en Aquel que me conforta» (Phil 3, 13), es decir, en virtud de Cristo que actúa en mí. «En la flaqueza del hombre llega al colmo el poder» (de Cristo) (2 Cor 12, 9). La magnimidad y el coraje invencible del apóstol san Pablo en los trabajos, fracasos, persecuciones y sufrimientos sobrepasan todas las fuerzas naturales humanas (cf. 2 Cor 11, 16-33). Él sabe que hay otra fuerza que le sostiene: «Me fatigo y lucho con la energía de su fuerza que obra poderosamente en mí» (Col 1, 29). ¡Y qué poder el que vive en nuestros santos, inflama sus oraciones y sus palabras, fructifica sus bendiciones y obra insospechadas maravillas! «Esto no es virtud humana, sino gracia de Cristo, que tanto puede y hace en la carne flaca, que lo que naturalmente siempre aborrece y huye, acometa y acabe con fervor de

espíritu. No es según la condición humana llevar la cruz, amar la cruz, castigar el cuerpo, ponerle en servidumbre, huir las honras, sufrir de grado las injurias, despreciarse a sí mismo y desear ser despreciado; sufrir toda cosa adversa y dañosa, y no desear cosa de prosperidad en este mundo. Si miras a ti, no podrás por ti cosa alguna de éstas; mas si confías en Dios, Él te enviará fortaleza del cielo y hará que te estén sujetos el mundo y la carne» (*Imitación de Cristo*, libro 2, capítulo 12). «Tal es la gracia de Cristo» «ibidem), el poder del Señor que obra en nosotros.

«En Él habéis sido enriquecidos». En Él reciben nuestra vida, nuestras obras, sufrimientos y sacrificios un valor nuevo, más elevado y sublime. ¿Qué valen nuestras acciones y trabajos considerados en sí mismos? ¡Cuán deficientes e imperfectos son, envenenados todos ellos por el amor propio! ¡Qué distantes están de lo que debieran ser! Pero estando nosotros en Cristo, ya es otra cosa. El Señor vierte en nuestra vida y en nuestros empeños, en nuestras labores y sufrimientos unas gotas del valor y méritos de su oración y de su amor al Padre. El Padre ve en nuestra oración y en nuestra actividad el espíritu y el amor con que su Hijo le ama. A través de nuestras oraciones y súplicas distingue la voz del primogénito, de su amado Hijo. La vida cristiana alcanza así en Él su pleno valor. Con palabras persuasivas recuerda el apóstol san Pablo a la joven Iglesia de Corinto que no tiene por qué vanagloriarse de méritos y grandezas terrenales. No hay en ella estadistas ni grandes filósofos, ni ricos ni potentados; solamente pobres y esclavos despreciados que nada significan a los ojos del mundo; pero tienen su

grandeza, «valen algo» en Cristo Jesús (cf. 1 Cor 1, 26-30). En realidad, las grandezas terrenas nada importan frente a la grandeza de quien está en Cristo. Ésta es la verdadera grandeza ante Dios, la que revaloriza toda la vida del cristiano a los ojos de Dios.

«¡En Él habéis sido enriquecidos!» En Él adquieren las acciones y aspiraciones, los esfuerzos y sufrimientos del cristiano la fertilidad y eficacia que prometió el Señor: «El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto, porque sin mí no podéis hacer nada. El que no permanece en mí, es echado fuera como el sarmiento, y se seca, y los amontonan y los arrojan al fuego» (Ioh 15, 5 s). Aunque hagamos todo cuanto está en nuestra mano, somos incapaces por nosotros mismos de la más pequeña obra sobrenatural, incapaces de obras que den fruto para la vida eterna. Sólo en Cristo puede haber crecimiento sobrenatural, sólo en Él podemos prosperar en bendiciones celestes, recibir gracia sobre gracia y dar frutos de vida eterna, no solamente para nosotros individualmente, sino además para todos nuestros hermanos y hermanas, para toda la Iglesia y para toda la humanidad, en mayor o menor medida, según que nosotros estemos más o menos en Cristo y Él en nosotros. La fecundidad de este «estar en Cristo» refulge con esplendores meridianos en los santos de la Iglesia. Todo cuanto ellos han hecho y padecido y los milagros que han obrado no son más que el fruto de la actuación del Señor en ellos, de Cristo glorioso en los cielos. Nuestra vida cristiana y nuestros esfuerzos serán también fecundos en Él. A pesar de nuestra propia impotencia, confiamos en su acción en nosotros.

Nuestra grandeza y nobleza consisten, pues, en que nosotros estamos en Cristo y Él vive y opera en nosotros. No somos meros hombres, dotados de cualesquiera cualidades naturales, con una misión simplemente humana: estamos incorporados a Cristo. De las simas del pecado y de la lejanía de Dios hemos sido elevados al estado de gracia y de la vida sobrenatural, para ser con Cristo hijos de Dios y herederos del cielo.

¡Ojalá que nos miremos a nosotros mismos como sarmientos vivos de Cristo, la vid, como animados y vigorizados por la gracia y la virtud de Cristo! «Todo lo puedo en Aquel que me conforta» (Phil 4, 13). Somos más fuertes que todas las pasiones, más fuertes que todas las seducciones del mundo y todas las concupiscencias de la carne. Por nuestras venas corre la fuerza de Cristo victorioso y triunfante contra todos los enemigos. ¡Creamos en Él! ¡Apoyémonos en Él!

¡Miembros de Cristo! El secreto de nuestra fuerza y de nuestra grandeza consiste en que estemos vinculados a la cabeza y nos dejemos guiar y conducir por Él; en que no nos aislemos, no nos apoyemos en nosotros mismos, no nos abandonemos a una necia y orgullosa confianza en nosotros mismos, como si bastaran nuestras propias luces y fuerzas naturales, humanas; en que presintamos las intenciones y designios de la cabeza y queramos y hagamos lo que Cristo quiere, poniendo nuestros deseos y aspiraciones en perfecta consonancia con las de Cristo, nuestra cabeza.

¡Miembros de Cristo! Tengamos un santo respeto a nosotros mismos, a nuestra alma, nuestros talentos, cualidades, dones y obras. ¡Respeto a nues-

tro cuerpo y miembros! Ya no son nuestros, sino de Cristo, que es la cabeza. San Pablo llama miembros de Cristo a los miembros de nuestro cuerpo, y nos conjura diciendo: «¿Y vamos a tomar los miembros de Cristo para hacerlos miembros de una meretriz? ¡No lo quiera Dios!» (1 Cor 6, 15).

¡Miembros de Cristo! Veamos también en nuestros hermanos y hermanas los miembros de Cristo. Teniendo ese santo y sobrenatural respeto a nuestros hermanos y hermanas, meditemos las palabras del Señor: «En verdad os digo que cuantas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis. Cuando dejasteis de hacer eso con uno de estos pequeñuelos, conmigo no lo hicisteis» (Mt 25, 40-45).

¿No pensaríamos y hablaríamos de nuestros prójimos con mucho mayor respeto, benevolencia y amor, no serían mucho mayores nuestro celo y entrega, si viéramos en ellos a los miembros de Cristo?

«Conocemos que permanecemos en Él y Él en nosotros, en que nos dio su Espíritu» (1 Ioh 4, 13). El Espíritu de Cristo vive en nosotros. Él nos orienta e impele hacia Dios, hacia la verdad y el bien. Nos otorga la gozosa y alegre decisión de realizar en nuestra vida los principios de Cristo y del Evangelio, de renunciar al pecado, de cumplir los mandamientos de Dios. Nos hace fuertes en la batalla contra Satanás, en el dominio sobre nosotros mismos, en la abnegación y el sacrificio, en dejarnos crucificar en Cristo. Nos impulsa al amor de Dios, de Cristo y del prójimo. Es el Espíritu de la verdadera sabiduría, de la inteligencia de las cosas de Dios, del consejo, de la fortaleza, de la piedad, del santo temor de Dios. Él nos transforma, haciéndonos amar

la soledad, el recogimiento, la oración, la pobreza, la castidad, la mortificación, la humildad, la obediencia. Él nos exhorta, nos apremia, nos amonesta, nos habla, nos presta luz y fuerza con sus inspiraciones, sus auxilios y su gracia. Somos nada por nosotros mismos y dejados a nuestros pobres juicios, consejos, reflexiones y esfuerzos; pero actúa y vive en nosotros el Espíritu de Cristo. «Él, a cuyo poder y ciencia están sometidas todas las cosas, nos protege, por medio de sus inspiraciones, contra nuestra poquedad, ignorancia, cerrazón o dureza de corazón» (santo Tomás de Aquino, *Summa theologica* I-II q. 68 a. 2 ad 3).

¡Qué fuerzas y auxilios tan maravillosos se nos otorgan por nuestra unión con Cristo! Si tuviéramos siempre y en todas las circunstancias la fe viva y consciente de nuestra comunión de vida con Cristo, tendríamos un poderoso estímulo en nuestra ascensión a la perfección cristiana.

XIX

EL AMOR AL PRÓJIMO

«Éste es mi precepto, que os améis unos a otros como yo os he amado.»

Ioh 15, 12

Convivimos la vida divina en Jesucristo, en quien hemos sido injertados.

Mas la vida de Cristo es esencialmente, al mismo tiempo que vida de inmolación y de entrega al Padre, vida de amor a los hombres, sus «hermanos»; es vida de amor al prójimo. Él es el buen samaritano que no sabe pasar de largo sin prestarnos ayuda; su amor lo impulsa a inclinarse sobre nuestras heridas para derramar sobre ellas vino y aceite y llevarnos al mesón, la Iglesia, donde podamos curar y, por su influjo, seguir viviendo. «Acoge a los pecadores y come con ellos» (Lc 15, 2).

Si debemos compartir su misma vida, la nuestra debe ser, también, una vida de caridad fraterna, porque «en esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis caridad unos para con otros» (Ioh 13, 35)

1. Formas de la caridad

Dios, al crear al hombre, le ha infundido, en su infinita sabiduría, un impulso a amar y a ser amado. La forma primitiva del amor humano es el *amor sensible:* innato en todo hombre, es su pasión natural más violenta, y consiste en esa involuntaria simpatía, en ese impulso espontáneo que sentimos hacia una persona u objeto, apenas hemos descubierto en ellos algún aspecto que nos agrada o es conforme a nuestros gustos. De nosotros depende el dominar este impulso mediante una potente reflexión y fuerza de voluntad, a fin de convertirlo en resorte de nuestra felicidad personal y de la ajena. Si, por el contrario, no sabemos dominarnos reflexivamente, podemos dejarnos arrastrar por el amor hacia el camino de la perdición, arrastrando con nosotros a otras personas. La pasión y el sentimiento del amor producen grandes bienes a los hombres, mas también casi todo el mal y casi todas sus desgracias. Depende de que el amor sea dirigido y vigilado, o se abandone a su propio desenfreno. Este amor sensible, esta simpatía natural, anida también en el corazón de los más perfectos. Todos sabemos por experiencia lo vigilantes que debemos mantenernos frente a estas inclinaciones y movimientos que surgen espontáneamente.

Existe, además, un *amor puramente natural y humano,* que encontramos por doquiera entre los hombres. Más que un sentimiento, es ya una intención y una disposición de la volutad, una virtud: fruto de trabajo y de libertad. Es una dilatación del alma, una necesidad de fusión con otras almas: su-

pera la estrechez y la mezquindad del propio yo. Tanto más rica es un alma, cuanto mayor y más noble es su amor. El amor ensancha los horizontes y profundiza a la vez los sentimientos, las ideas y la comprensión: sólo lo que se ama se comprende perfectamente. El amor, el puro y noble amor, abre los ojos, agudiza la mirada: permite conocer profundidades que permanecen insospechadas al que no ama, al que permanece insensible al amor. Si se le orienta hacia la verdad y el bien, el amor confiere al alma un nivel tan elevado y una nobleza y perfección tan sublimes, que puede llegar a abrazar todas las perfecciones morales y todas las virtudes naturales.

De este amor puro y noble está necesariamente dotada un alma piadosa realmente orientada hacia Dios. Mas debemos despertarlo continuamente en nosotros en sus manifestaciones de gentil benevolencia humana y natural para con el prójimo, sea el que fuere; de leal empeño en hacernos mutuamente felices; de noble deseo de no hacer sufrir a nadie, de ir siempre sembrando alegría, ayudando y sirviendo; de sincero esfuerzo por ser justos, amables, buenos y corteses unos con otros. La virtud natural del amor no se fija en las propias necesidades ni busca su propio interés: se basa únicamente en lo bueno que encuentra en el hermano, y cuando éste ha abandonado el camino recto, respeta al menos en él la naturaleza humana que el hombre, aun descarriado, no puede destruir, como tampoco puede desarraigar los gérmenes de bondad latentes en ella. Más aún, encuentra en este desvío una nueva ocasión para avivar su determinación de reconquistar al hermano para el bien que ha abandonado.

Con mayor o menor frecuencia es el egoísmo el que ejerce una influencia decisiva sobre la virtud natural del amor, ya que el amor es indispensable a nuestra vida humana. Sólo si tiene un móvil puro alcanza alturas morales dignas de la máxima estima. La virtud natural del amor constituye el sustrato normal del amor propiamente sobrenatural o caridad cristiana, base de la paz y la felicidad de una familia, de una colectividad o de una nación. El principio teológico es el siguiente: lo sobrenatural no destruye la naturaleza, sino que la presupone, la enriquece y la ennoblece. Lo cual significa que el verdadero cristiano, el hombre realmente piadoso, es por necesidad un hombre naturalmente noble, altruista, generoso, bueno, un buen carácter lleno de fe y de bondad, incapaz de cualquier injusticia en sus juicios, palabras y obras, incapaz de mentira, deslealtad y artera diplomacia: un hombre que sentirá la necesidad de comportarse rectamente con todos y de dar amor siempre, todo el amor que pueda.

Es evidente que esta forma de amor exige un esfuerzo y una superación personal. La prueba del amor consiste en saber soportar, renunciar, trascender lo indicado, perdonar, aceptar las humillaciones. El amor genuino y noble debe saber lo que puede amar y hasta dónde lo puede amar; y tiene que amar, sencillamente, porque no puede menos de amar. El amor natural es obra de la voluntad, y por eso una virtud, si bien sólo una virtud natural.

Este amor humano natural es ampliamente superado por el *amor sobrenatural* del prójimo o *caridad*, que purifica el amor natural de las imperfecciones,

que fácilmente se le adhieren, y lo transforma en amor del prójimo por amor de Dios y de Cristo.

Puesto que *se funda en el amor de Dios,* no es sino su flor más bella. Nos hace amar al prójimo no por sí y por lo que en él nos atrae, sino porque Dios lo quiere, por un motivo sobrenatural, es decir, por un motivo tomado de la fe, y por un bien que se conoce sólo a través de la fe. La caridad nos hace amar al prójimo por Dios y por Cristo, que nos mandan amarle. Desea y quiere para el prójimo el bien sobrenatural y la salvación del alma, que ha sido rescatada por la sangre de Cristo. Reconoce en el prójimo al Hijo de Dios, a quien Dios ama y cuida con amor infinito. Ve en el prójimo al hombre redimido por Cristo, al miembro de Cristo, a Cristo mismo. «Cuantas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos menores, a mí me lo hicisteis» (Mt 25, 40). La caridad cristiana ve en el alma del prójimo las excelsas riquezas y los tesoros de la vida divina, de la inhabitación de la santísima Trinidad y de su destino a ser eternamente copartícipe de la felicidad de Dios. A partir de esta visión sobrenatural de la fe, ama al prójimo y le desea todos estos bienes y valores sobrenaturales, le desea que abunde cada vez más en ellos y sea así más dichoso en Dios.

La caridad sobrenatural no es otra cosa que el amor mismo de Dios que nos ha sido infundido en nuestros corazones por la gracia santificante. En el amor cristiano del prójimo no hacemos sino extender hacia el prójimo nuestro amor a Dios y a Cristo. Por consiguiente, podemos y debemos amar cristianamente, es decir, sobrenaturalmente, al prójimo en la medida en que amamos a Dios y a Cristo y estamos con ellos ligados por este amor.

La nobleza sublime del amor cristiano y sobrenatural del prójimo es tal que se identifica con el amor de Dios y de Cristo; es «el amor divino, que se ha derramado en nuestros corazones por virtud del Espíritu Santo, que nos ha sido dado» (Rom 5, 5).

La caridad cristiana *se manifiesta en la práctica* como estima y respeto sobrenatural de nuestro hermano, hijo de Dios, «en el que el Padre ha puesto sus complacencias» (Mt 3, 17), miembro del cuerpo místico en el que honramos al mismo Cristo, templo de la santísima Trinidad, vaso en el que Dios ha querido derramar su amor y su vida; se manifiesta en constante esfuerzo por mantener los derechos de la verdad y la justicia al pensar, juzgar, hablar y tratar al prójimo; como tendencia a observar siempre, reconocer y apreciar ante todo sus aspectos favorables, y a interpretar con benevolencia y generosidad todas sus faltas; como actitud de paciencia, perdón, compasión y prontitud para socorrerlo en toda necesidad material o espiritual; como propósito de nunca cometer deliberadamente faltas de caridad contra él, tanto en nuestra conducta como en las palabras, pensamientos o juicios; en fin, la caridad cristiana se manifiesta como leal determinación de dar amor, siempre y en todas partes.

En las comunidades, la virtud de la caridad se revela, más concretamente, en forma de deseos de colaboración, para lograr que todos constituyan un solo corazón y una sola alma, y especialmente en el propósito decidido de estar en paz con todos y de formar así realmente una familia en Dios, hijos todos del mismo Padre, miembros todos del cuerpo único cuya cabeza es Cristo, vivificados todos por el mismo espíritu de Cristo, que es espíritu de amor.

Mas la caridad sobrenatural es tan fuerte, que se ve impulsada a amar también a los enemigos: «Amad a vuestros enemigos y haced el bien a los que os aborrecen; bendecid a los que os maldicen y orad por los que os calumnian. Al que te hiere en una mejilla, ofrécele la otra, y a quien te tome el manto, no le impidas que te tome la túnica. Da a todo el que te pida y no reclames de quien toma lo tuyo. Amad a vuestros enemigos, haced el bien y prestad sin esperanza de remuneración. Sed misericordiosos, como misericordioso es vuestro Padre. No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados; absolved y seréis absueltos. Dad y se os dará; una medida buena, apretada, colmada, rebosante, será derramada en vuestro seno. La medida que con otros usareis, será empleada para vosotros» (Lc 6, 27 ss).

2. Importancia de la caridad fraterna

«Si hablara lenguas de hombres y de ángeles y no tuviera caridad, soy como campana que resuena a címbalo que retiñe. Y si tuviera el don de profecías y conociera todos los misterios y toda la ciencia, y tanta fe que trasladase los montes, mas no tuviera caridad, no soy nada. Y aunque repartiera toda mi hacienda y entregara mi cuerpo al fuego, no teniendo caridad, nada me aprovecharía. Ahora permanecen estas tres cosas: la fe, la esperanza y la caridad; pero la más excelente es la caridad. Esforzaos, pues, por alcanzarla» (1 Cor 13, 1-3 y 13; 14, 1).

Si falta el amor, falta todo; si hay amor, está todo, porque el amor es la perfección.

El amor cristiano del prójimo es la *medida de nuestra unión con Dios*. En la noche del jueves santo, después de instituir la eucaristía y antes de comenzar su pasión, pronunció el Señor la oración sacerdotal: su gran deseo es que «todos sean uno». «Ruego no solamente por éstos (los apóstoles), sino por cuantos han de creer en mí por su palabra, para que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, para que también ellos sean uno en nosotros» (Ioh 17, 20-21).

¡Padre, Hijo y Espíritu Santo, la santísima Trinidad, la multiplicidad en la unidad de un mismo amor, un mismo pensar, querer y obrar: la unidad de un amor que enlaza al Padre y al Hijo por medio del Espíritu Santo! En esta unión inefable encontramos el prototipo de toda vida de comunidad. «Que ellos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti.» Estamos, pues, en comunión viva y vital con Dios y compartimos la santísima y felicísima vida intratrinitaria en la medida en que estamos unidos entre nosotros por la caridad.

Para que no pueda asaltarnos ninguna clase de duda, continúa Jesús: «Yo les he dado la gloria que tú me diste, a fin de que sean uno como nosotros somos uno. Yo en ellos y tú en mí, de modo que su unidad sea perfecta» (Ioh 17, 22). El Padre le ha dado la gloria de la filiación divina, que el mismo Cristo hizo extensiva a nosotros cuando, por medio de la gracia santificante que nos fue infundida en el bautismo, nos hicimos participantes de su vida divina. ¿Con qué fin? «Para que sean uno (todos una cosa o unidad), como nosotros somos uno». La gracia santificante une los espíritus y los corazones de los cristianos, de modo semejante a como

la naturaleza divina une al Padre con el Hijo en el Espíritu Santo. La gracia santificante es participación en la naturaleza y la vida divinas; y tenemos comunión de vida con Dios, conservamos la gracia y adopción divinas, en cuanto estamos dispuestos a ser un solo corazón y un solo espíritu con nuestro hermano. Precisamente porque es participación de la vida divina, la gracia santificante es esencialmente unificadora de espíritus y corazones, modeladora de comunidades. El primer fruto de la gracia y de la adopción divina es, por lo tanto, la caridad fraterna en sus diversas manifestaciones, tanto exteriores como interiores. «La caridad procede de Dios, todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios» (1 Ioh 4, 7). Compartimos la vida divina, en cuanto amamos a nuestro hermano.

Nuestro amor al prójimo es la *medida de nuestra unión con el espíritu de Cristo*. Sus sentimientos para con nosotros son sentimientos de amor. «Como yo os he amado» (Ioh 15, 12). ¡Y cuánto nos ha amado desde la encarnación hasta la cruz! ¡A pesar de nuestra indignidad, a pesar de nuestros pecados, aun habiendo previsto con claridad absoluta cuán poco habíamos de corresponder a su amor y con cuánta ingratitud íbamos a recompensarle, prefiriendo nuestros estúpidos deseos y toda clase de ídolos, injuriándole continuamente, volviendo a crucificarle! ¡Y cuánto amor nos demuestra en su vida eucarística! Todo en ella respira amor, un amor que sólo piensa en nosotros, que por nosotros se consume en sacrificio, en oración y en generosidad.

Jesús infunde constantemente en nuestra alma su luz, su fuerza y su vida, la cultiva sin descanso,

la purifica por medio de sus gracias actuales y de los sucesos que dispone, permite o tolera: sólo intenta juntarnos más íntimamente consigo y con Dios, para enriquecernos, santificarnos y hacernos felices.

¡Y lo que su amor nos ha obtenido y nos guarda para la eternidad! «Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni ocurrió a la mente del hombre lo que Dios ha preparado para los que le aman» (1 Cor 2, 9).

Así nos ama Cristo. ¿Cuál es, por el contrario, el grado de nuestra unión de espíritu con Él? ¿Hasta qué punto somos «uno» con Él? Hasta donde amemos. «Éste es mi precepto, que os améis unos a otros como yo os he amado.» Compartimos realmente la vida de Cristo, nuestra cabeza, en cuanto amamos a nuestros hermanos.

Nuestra caridad fraterna es la *medida de nuestro amor a Cristo*. Nuestro Salvador es muy claro en sus exigencias. Un día ha de ser nuestro juez, y ¿qué os exigirá a fin de cuentas? Amor, caridad. ¿A tenor de qué ley? «Lo que habéis hecho a uno de mis hermanos menores, lo habéis hecho conmigo. Tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; peregriné y me acogisteis; estaba desnudo y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; preso y vinisteis a verme.» Y entonces los justos le preguntarán: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos, sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos peregrino y te acogimos, desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?» Y Él responderá: «En verdad os digo que cuantas veces hicisteis eso a uno de mis hermanos menores, a mí me lo hicisteis» (Mt 25, 34 ss). En el prójimo amamos a Cristo: en

el miembro, la cabeza; en el sarmiento, la vid. El amor cristiano del prójimo es amor de Cristo.

Se preguntan muchos si aman a Cristo, y van buscando señales por las cuales poder descubrir y reconocer si le aman: la señal que no engaña nunca es la caridad fraterna. Siempre que faltamos contra nuestro hermano, siempre que somos injustos o fríos con él, duros de palabra, obra o juicio, ofendemos a la vez a Cristo y a un miembro suyo, por el que el Hijo de Dios se hizo hombre y murió en cruz, y a quien acaricia con infinito amor para santificar y salvar su alma. ¡Es imposible que amemos a Cristo y que, al mismo tiempo, no tengamos caridad con el hermano!

La caridad fraterna es también la *medida del estado de nuestra vida interior,* especialmente de nuestra *vida de oración.* Rezamos todos los días en el padrenuestro: «El pan nuestro de cada día dánosle hoy, perdónanos nuestras deudas..., no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal»; pero sólo podemos rezar así si amamos sinceramente a nuestros hermanos, a cada uno de nuestros hermanos. Asistimos quizá diariamente al sacrificio eucarístico: oramos y ofrecemos como colectividad —uno para todos, todos para uno—, apropiándonos los gozos y penas del hermano; pero si nos falta el amor fraterno, nos excluimos por nuestra propia culpa de la oración y el sacrificio comunes, y no tendremos ninguna, o acaso una mínima, participación en la santa misa. Y recibiremos la sagrada comunión «sacramento de la unión y vínculo de la caridad», como la llama san Agustín; pero el primer fruto de la comunión es la unidad del cuerpo místico de Cristo, la intimidad de corazones «para

que todos sean uno». El fruto esencial de la comunión es el amor, la propensión a la vida en común, el deseo de formar un solo corazón y un solo espíritu con el hermano, a pesar de los graves obstáculos que nuestro amor propio y nuestro egoísmo puedan ir acumulando.

¡Cuántos se acercan al altar por la mañana y después, apenas llegan a su casa, colocados de nuevo en su vida ordinaria, amontonan más y más faltas contra la caridad, en sus juicios, palabras y su comportamiento todo! A pesar de tantas comuniones, meditaciones y rezos, son groseros, caprichosos, desganados, fríos, impacientes, inflexibles. ¿Dónde está el verdadero amor?, ¿dónde, el sentimiento de benevolencia, el juicio y la conversación corteses, el trato cordial?

No queremos decir que nunca, ni siquiera de vez en cuando, podamos caer en alguna falta de caridad, aun a pesar de las más fervorosas comuniones; pero estas faltas deben provocar un arrepentimiento y una reparación inmediatas. En el alma bien dispuesta hay siempre un vivo, firme y decidido propósito de perdonar, sufrir, ayudar, y una actitud que mueve siempre a realizar actos de caridad. Si en el alma ha arraigado este deseo de amar y este ideal de amar desinteresadamente, tendrá con ello la prueba más convincente de que sus comuniones, confesiones, meditaciones y toda su vida de oración están en orden y son sinceras y fecundas.

La caridad fraterna es la *medida de nuestro grado de amor propio.* Éste suele disimularse en nosotros hábilmente, bajo apariencias de virtud, mortificación, celo, apostolado, etc. Mas poseemos una infalible piedra de toque para determinar nuestra

virtud: nuestra actitud hacia el prójimo en los mil casos de la vida práctica. El alma dominada por el amor propio es susceptible, celosa, suspicaz, fría, parcial e injusta en sus juicios. El que intente conservar la caridad debe morir al espíritu propio y a las propias preferencias y gustos; el que quiera amar debe poseer una virtud íntegra, humilde, paciencia, desinterés. Sólo una gran virtud es capaz de la caridad cristiana, porque «la caridad es paciente, es benigna; no es envidiosa, no es jactanciosa, no se hincha, no piensa mal, no se complace en la injusticia, sino en la verdad; todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera» (1 Cor 13, 4-7). La caridad incluye toda virtud y perfección. Si nos domina, ha quedado destruido el amor propio.

*

«Éste es mi precepto, que os améis los unos a los otros como yo os he amado». En el centro de la vida cristiana está el amor, la caridad cristiana sobrenatural, que es lo mismo que el amor a Dios. Con él están estrechísimamente vinculados todos los mandamientos y en él culmina toda la ley. La verdadera caridad no se contenta con no pecar o no faltar directamente contra el prójimo, sino que anhela traducir sus sentimientos internos en pensamientos, palabras y obras: no puede darse tregua mientras no haya hecho todo lo que puede.

Examinémonos seriamente sobre la caridad, no con el fin de descubrir si faltamos a ella, sino para ver si amamos positivamente, y en qué medida; si hacemos el bien, si estamos dispuestos a ayudar al hermano, a servirlo, a tenerlo contento, a amarlo «como Cristo nos ha amado» y nos ama.

«No os maravilléis, hermanos, si el mundo os aborrece. Sabemos que hemos sido trasladados de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos. El que no ama permanece en la muerte. Quien aborrece a su hermano es homicida, y ya sabéis que ningún homicida tiene en sí la vida eterna. En esto hemos conocido la caridad, en que Él dio la vida por nosotros; y nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos. El que tuviere bienes de este mundo y viendo a su hermano pasar necesidad le cierra sus entrañas, ¿cómo es posible que more en él la caridad del Señor? Hijitos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de obra y de verdad» (Ioh 3, 13-18).

XX

EL SANTO AMOR DE DIOS

«Amarás al Señor, tu Dios.»
Mt 22, 37

La sabiduría de Dios tiende a levantarnos a nosotros, hombres, de nuestra nada y a hacernos compartir su vida. Pero su vida es amor. «Dios es caridad» (Ioh 4, 8). Por eso nuestra vida debe ser también caridad, tenemos que arder en la llama de aquel amor que es Dios mismo.

1. El mandamiento del amor

Dios exige nuestro amor, mi amor en particular, hasta el punto de darnos este mandamiento: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Éste es el más grande y primer mandamiento. El segundo, semejante a éste, es: Amarás al prójimo como a ti mismo. De estos dos preceptos penden toda la ley y los profetas» (Mt 22, 37-40).

Amar a Dios es el más grande y primer mandamiento, que liga nuestra conciencia y la obliga en todo momento. Un mandamiento sin límites: por más que hagamos, no lo cumpliremos como para poder decir: «ya es bastante»; siempre tenemos que seguir amando. Es un mandamiento que nos obliga a amar a Dios con «todas las fuerzas» (Mc 12, 30). ¿Cumplimos en verdad este mandamiento? No preguntamos si poseemos ahora, hoy, el perfecto amor de Dios; preguntamos más bien si nuestras aspiraciones y ambiciones continuas son las de amar siempre más, cada vez más perfectamente, a Dios. Con esto cumplimos el mandamiento principal y, por consiguiente, nuestra solicitud debe seriamente concentrarse en el empeño de dilatar nuestro corazón, de perfeccionarnos en el amor, de llegar al amor integral e indiviso.

¿Podemos amar realmente a Dios? ¿Podemos nosotros, miserables pecadores, abrazar con amor al Dios infinitamente santo y excelso? ¿Podemos levantarnos en alas del amor hasta Él? Por nosotros mismos, no; no lo podemos con el amor que brotaría de nuestras propias facultades; pero lo podemos con el amor que Él mismo enciende en nuestros corazones, con la gracia santificante. Cuando recibimos el santo bautismo, «el amor de Dios se derramó en nuestros corazones por virtud del Espíritu Santo» (Rom 5, 5). Con este amor, otorgado por Dios mismo, podemos amarle y cumplir el mandamiento que nos dio de amarle. Es la virtud divina de la caridad: divina no sólo porque tiene por objeto a Dios, ni porque nos religa con Dios, haciéndonos uno con Él; es ante todo divina porque, por medio de ella, amamos a Dios del mismo modo que se ama Él y puede amarse así mismo en virtud de su naturaleza divina, con un amor que quiere a Dios por sí mismo y quiere todo lo demás, que no es Dios, por Dios y en Dios. El amor divino derramado en nuestros corazones es todavía algo más: es la participación del

amor con que Dios se ama a sí mismo y ama todo lo que está fuera de Él; es la centella, la llama del horno del corazón mismo de Dios. Nos hace ser un espíritu con Dios, fundidos en Él, por así decirlo, como dos llamas que se juntan y forman un solo fuego. Gracias a este amor divino derramado en nuestros corazones, Dios trino es en verdad nuestro Dios y habita en nosotros, según nos lo asegura el Señor: «Si alguno me ama, guardará mi palabra y mi Padre le amará, y vendremos a Él y en Él haremos morada» (Ioh 14, 23). «Si alguno me ama», es decir, con un amor sobre todas las cosas, con un amor cuyo motivo profundo no es ya la perfección del propio yo ni la esperanza del premio ni el temor del castigo, sino únicamente Dios, su voluntad, su gloria. ¡Bienaventurado tal amor, porque Dios pondrá su gozo y complacencia en él!

El santo amor de Dios se manifiesta en distintas formas. Una de ellas es el amor de complacencia en Dios, en su grandeza, en sus atributos, en sus maravillosas obras de la creación, de la redención y del mundo de la gracia. Le admiramos, nos alegramos de su grandeza y de sus gestas, le alabamos y glorificamos. Del amor de complacencia brota el de benevolencia. Deseamos que Dios sea más conocido y más amado por nosotros y por todos los hombres. ¡Vénganos tu reino, hágase tu voluntad!

Otra manifestación del santo amor de Dios es la conformidad de nuestra voluntad y de nuestras obras con lo que Dios quiere y desea. Dejamos nuestro querer y obrar en la santa voluntad de Dios. Nuestro amor es de amistad con Dios, por el que nos entregamos totalmente a Él. Dios es el centro de nuestro ser y de nuestra vida. Dios, que habitó en

otro tiempo entre nosotros en forma de hombre y nos llamó amigos suyos. «Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os digo amigos, porque todo lo que oí de mi Padre, os lo he dado a conocer» (Ioh 15, 15). ¡Qué sentimientos de amor y de gratitud hacia el misericordioso bienhechor de nuestras almas tiene que despertar esta condescendencia divina para con nosotros!

Una forma esencial del amor de Dios es el amor del prójimo. Con la fuerza y la disposición del amor de Dios derramado en nuestros corazones abrazamos también amorosos a todas las criaturas que han salido de las manos de Dios, particularmente los hombres, nuestros prójimos. En ellos abrazamos a los hijos de Dios, que, rescatados con el precio de la sangre de Cristo, están adornados con la gracia santificante, son templos consagrados del Dios vivo y están destinados a la bienaventuranza eterna. El amor cristiano del prójimo es, lo mismo que el amor de Dios, un amor santo, sobrenatural y divino. Está muy por encima del amor humano natural más noble, porque es el cumplimiento radical del mandamiento más grande y primero: «Amarás al Señor, tu Dios, y al prójimo (por amor de Dios) como a ti mismo».

2. Los frutos del amor de Dios en el alma

El amor, como la más eminente de todas las virtudes, nos viste con la túnica de la santidad. Es el «vínculo de la perfección» (Col 3, 14), encierra en sí todas las virtudes, dándoles la orientación a Dios. Nada más grande ni santo podemos hacer que amar, y por ningún otro medio podemos santificarnos sino por el amor.

El amor nos une con Dios y transforma nuestras facultades espirituales. Inclina a la inteligencia a ajustarse a la locura de la cruz; libra a la voluntad de toda terquedad y propio capricho, haciéndola dócil a la voluntad divina; el corazón se dispone más y más, con sus tendencias, deseos e impulsos, a entregarse por amor a la gloria de Dios y salvación del prójimo, derramando, si es preciso, la sangre. Porque «el amor es fuerte como la muerte» (Cant 8, 1). Dice la *Imitación de Cristo;* «Gran cosa es el amor, y bien sobremanera grande: él solo hace ligero todo lo pesado y lleva con igualdad todo lo desigual. Pues lleva la carga sin carga, y hace dulce y sabroso todo lo amargo. Anima a hacer grandes cosas y mueve a desear siempre lo más perfecto» (lib. 3, cap. 5).

El santo amor de Dios simplifica enormemente tanto la vida exterior como la interior del hombre. Dios, como espíritu puro, es esencial e infinitamente simple; el amor que nos une con Dios, nos hace semejantes a Él y nos comunica su santa simplicidad. Hace sencillos nuestra inteligencia, nuestros juicios y criterios y nuestras aspiraciones. Vemos a nuestros prójimos en Dios, en Cristo, que habita en ellos, que son miembros de su cuerpo místico. En todas las coyunturas y circunstancias de la vida reconocemos la bondad y sabiduría de Dios. Tenemos un solo deseo, hacemos un solo conato: el que Dios sea glorificado, su voluntad cumplida. Ya no somos víctimas, como antes, de mil inquietudes, deseos y preocupaciones. Encontramos reposo en la santa voluntad de Dios. Amamos cuanto debemos amar: el prójimo, la profesión, el trabajo, la oración; pero lo amamos todo en Dios; vemos, buscamos y queremos en todo su santa voluntad.

Este amor santo simplifica también nuestros personales intereses e inclinaciones. Lo que antes amábamos, conversaciones, lecturas, etc., se nos vuelve cada vez más insípido. Coartamos nuestro trato y comercio con los hombres. El amor propio se bate en retirada en todos los frentes. Obramos con toda sencillez lo que creemos ser nuestro deber, sin preocuparnos por lo que digan o piensen de nosotros nuestros vecinos. Avanzamos despreocupados por nuestro camino, solícitos únicamente de agradar a Dios.

Dios simplifica asimismo la oración del alma amante. Ya no es capaz de múltiples consideraciones, propósitos, pensamientos, ni de continuas preguntas y respuestas. Su oración es reposada y sencilla: un rato de filial entretenimiento con el Padre. Árida o sumergida en íntimo gozo, recogida o distraída a pesar suyo, mas siempre feliz, en unión con Dios, que conoce todos los deseos de nuestro corazón, aunque no se los enumere uno a uno.

«El más pequeño acto de amor puro tiene mayor valor a los ojos de Dios y es más provechoso a la Iglesia que todas las otras obras juntas», dice san Juan de la Cruz, refiriéndose a la incomparable fecundidad del santo amor de Dios. ¿Qué pensar, pues, de la vida entera de esas almas felices que realizan casi sin interrupción actos y obras de amor? Esas almas son las únicas que dan toda la gloria a Dios. ¿Y quién puede cooperar mejor que ellas a la realización de los planes salvíficos de Dios? Todos sus pensamientos y sentimientos, todo su querer y obrar son, por así decirlo, una obra de perfecto amor. A ellas cabe aplicar las palabras de san Francisco de Sales: «Todo cuanto se hace por amor es acto de amor». Son innumerables los hombres que deben

a estas obras de los amantes perfectos la gracia de la conversión, la victoria en las tentaciones, el coraje en la batalla, la gracia de la vocación sacerdotal y religiosa, la gracia de la perseverancia.

«Todos los bienes me vinieron juntamente con ella (con el amor perfecto de Dios) y en sus manos me trajo una riqueza incalculable. Es para los hombres tesoro inagotable y los que de él se aprovechan se hacen participantes de la amistad de Dios» (Sap 7, 11-14).

Todos estamos llamados a las cumbres del amor. Ésta es la meta a la que corremos: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas» (Mc 12, 30). ¿Quién cumple acabadamente este mandamiento? El amante que no sabe ni busca sino a Dios y que jamás se cansa de amarle vehementemente.

¡Sólo Dios! Pero no sólo cuando pasen los años, cuando nos vaya blanqueando el cabello, como si debiéramos dedicar los mejores años de nuestra vida exclusivamente a la fase negativa que es la purificación del corazón de todos los pecados. Ya desde ahora, desde los primeros años y desde el mismo comienzo de nuestra entrega a Dios, aspiremos al amor y aprendamos a amar. En el amor se encierran y del amor nacen todas las virtudes, y con amor hay que practicarlas. Sea ésta nuestra norma: no llegar al amor al cabo de los años y a través de otras virtudes, sino, al contrario, alcanzar la perfección de todas las virtudes a través del amor.

«Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas». «*Procuraos la caridad*» (1 Cor 14, 1).